

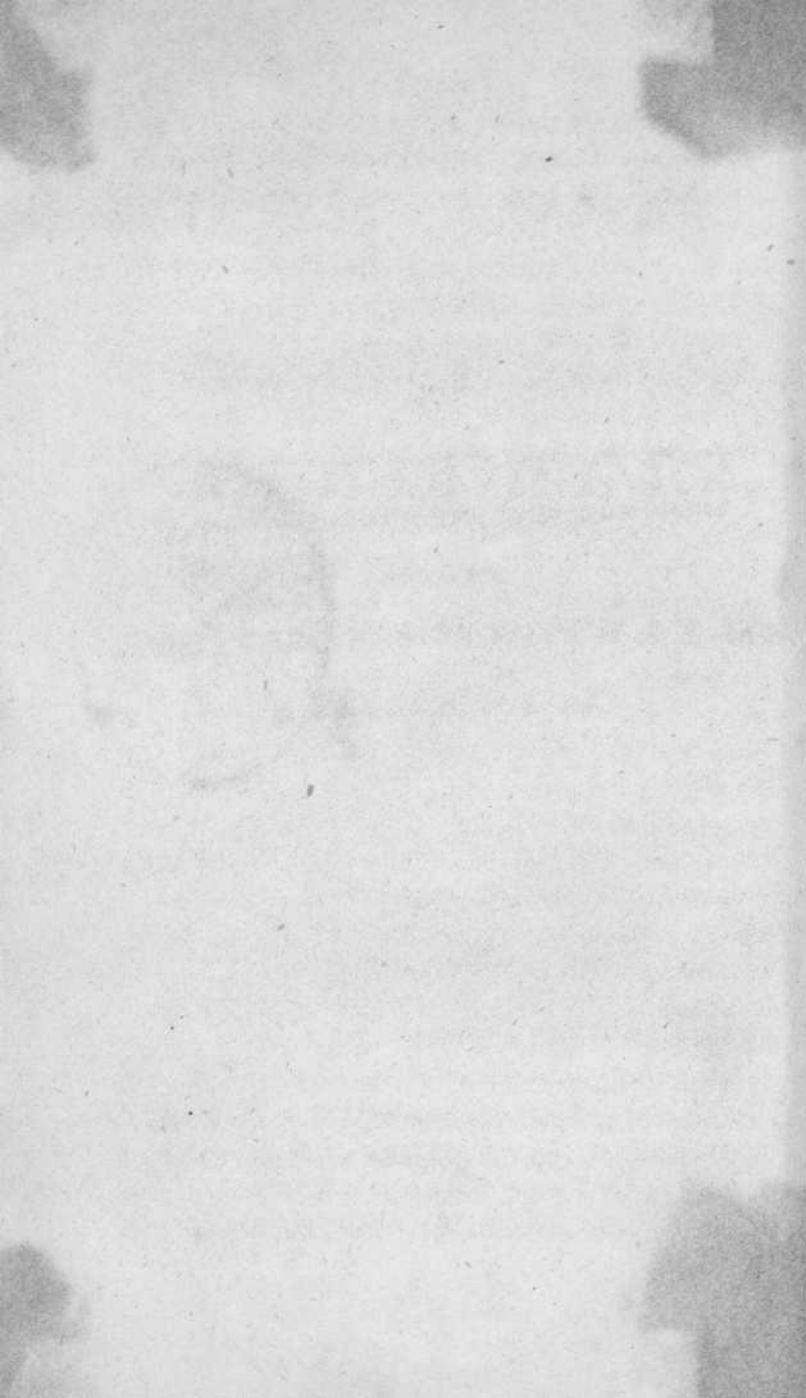


6557

# MARTIRES

DE LA RELIGION CRISTIANA

ESPAÑOLA



MARTIRES.

LOS

**MARTIRES,**

O EL TRIUNFO

**DE LA RELIGION CRISTIANA,**

**POEMA.**



IMPRESION EN EL ESTABLECIMIENTO DE VILLANUEVA.  
(1847)

LOS

**MARTIN**

*Esta obra es propiedad del Traductor.*

O EL TERCERO

DE LA RELIGION CRISTIANA

BOBINA

LOS  
**MÁRTIRES.**

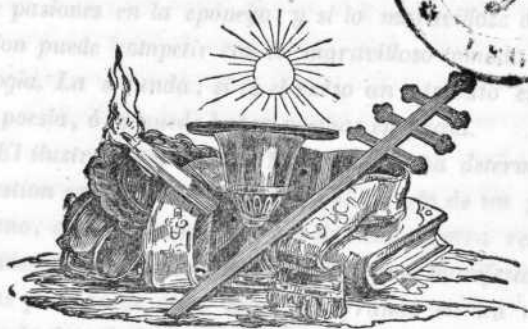
POEMA

**DEL VIZCONDE DE CHATEAUBRIAND.**

PUESTO EN VERSO

POR EL D. D. JUSTO BALSAGERO.

**Tomo primero.**



BURCOS: 1845.

**IMPRENTA DE DON SERGIO DE VILLANUEVA.**

(Editor)

LOS  
MÁRTIRES.

POEMA

DEL VISCONDE DE CHATEAUBRIAND.

PUERTO EN YERRO

BOEN D. D. BORO BORO

Tomo primero.



BURRO: 1845.

IMPRESA DE DON SERGIO DE VILLANVA.

(Editor.)



## PROLOGO.

*Dos cuestiones se han controvertido hasta el dia, y las dos han sido resueltas por el Sr. Vizconde de Chateaubriand. La primera, si la Religion cristiana es mas favorable que el paganismo para la expresion de caractéres y para el juego de las pasiones en la epopeya; y si lo maravilloso de esta Religion puede competir con lo maravilloso tomado de la mitología. La segunda, si es el verso un atributo esencial de la poesia, ó si puede haber poemas en prosa.*

*El ilustre autor de los **Mártires** ha determinado la cuestion primera, ofreciéndonos el modelo de un poema cristiano, en que juegan actores de una y otra religion. Esta idea le ha abierto campo vasto para manifestar las bellezas propias de cada una, encerrando en un mismo cuadro la moral, los sacrificios y la pompa de ambos cultos. Las fábulas mitológicas que desfiguran el bello poema de Camoens, vienen aquí naturalmente por convenir al asunto y al teatro en que pasa la accion; lo real del cristianismo alterna con lo ideal de la mitología; el lenguaje del Génesis se hace oír juntamente con el de la Odisea, y la poesia*

*cristiana compite con la pagana. Pero á pesar de todos los adornos con que el autor ha sabido engalanar las fábulas del gentilismo, el paralelo resulta siempre ventajoso á la Religion cristiana, verificándose en esto lo que, hablando de la música, se dice en el canto segundo:*

Como vence la música cristiana

La débil espresion de la pagana.

*La segunda cuestion, si el verso es esencial á la poesia, la teniamos ya resuelta con los poemas del Telémaco, del Gonzalo de Córdoba y del Quijote; pero esta opinion recibe ahora nuevo peso con el nombre de Chateaubriand. Sus **Mártires** tienen todas las cualidades de un poema épico y de un poema perfecto. Sublimidad de objeto, unidud de accion, desenlace oportuno y natural, los caracteres propios, los episodios bien traídos, las descripciones bellas, fuertes y aun terribles segun el caso; he aquí lo que constituye el fondo de la obra, y lo que la eleva al rango de verdadera epopeya. Las bellezas que hubiera podido darle la armonía del verso, se hallan compensadas en el original con la armonía de la prosa. La diction es en ella constantemente pura y elegante; el estilo grave, majestuoso y sostenido; las frases y periodos llenos, sonoros y con tal arte dispuestos que tienen cierta especie de medida poética; sus sonidos son dulces y armoniosos como los de una bella y sublime poesia.*

*No obstante, si no es el verso un atributo necesario del poema, es indudablemente el mas bello ornamento suyo. El mismo autor de los **Mártires** dice en su prefacio, repitiendo lo que habia dicho antes en el prólogo de la Atala: veinte hermosos versos de Homero, de Virgilio ó de Racine, son siempre incomparablemente superiores á la mas*

bella prosa del mundo. *He aquí una de las razones que me animaron á poner en verso el poema de los Mártires. ¿Habré logrado poner en ellos veinte versos que puedan compararse siquiera á los de Racine? Aunque todos fueran superiores, para lo que puede haberme ayudado la majestad de la lengua, envidiaré siempre al autor la gloria de haber escrito en prosa este poema.*

*Pero las bellezas del estilo y las galas del lenguaje con que Chateaubriand poetizó su prosa, quedan casi enteramente desvanecidas en nuestras traducciones; y así es preciso que sea. El idioma francés se distingue del nuestro, mas que por la diferencia de las voces, por el genio de la lengua y por la construccion de las frases; así los traductores de obras francesas se ven espuestos á sacrificar la elegancia del autor por traducir literalmente, ó á ser infieles é inesactos por embellecer el estilo. Una traduccion en verso se supone desde luego que no es literal, y mucho mas en verso tan ligado como el de la octava rimada; pero si alguna cosa hace disimulable la falta de exactitud, es la ventaja que resulta de la armonía del métro. Tambien puede alcanzar á esto el privilegio que concede Horacio á los poetas. Así espero se me tolerarán algunas pequeñas alteraciones causadas por la rima, y otras tambien porque no todo lo que es bello en prosa, parece bien en verso, siendo este la piedra de toque de la verdadera poesia. Mi objeto ha sido tratar dignamente en español el asunto que su autor trató en francés, supliendo las bellezas de la prosa francesa con los encantos de la poesia castellana; pero conservando siempre los mismos rasgos característicos, para que el poema sea esencialmente el mismo.*

*Facil es concebir las dificultades que han delido acu-*

mularse en la ejecucion de esta obra, trabajada en país extranjero, y careciendo de libros castellanos; mas todas han sido vencidas con el teson, la constancia y el trabajo, estimulándome el deseo de prestar algun servicio á mi patria. Porque tal creo que sea enviarla una obra en que se junta lo util á lo agradable; se pinta la Religion cristiana de una manera interesante; y los preceptos de moral van acompañados del atractivo de la epopeya. Dichoso yo si lógro que se reciten mis versos; dichoso si con ellos se repiten las maximas que encierran. No estará lejos de practicarlas el que asi lo hiciese; porque la virtud es tan hermosa, que no se la puede contemplar sin amarla y sin excitarse á deseos de poseerla.

Al interes que ofrece esta traduccion por la novedad del verso, se añade la aclaracion de muchos pasajes que pueden parecer oscuros á varios lectores, por no tener bastante conocimiento de la mitología, de la historia sagrada y profana, y aun de algunos puntos teológicos que se tocan en un poema cristiano. A este fin se ponen á la conclusion de cada canto varias notas ilustrativas.

Algunos censores rigidos podrán tomar á desacato la idea de poner en verso lo que el célebre y nunca bien admirado Chateaubriand dejó escrito en prosa: creo deba prevenir su censura transcribiendo la carta, que por haberle hecho homenaje de una copia de mis versos, se dignó dirigirme el inmortal autor de los **Mártires**.

LOS MARTIRES. Paris 15 Mars 1842.

*Je sais à peine l'espagnol, monsieur l'Abbé, et je ne puis juger que par une espèce d'instinct de votre belle poésie. Vous m'avez fait trop d'honneur en traduisant les **Martyrs**, et vous leur aurez donné dans votre noble langue ce qui leur manque dans mon humble prose française.*

*Agreez je vous prie, monsieur l'Abbé, avec mes remerciements les plus sincères l'assurance de ma respectueuse considération.*

Chateaubriand.

Paris 15 de Marzo de 1842.

*Yo apenas conozco el Español, señor Eclesiastico, y solo por una especie de instinto puedo juzgar de su bella poesia. V. me ha hecho demasiado honor en traducir los **Mártires**, y les habré dado en su noble lengua lo que les falta en mi humilde prosa francesa.*

*Suplico admita V., señor Eclesiastico, con las mas sinceras gracias la seguridad de mi respetuosa consideracion.*

Chateaubriand.

Paris le Mars 1842.

Je me suis honoré de recevoir de votre Excellence  
une lettre qui me fait part que vous avez  
bien voulu me faire l'honneur de m'écrire  
à propos de la lettre que j'ai eu l'honneur  
de vous adresser le 15 Mars dernier. Je  
vous prie de croire que je suis très sensible  
à l'attention que vous m'avez témoignée  
et que je suis très obligé de vous en  
remercier. Je vous prie de croire que  
je suis très sensible à l'honneur que  
vous m'avez fait en m'écrivant et que  
je suis très obligé de vous en remercier.

Patrice de La Bourdonnaye

Je vous prie de croire que je suis très sensible  
à l'attention que vous m'avez témoignée  
et que je suis très obligé de vous en  
remercier. Je vous prie de croire que  
je suis très sensible à l'honneur que  
vous m'avez fait en m'écrivant et que  
je suis très obligé de vous en remercier.  
Je vous prie de croire que je suis très  
sensible à l'attention que vous m'avez  
témoignée et que je suis très obligé  
de vous en remercier. Je vous prie  
de croire que je suis très sensible à  
l'honneur que vous m'avez fait en  
m'écrivant et que je suis très obligé  
de vous en remercier.

Patrice de La Bourdonnaye

# LOS MÁRTIRES.

## CANTO PRIMERO.

### SUMARIO.

*Exposicion. Invocacion. Familia de Homero. Demódoco, último descendiente de los Homéridas, Sacerdote de Homero en el templo de este poeta sobre el monte Itómo. Descripcion de la Mesenia. Demódoco consagra al culto de las Musas á su hija única Cimodocea por librarla de las persecuciones de Hierócles, Proconsul de la Acaya y favorito de Galerio. Cimodocea va sola con su nodriza á la fiesta de Diana Limnátida; se extravía á la vuelta; encuentra á un jóven dormido á orillas de una fuente. Eudoro la guia á su casa. Marcha Demódoco con su hija á ofrecer sus dones á Eudoro y dar gracias á la familia de Lastenes.*

## CANTO I.

~~~~~

### I.



NO CANTO de guerreros las victorias

Que bañándose en sangre de inocentes,

Dejaron conservadas sus memorias

En el terror y espanto de las gentes.

De dos esposos mártires las glorias

Y el triunfo que en sus muertes eminentes

Contra el abismo obtuvo el pueblo santo,

Digno objeto serán de grave canto.

## II.

Musa celeste cuyo sácro aliento  
 Inspiró al vate de Albion divino (1);  
 Tú que en la soledad tienes asiento,  
 Y en el Tabor habitas de continuo,  
 Desciende, ven, enseñame el acento  
 Con que sobre Sion lloró el destino  
 El cantor de los Trenos, ó á porfia  
 Dame del santo Rey la melodía.

## III.

Y tú, Virgen del Pindo fabulosa,  
 Deidad de la mentira, cuya ciencia  
 De la muerte no ha sido poderosa  
 A hacer asunto sério; á competencia  
 Ven de la Musa sácrá; y si engañosa  
 Algun tiempo agravaste su dolencia,  
 Si á abatirla llevaste tus deseos,  
 Aumenta hoy con tu ruina sus trofeos.

## IV.

Principia y dime quien fué la doncella  
 Que unida en tierno lazo á un casto esposo,  
 Al martirio le sigue, y con él sella  
 El decreto que aclama victoriosó  
 Al pueblo santo en la mortal querrela  
 Que Lucifer le tiene poderoso:  
 Tú lo puedes decir, pues en tu suelo  
 Brotó esta flor que fruto dió en el cielo.



## V.

Demódoco era el vástago postrero  
 De la familia ilustre que tenía  
 En Quío el nombre del divino Homero.  
 Epícaris la ninfa que corría  
 Por el Táleo con aire mas ligero  
 Y en belleza y pudor sobresalia,  
 De sus padres en himen recibiera  
 Himeneo feliz si estable fuera.

## VI.

Nueve veces la luna iluminára  
 Los ántros de los Dáctilos (2); seguida  
 Del caro esposo Epícaris marchára  
 Á mirar sus rebaños sobre el Ida.  
 Allí en la margen de corriente clara;  
 Al Padre de los Dioses ofrecida,  
 Cimodocea nace, mas de suerte  
 Que su vida á la madre dá la muerte.

## VII.

Así este mundo alterna la amargura  
 Con el placer, el llanto y la alegría.  
 Los menores asomos de ventura  
 Son síntomas que anuncian á porfia  
 Mayores males y de mayor dura.  
 Demódoco es la prueba, pues el día  
 Que alegre ve nacer Cimodocea  
 Pierde lo que ama por lo que desea.

## VIII.

En vano los augures favorable  
 De esta niña pronuncian el destino:  
 Demódoco, al dolor inconsolable  
 No mira ya las aguas del divino  
 Letêo sino con pena insoportable.  
 Con su hija en brazos pónese en camino,  
 Y á Júpiter Tonante haciendo venia,  
 Se dirige á las costas de Mesenia.

## IX.

El meseniense pueblo acostumbrado  
 A la desgracia, acoge al descendiente  
 Del divino poeta entusiasmado.  
 Al sácro vate un templo en la pendiente  
 Del monte Itómo habian levantado  
 Que su renombre hiciera permanente.  
 A Demódoco buscan con anhelo  
 Para ser sacerdote de su Abuelo.

## X.

La imágen del poeta representa  
 Un caudaloso rio, en cuyas ondas  
 Hinchén la urna otros rios, sin que sienta  
 Diminucion en sus corrientes hondas.  
 A la vista del templo se presenta  
 La célebre ciudad de Epaminondas,  
 Bañada por el Pámiso y Balira  
 En que perdiera Támiris su lira (3).

## XI.

El monte, de florestas rodeado,  
 Domina una campiña dilatada,  
 En que crece el ciprés de Apolo amado,  
 Y la viña del olmo entrelazada.  
 El fresco valle, el flórido collado,  
 La vega de verdura matizada,  
 Los bosques convidando con su sombra  
 Se estienden como bella y ancha alfombra.

## XII.

A lo lejos se avistan esparcidas  
 Varias ruinas de pueblos que existieron;  
 De Andania aquí murallas derruidas  
 Que de Mérope triste el llanto oyeron;  
 De Trica allá columnas abatidas  
 Que estatuas de Esculapio sostuvieron;  
 Allí Feres, Steníclara y Gerenia,  
 Que fueron, y no son, en la Mesenia.

## XIII.

Mas lejos, á la parte del poniente,  
 El anchuroso mar una barrera  
 De cristal fórma, azul y trasparente.  
 Al otro lado está la cordillera  
 De la Elide que se une hácia el oriente  
 Al Liceo y Taigetes; de manera  
 Que esta comarca encierra en sí la historia  
 De sus costumbres, fiestas y su gloria.

## XIV.

En este ameno sitio retirado  
 Tres lustros ya Demódoco ofrecía  
 Las libaciones sácras. A su lado  
 La cándida Cimódoce crecía  
 Como jóven olivo que plantado  
 A orillas de la fuente, cada día  
 Riega y limpia el colono con desvelo,  
 Y el amor llega á ser de tierra y cielo.

## XV.

Mas en tanto que el padre se dedica  
 A cultivar las gracias y el talento  
 Que al bello sexo eleva y deifica,  
 Una desgracia turba su contento;  
 Desgracia que le aqueja y mortifica,  
 Porque él fué, sin pensar, el instrumento,  
 Haciendo que á su hija siendo hermosa  
 Hierócles la desee por esposa.

## XVI.

Hierócles, el malvado favorito  
 De Galerio, á Hierócles comparable;  
 Que no hay estraño crimen ni delito,  
 De que uno y otro no sea culpable;  
 De este horroroso monstruo el apetito,  
 Porque de Acaya el hado deplorable  
 Un romano Proconsul en él mira,  
 A esposo de la virgen tierna aspira.

## XVII.

Demódoco afligido, comprendiendo  
 Que el furor del Proconsul irritará  
 Su justa negativa, y conociendo  
 Que el tirano en los medios no repara  
 En saciar sus deseos, no pudiendo  
 De otro modo salvar su prenda cara  
 De este funesto amor que le estremece,  
 Al culto de las Musas su hija ofrece.

## XVIII.

Cimodocea docil aprendía  
 De su padre el deber del sácro oficio:  
 Yá á buscar la becerra que debía  
 Con su sangre volver al Dios propicio;  
 Yá á esparcir la cebada, y cada día  
 Disponer el debido sacrificio:  
 El la enseña también tocar la líra  
 Que al mortal infeliz pasma y admira.

## XIX.

¡Cuántas veces los dos sobre un collado,  
 O á la orilla del mar, con armoniosos  
 Acuerdos repetían del sagrado  
 Abuelo los cantares cadenciosos!  
 El pueblo de Neptuno, arrebatado  
 Al escuchar sus cantos melodiosos  
 A la ribera en turbas acudía,  
 Y á las olas con pena se volvía.

## XX.

A estos varios encantos la doncella  
 Junta de la modestia el ascendiente,  
 Que mas que la hermosura la hace bella  
 Y realza su mérito eminente.  
 El trato de las musas causa en ella  
 Un aire de grandeza y continente  
 tan noble y tan divino, que diría  
 Cualquiera ser Melpómene ó Talía.

## XXI.

Una tarde del padre acompañada  
 Yendo á buscar el dístico sagrado,  
 En las vueltas del monte estraviada,  
 De repente aparece en un collado ;  
 Sorprendido el pastor que en la llanada  
 Tranquilo apacentaba su ganado,  
 Uno á otro pregunta : « ¿No observaste  
 A Nestor con la bella Policaste? » (4)

## XXII.

En tanto de Diana se acercaba  
 La gran festividad y ceremonia,  
 Que con solemne pompa celebraba  
 El pueblo en los confines de Laconia.  
 Allí la ilustre Tebas ostentaba  
 En competencia con Lacedemonia  
 Su juventud lozana y escojida  
 En dos coros distintos repartida.

## XXIII.

Para guiar el coro de doncellas  
 Los ancianos nombraban desde luego  
 La que era mas hermosa entre las bellas.  
 Semejante eleccion enciende el fuego  
 De ordinario, y provoca las querellas  
 Que de estos pueblos turban el sosiego:  
 Mas esta vez no hay uno que no elija  
 Del anciano Demódoco la hija.

## XXIV.

La jóven profetisa comparece  
 Al frente de las vírgenes honestas,  
 Como cuando Diana se aparece  
 De sus ninfas seguida en las florestas.  
 Su rostro en fuego sácro resplandece,  
 Y con maneras nobles y modestas,  
 Respondiendo los jóvenes entona  
 Los loores á la hija de Latona.

## XXV.

«Cantemos, dice, con variado acento,  
 «Las alabanzas de la vírgen Diosa.  
 «Vos, Diana tuvisteis nacimiento  
 «Bajo una palma en Delos la frondosa.  
 «Siete cisnes alados su contento  
 «Cantaron en su lengua melodiosa;  
 «Y en su memoria Apolo que lo admira,  
 «Puso las siete cuerdas á la lira.

## XXVI.

«Vos amais los cristales de la fuente  
 «Y del bosque las verdes espesuras;  
 «Vos paseais del Algido eminente  
 «Y del fresco Erimanto las alturas.  
 «Escuchad nuestra voz propiciamente:  
 «A los jóvenes dad costumbres puras,  
 «Reposo á la vejez, honor y ciencia  
 «De Nestor á la augusta descendencia.»

## XXVII.

En acabando el himno, las doncellas  
 ofrecen sus guirnaldas de laureles  
 A Diana Limnátida; tras de ellas  
 A su turno, presentan los donceles  
 Dorados arcos con aljabas bellas.  
 Una cierva despues de blancas pieles,  
 Signo de castidad, es ofrecida,  
 Y en paz la multitud fué despedida.

## XXVIII.

La hija de Demódoco ocupada  
 Con objeto tan grave y eminente,  
 A su casa volvía, acompañada  
 De Eurimedusa sola. Dulce ambiente  
 Refrescaba la noche, iluminada  
 De claridad ligera y trasparente,  
 Con que la casta Diosa agradecía  
 El culto recibido en este dia.



## XXIX.

La vista del Taigetes presentaba  
 Un claro-oscuro blando y deleitoso  
 Con las ondulaciones que formaba  
 En las ramas el céfiro amoroso.  
 Al lado opuesto el ancho mar brillaba,  
 Con plateada luz, majestuoso;  
 Al mismo tiempo que una flota Jonia  
 Iba á entrar en el puerto de Coronía.

## XXX.

Cimódoce sus pasos dirigía  
 Por medio de estos sitios encantados:  
 Un sagrado temor la poseía;  
 Sus ojos vagueaban estraviados;  
 A cada movimiento hallar creía  
 Prodigios y misterios elevados;  
 Ya piensa ver á Apolo, ya á Diana,  
 O á Tetis de las ondas soberana.

## XXXI.

Con estas ilusiones distraída,  
 Por el bosque camina á pie ligero;  
 Mas echando de ver que no es seguida  
 Del aya, y que del monte erró el sendero,  
 De súbito terror sobrecogida,  
 Al aire lanza un grito lastimero;  
 Mas el aire en los árboles se esconde,  
 Y el eco de su voz solo responde.

## XXXII.

A los Dioses del bosque invoca luego,  
 Confiando que vengan en su ayuda:  
 ¡Inutil esperanza, vano ruego!  
 La sombría floresta sigue muda;  
 En todas partes reina igual sosiego.  
 La jóven profetisa ya no duda  
 Que todas las deidades invocadas  
 Esten de asuntos graves ocupadas.

## XXXIII.

Mas cuando el ruido escucha de una fuente  
 Que algo lejos de allí se precipita,  
 Grata y dulce esperanza nuevamente  
 En su pecho renace; el paso agita,  
 Y caminando á donde el ruido siente,  
 De la Náyada sácrá que allí habita,  
 La ayuda y proteccion humilde implora  
 Mientras la luz parece de la aurora.

## XXXIV.

La fuente de un peñasco descendia  
 De frondosos laureles rodeado;  
 Encima de la roca se veia  
 Un altar á las ninfas consagrado,  
 Donde ofrendas y votos deponia  
 El viajante en los bosques estraviado.  
 Cimódoce al altar su brazo tiende,  
 Cuando otro nuevo objeto la sorprende.

## XXXV.

Al lado de la peña reposaba  
 Un jóven en el sueño sumergido ;  
 La cabeza en el pecho se inclinaba ;  
 De una mano un lebrél tenia asido ;  
 Con la otra en una lanza se apoyaba ;  
 El ástro de la noche esclarecido  
 Su rostro heria: bajo tal diseño.  
 Apelles pinta de Endimion el sueño.

## XXXVI.

Con efecto, la jóven profetisa  
 Cree ver al mortal favorecido  
 De la reina del bosque: una sonrisa  
 Piensa oír de la Diosa en el ruido  
 Que el zéfiro ha formado, y que divisa  
 En un rayo entre la hoja aparecido  
 La orla blanca del manto de Diana  
 De los castos amores soberana.

## XXXVII.

En el momento teme haber turbado  
 Algun alto misterio, y medio muerta,  
 Creyendo que el lugar ha profanado,  
 Quiere volver atrás; pero no acierta;  
 Póstrase de rodillas á su lado;  
 El perro ladra, el cazador despierta:  
 «Perdon, esclama, ó Endimion divino,  
 »Perdona de una vírgen el destino.»

## XXXVIII.

El cazador, del sueño recobrado,  
 Se queda sorprendido al ver delante  
 Doncella tan hermosa en tal estado.  
 Ordénala que luego se levante;  
 Porque tal acto, dice, solo es dado  
 Al criador de todo. Titubeante  
 La jóven le pregunta: «¿Pues no veo  
 »En tí al hijo divino de Ethico? (5)»

## XXXIX.

«Yo soy Eudoro, el cazador respondé,  
 »Miserable mortal de aqueste suelo.  
 »A solo Dios la gloria corresponde:  
 »Si de la oscuridad le cubre el velo,  
 »Y en densa nube su esplendor esconde,  
 »Su existencia publica tierra y cielo,  
 »Que en todas partes su grandeza brilla:  
 »A él solo debe hincarse la rodilla.»

## XL.

Cimodocea atónita no entiende  
 Lenguaje para ella desusado  
 Que su capacidad pasa y trasciende.  
 Al pronto teme sea algun malvado  
 Que los Dioses persiguen; mas suspende  
 Su juicio al ver el noble y mesurado  
 Semblante, tan ajeno del impío;  
 Y luego le refiere su estravío.

## XLI.

El extranjero quiere consolarla,  
 Viendo tal sencillez con tal belleza,  
 Y á la casa del padre va á llevarla.  
 Pocos pasos andados se tropieza  
 Una muger tendida, y al mirarla,  
 Reconoce una esclava en la pobreza.  
 Dála su manto, viéndola desnuda,  
 Y con nombre de hermana la saluda.

## XLII.

Cimódoce admirando que un dictado  
 Tan dulce y amoroso pueda darse  
 A una esclava que vé en tan triste estado,  
 De que el gentil ni aun llega á lastimarse,  
 «Sin duda, le pregunta, habeis pensado  
 »Que alguna alta deidad por ocultarse,  
 »De esclava se ha vestido?» «No, responde,  
 »Este título á todos corresponde.»

## XLIII.

En esto el aura fresca comenzaba  
 Del lado del oriente, señal cierta  
 Que la aurora su lecho abandonaba  
 Y del áureo palacio abría la puerta.  
 La cumbre del Taigétes principiaba  
 A blanquear no bien con luz incierta,  
 Cuando al tomar la vuelta de un otero,  
 Parece la nodriza en el sendero.

## XLIV.

«¡O hija mia, que pena me has causado!  
 »Esclama Eurimedusa: ya temia  
 »Que te hubiese en las sombras Pan (6) robado.  
 »Este Dios aborrece el claro dia;  
 »Y cuando con los Faunos ha danzado,  
 »No hay cosa que se iguale á su osadía.  
 »¡Como iría yo ¡ay! á la presencia  
 »De tu adorado padre con tu ausencia!

## XLV.

«Yo era jóven, y un dia en la ribera  
 »De Najos, patria mia, juguetéando,  
 »De pronto me asaltó una tropa fiera  
 »Que el imperio de Tetis va surcando  
 »Con mano airada y de botín prospera.  
 »A la isla de Creta nayegando,  
 »Ganan un puerto lejos de Gortina  
 »Cuanto á pie un hombre en medio sol camina.

## XLVI.

«Tu padre que á trocar tapiz milenio  
 »Por trigo de Teodosia habia llegado,  
 »Me compra á los piratas: fueron precio  
 »Dos toros que no habian señalado  
 »Surcos de Ceres. Luego haciendo aprecio  
 »De cuánto le era fiel á su mandado,  
 »Vigilante y solícita, no tarda  
 »En confiar su tálamo á mi guarda.

## XLVII.

«Y cuando Ilitia (7) cruel de eterno velo  
 «A Epícaris cubrió, tu padre triste  
 «En mis brazos te puso. ¡Qué desvelo  
 «En tu infancia costaste y penas diste!  
 «Yo te mecí en la cuna; mi consuelo  
 «Era emplearme en tí; solo quisiste  
 «De mis manos tomar el alimento,  
 «Y en faltando llorabas al momento»

## XLVIII.

Al mismo tiempo que esto la decia,  
 Entre sus brazos tierna la estrechaba  
 Y de cariño lágrimas vertia,  
 La jóven en el llanto la imitaba.  
 «No temas, la responde, madre mia,  
 «Que una deidad mas casta me guiaba,  
 «Y despues me ha enviado este divino  
 «Conductor que me ha puesto en el camino.»

## XLIX.

El cazador miraba enternecido  
 Esta amorosa escena que un instante  
 Su rostro majestûoso ha conmovido.  
 Mas recobrando luego su semblante:  
 «Cimodocea, dice, he concluido  
 «Mi obligacion, pues la aya ves delante,  
 «Y la casa del padre no está lejos:  
 «¡Ojala te dé Dios otros consejos!»

## LIX

Asi habla, y sin que espere su respuesta,  
 Ligeramente de ellas se separa,  
 Y parte mas veloz que una ballesta.  
 Atónita la jóven le repara;  
 Mas creyéndole Dios de la floresta,  
 Temiéndole mirar, vuelve la cara;  
 Porque sabe que un Dios ha castigado  
 Al que atrevidamente le ha mirado (8).

## LX

Un momento se queda enagenada  
 De estupor sácro el alma poseida.  
 Luego, de Eurimedusa acompañada,  
 Prosigue su camino; á la subida  
 Llega del monte Itómo deseada;  
 Y pasando la fuente de Clepsida,  
 En el templo de Homero por fin entra,  
 Y al angustiado padré en él encuentra.

## LXI

El anciano Pontífice amoroso  
 La noche toda habia andado errante  
 En busca de su hija cuidadoso.  
 La ausencia de Hierócles no es bastante  
 A dar á su inquietud algun reposo,  
 Que todo teme un corazon amante.  
 Mas cansado y sin fruto habia vuelto  
 En amarga tristeza y pena envuelto.



## LIII.

Así, cuando de su hija oye el acento  
 Poseído de súbita alegría,  
 Poco falta que muera de contento:  
 Estrechando sus brazos, parecía  
 De su boca beber el dulce aliento,  
 Y amorosas palabras la decía.  
 Así arrulla la tórtola á su hijuelo  
 Cuando por vez primera ensaya el vuelo.

## LIV.

«¡Cómo, decía, hubiera yo podido  
 Sobrevivir sin ti! ¡En que he pensado  
 Para dejarte sola! ¿No he temido  
 Los satélites dignos del malvado?  
 Pero no: yo me hubiese dirigido  
 Al César mismo, y á sus pies postrado:  
 Dáme, le hubiera dicho, á mi querida  
 Cimodocea, ó quítame la vida.»

## LV.

«Yo hubiese mi dolor al sol contado,  
 Y como á Proserpina te buscára  
 Por la tierra, y hubiese atravesado  
 Los anchos mares hasta que te hallára:  
 El destino de un padre despojado  
 De sus hijos á todos lastimára;  
 Pues ¡quién mas infelice que aquel hombre  
 Que no deja herederos de su nombre!»

## LVI.

Cimodocea en tanto con su mano  
 De bruñido alabastro acariciaba  
 La barba plateada del anciano,  
 Y mil veces la frente le besaba,  
 «Sosiégate, responde, sobrehumano  
 «Ministro de inmortales, que no estaba  
 «En poder del tirano: me he perdido  
 «Y un jóven ó algun Dios me ha conducido.»

## LVII.

Oyendo esto Demódoco ligero  
 La aparta de su seno, y levantado:  
 «¡Cómo! dice, te ha vuelto un extranjero,  
 «Y la hospitalidad tu no le has dado!  
 «¡Tu, descendiente del ilustre Homero!  
 «Cuando la Grecia sepa que has cerrado  
 «La puerta hospitalaria á un caminante,  
 «¿Qué juicio formará de mi al instante?»

## LVIII.

Al ver su indignacion Eurimedusa,  
 Que en el anciano padre nunca viera,  
 Responde por la jóven: «Tu hija escusa;  
 «Voy á decirte la verdad sincera:  
 «Una Sacerdotisa de la Musa  
 «No bien acompañada pareciera  
 «Con un jóven, trasunto de Inmortales,  
 «Que es grande la malicia en los mortales.»

## LIX.

«¡Eurimedusa! el viejo la responde,  
 »¿Qué palabras son esas que has vertido?  
 »¿Qué poco ese discurso corresponde  
 »Con la prudencia que hasta aquí has tenido!  
 »Algún genio (9) maligno en tí se esconde  
 »Que te perturba el juicio y el sentido:  
 »Sabe que para mí no hay injusticia  
 »Mayor que abrir su seno á la malicia.»

## LX.

Cimodocea entonces: «¡O sagrado  
 »Pontífice! depon de tí la ira  
 »Que nunca cosa buena ha aconsejado.  
 »Cálmate, te suplico, atiende y mira:  
 »Bien sabes que el perdón no le es negado  
 »A aquel que á reparar su falta aspira;  
 »Tu en linajes y estirpes ciencia tienes,  
 »El jóven es un hijo de Lastenes.»

## LXI.

La dulce persuasión luego derrama  
 El bálsamo suave del consuelo  
 En el pecho del padre. «¡O hija! esclama,  
 »No en vano vistes el sagrado velo  
 »De Profetisa: en tí veo la llama  
 »Que alumbra mi vejez en este suelo.  
 »No hay jóven de tu edad que á tí igualarse  
 »Pueda, en gracias ni en juicio compararse.»

## LXII.

- »Es verdad, hija mia, yo poseo  
 »La ciencia genéalogica, y pudiera  
 »Competir antes con el mismo Orfeo.  
 »Lastenes es de Arcadia la primera  
 »Y mas nóble familia: el rio Alfeo (10)  
 »La ha dado ilustre origen, y enumera  
 »Entre sus mas preclaros ascendientes  
 »Polibio y Filopémen eminentes.

## LXIII.

- «El nombre de Lastenes es glorioso  
 »Por su hijo Eudoro, el mismo que has dejado  
 »Despues que te salvó en el bosque umbroso.  
 »En el campo de Márte señalado  
 »Dió pruebas de prudente y valeroso,  
 »Y á las mayores honras fué elevado;  
 »Mas despues de haber hecho mil hazañas,  
 »La Fama cuenta de él cosas estrañas.

## LXIV.

- »Pero mañana así que en el oriente  
 »Haya el primer albor aparecido,  
 »Y antes que el claro sol haga patente  
 »Segunda vez el yerro cometido,  
 »Iremos á ofrecer nuestro presente  
 »A Eudoro, que repare tu descuido.  
 »Tambien veré si la sabiduría  
 »Iguala á su valor y nombradía.»

## LXV.

Dichas estas palabras, hácia el ára  
 Se dirige el anciano de la musa,  
 Y vierte en libacion una onda clara,  
 Traida de la fuente de Aretusa,  
 Que con vino odorífero mezclára.  
 Con su hija luego y con Eurimedusa  
 A los Láres domésticos suplica,  
 Y una becerra blanca sacrifica.

## LXVI.

Hecha la expiacion, Cimodocea  
 Se retira á su cuarto, donde, luego  
 Que en baño delicioso se recrea,  
 Se prepara á tomar dulce sosiego.  
 Mas allí está esperándola otra idea  
 Que la pone en mortal desasosiego,  
 Y en vano á la deidad del sueño nombra  
 Pidiendo que la cubra con su sombra.

## LXVII.

La Vestal candorosa percibia  
 En su seno virgíneo diferente  
 Y grato movimiento que la hacia  
 Latir el corazon mas fuertemente.  
 La calma de la noche la traia  
 Y gravaba en su alma blandamente  
 La memoria del jóven extranjero  
 Envuelta en el placer mas lisonjero.

## LXVIII.

Su corazon incauto no rehusa  
 Los latidos de amor, que ella inexperta  
 Toma por la emocion de alguna Musa:  
 Así dá al ciego Dios la entrada abierta.  
 Yá de su ingratitud negra se acusa;  
 Yá nuevamente, en su opinion incierta,  
 Duda si será un Dios el extranjero,  
 Y teme ahora lo que amó primero.

## LXIX.

Entre estos pensamientos vacilante,  
 La aurora llega á colorar el dia.  
 Demúdoco, despierto al mismo instante,  
 Sus siervos levantar gritando hacia.  
 Ya Evemon diestro un carro rutilante,  
 De marfil adornado, suspendia  
 Con correas flexibles y dobladas  
 En dos ruedas de bronce tachonadas.

## LXX.

Hestioneo de Epiro inteligente  
 Dos mulas saca luego de una altura,  
 Los ojos vivos, piel resplandeciente,  
 Que á la nieve no ceden en blancura.  
 Atándolas al yugo mansamente,  
 Acaba de ensalzarlas la hermosura  
 Con jaeces del oro centelleantes  
 Con que quedan mas bravas y arrogantes.

## LXXI.

Eurimedusa, llena de experiencia,  
 (Consuelo reservado á larga vida  
 Con el respeto dado á la prudencia)  
 Prepara el pan y el vino. A su vez cuida  
 Demódoco del dón, cuya excelencia  
 Al hijo de Lastenes la debida  
 Reparacion ofrezca del descuido  
 Que su hija inexperta ha cometido.

## LXXII.

Una copa de bronce hacia este,  
 Obra maravillosa de Vulcano:  
 En ella está grabado con celeste  
 Artificio la historia del Tebano  
 Cuando del orco mismo saca á Alceste  
 A pesar de Pluton, y con su mano  
 La restituye á Admeto, el beneficio  
 Premiando doble que admitió en su hospicio.

## LXXIII.

Este caliz famoso Ajax trocará  
 Con Tiquio de Hile, celebrado armero  
 Por septípele escudo que llevará  
 Todo el sitio de Troya aquel guerrero.  
 La familia de Tiquio que hospedára  
 Al vate ilustre que cantó el primero  
 La empresa estrema de la Dánaa gente,  
 Le dió esta copa célebre en presente.

## LXXIV.

A la isla de Samos luego fuera  
 El sublime cantor, y recibido  
 En casa de Creofilo, le diera  
 Al tiempo de su muerte agradecido  
 La copa y los poemas que escribiera.  
 Despues los hijos de este no han sabido  
 Apreciar su valor, y de su mano  
 Los recibió Licurgo el Espartano.

## LXXV.

De Licurgo en seguida el mundo entero  
 Heredó los poemas que inspirára  
 Apolo mismo al celestial Homero.  
 La copa á los Homéridas pasára.  
 Hijos del sácro vate, y el postrero  
 Demódoco de todos la heredára;  
 Y como alhaja preferible al oro  
 Hoy la destina por regalo á Eudoro.

## LXXVI.

Cimódoce se viste una ligera  
 Ropa, color de lirio, semejante  
 Al cinto de las Gracias, y pudiera  
 Con ellas competir en lo elegante:  
 Sus blancos pies adorna á la manera  
 De las Ninfas con lazo undi-flotante;  
 Y una aguja dorada sus cabellos  
 Suspende á la cabeza en rizos bellos.



## LXXVII.

El velo de las Musas en seguida  
 La trae Eurimedusa, que, guardado  
 En una caja de oro guarnecida,  
 Se conservaba siempre perfumado.  
 La fragancia que exhala es parecida  
 A un campo que de flores es sembrado.  
 La vírgen se lo pone á la cabeza,  
 Y vá á buscar al padre con presteza.

## LXXVIII.

A este instante el anciano se avanzaba  
 De purpúrea talar ropa vestido  
 Que en precio una hecatombe superaba.  
 Luego con su hija cara reunido  
 Monta el carro radiante que esperaba;  
 Y Evemón diestro, apenas han subido,  
 Bate las blancas mulas con tal arte  
 Que el coche como un rayo veloz parte.



## NOTAS.

~~~~~

### Octava II.

Inspiró al vate de Albion divino;

(1) Milton, autor del Paraíso Perdido y el mas sublime de los poetas modernos.

### Octava VI.

Los antros de los Dáctilos; seguida

(2) Los Dáctilos, hijos de Saturno y de Alciope, primeros habitantes de la isla de Creta, vivían en cavernas en las faldas del monte Ida. Con sus cantos y gritos impidieron que Saturno oyese los lloros de Júpiter que era criado ocultamente sobre el mismo monte.

### Octava X.

En que perdiera Támiris su lira.

(3) El poeta Támiris se atrevió á desafiar á las Musas en el canto; pero fue vencido por ellas y castigado con la pérdida de la vista. Pasando por el rio Balira, dejó caer, ó segun otros, arrojó su lira de despecho.

### Octava XXI.

»A Nestor con la bella Policaste?»

(4) Policaste, la mas joven de las hijas de Nestor, guió á Telémaco al baño cuando vino á casa de aquel Rey á preguntar noticias de su Padre. *Odisea lib. 5.*

### Octava XXXVIII.

»En tí al hijo divino de Ethieo.»

(5) Endimion, hijo de Ethieo y de Calice, era un pastor de rara belleza, á quien amó Júpiter de tal manera que le dió una plaza en el cielo. Mas indignado luego por haber atentado aquel al honor de Juno, le arrojó con ignominia, y le condenó á un sueño perpetuo. La Luna que había concebido hácia él una pasión violenta, le trasladó á una cueva del monte

Latmo en Caria, á donde iba á visitarle con frecuencia: de él tuvo á Etolo con otros varios hijos.

Algunos pretenden que Endimion fué el primer astrólogo que observó el curso de la luna, y de aquí suponen tomó origen la fábula mitológica.

#### Octava XLIV.

»Que te hubiese en las sombras Pan robado.

(6) Creían los antiguos que Pan andaba corriendo la noche por los bosques y montañas. De aquí el nombre de terror pánico que se dá al miedo producido por la oscuridad de la noche, ó por una imaginacion sin fundamento.

#### Octava XLVII.

»Y cuando Ilitia cruel de eterno velo

(7) Ilitia, hija de Juno, Diosa que entre los Griegos presidia á los partos. Eurimedusa la llama cruel, porque quitó la vida á Epicaris en el parto de Cimodocea. Con el nombre de Ilitia invoca Horacio á Diana en el *Car-men sæculare*.

*Rite maturos aperire partus,*

*Lenis Illythia tuere matres.*

#### Octava L.

Al que atrevidamente le ha mirado.

(8) Era opinion entre los paganos que la súbita aparicion de un númen causaba la muerte. Esta misma persuasion reinaba entre el pueblo Israelita. Así es que cuando el Señor se aparecía se arrojaban al instante al suelo y se tapaban la cara, por temor de morir si le miraban. En este sentido pudo decir san Pablo: *scrutator majestatis opprimetur á gloria*. Porque así como la aparicion de la Divinidad en una forma corpórea deslumbra la vista natural del hombre, así oprime nuestros entendimientos la grandeza y profundidad de sus misterios.

#### Octava LIX.

»Algun Genio maligno en tí se esconde

(9) A imitacion de los ángeles custodios, que fue erencia entre los Judios y despues pasó por dogma á los Cristianos, los Gentiles reconocian á los Genios como divinidades tutelares. Segun ellos, cada lugar y cada hombre tenia el suyo; y aun muchos pretendian que cada hombre tenia dos: uno

bueno que le guiaba al bien, y otro malo que le incitaba al mal. A este le representaban con un aspecto terrible; en vez que el Genio benéfico tenia siempre un aire risueño y agradable, inclinaba los hombres á la virtud y á los placeres honestos. Asi se vé la analogia de las fábulas paganas con las creencias de los Judios; pero el dogma católico que señala un ángel custodio á cada hombre, no admite mas que un tentador comun á todos.

### Octava LXII.

#### »Y mas noble familia: el rio Alfeo

(10) Alfeo, río que tiene su origen en la Arcadia; desaparece y vuelve á aparecer por intervalos, y despues de recibir las aguas de muchos rios, va á desembocar en el mar Jonio. La fábula fingió que Alfeo era un cazador de Arcadia, ciego de amor por Aretusa, la cual por evitar sus persecuciones se salvó en Sicilia. Los dioses la metamorfosearon en fuente y á Alfeo en río; pero como su amor no se hubiese apagado, los dioses para coronar su constancia le abrieron un camino en el seno de los mares, y le permitieron reunirse con Aretusa. *Pausanias lib. 3.*

Otros ponen la fuente Aretusa en Arcadia, cuya opinion se sigue en la descripción de la isla en que cuenta Eudoro su historia. Véase el canto IV.

### Octava LXXII.

#### Cuando del orco mismo saca á Alceste

(11) Alceste, muger de Admeto, Rey de Tesalia. Este principe cayó gravemente enfermo, y consultado el oráculo, declaró que solo viviria si se encontraba alguno que hiciese por él el sacrificio de su vida. Ninguna otra persona se presentaba, y Alceste se ofreció á morir. Mas la muerte de tan digna esposa aligió de tal manera á Admeto que, compadecido Hércules, bajó por ella á los infernos, la sacó de ellos á pesar de Pluton, y la volvió á los brazos de su esposo.

Lo que ha dado fundamento á esta fabula es que Aceste, hermano de la princesa, declaró la guerra á Admeto, á quien venció, y llevaba prisionero para sacrificarle á su venganza. La generosa Alceste pudo conseguir su libertad poniéndose en lugar suyo. Aceste llevaba á su hermana á Yolcos con el designio de matarla, cuando Hércules, solicitado por Admeto, fue en su persecucion, le alcanzó el otro lado del río Aquzronte, le quitó á Alceste, y la volvió á su marido.

# LOS MÁRTIRES.

## CANTO SEGUNDO.

### SUMARIO.

Llegan Demódoco y Cimodocea á Arcadia. Encuentran un anciano en el túmulo de Áglao de Sófis, que los conduce al campo donde hacía la siega la familia de Lastenes. Cimodocea reconoce á Eudoro. Demódoco descubre que toda esta familia era cristiana. Costumbres de los cristianos. Oracion de la noche. Llegada de Cirilo, Obispo de Lacedemonia, confesor y mártir. Pide á Eudoro la relacion de su historia. Cena. La familia y los estrangeros van despues de la cena á sentarse en el vergel que riega el rio Alseo. Cimodocea, instada por su padre, canta al son de su lira. Canta en seguida Eudoro. Las dos familias van á tomar el descanso. Sueño de Cirilo. Oracion del santo Obispo.

### CANTO II.

#### I.



**E**N este mismo tiempo Faetonte

Principiaba á dorar con luz brillante

Poco á poco la cúspide del monte.

Pero viendo á Evemón que va delante,

Zeloso de su gloria, al horizonte

Sus caballos agita, y al instante,

Remontando su coche á el alto cielo,

Deja atrás al que rueda por el suelo.

## II.

Mas luego sus caballos fatigados  
 Del esfuerzo que han hecho, no pudiendo  
 Sostenerse mas tiempo remontados,  
 Van con igual impulso descendiendo.  
 Ya del alto zenit precipitados,  
 Las orillas del mar iban lamiendo,  
 Cuando Evemón con diligencia activa  
 A los confines de la Arcadia arriva.

## III.

En Figaléa un noble descendiente  
 De Agapenór que en Troya comandára  
 Los Arcadios, ofrece complaciente  
 Al antiste de Homero y su hija cara  
 Aquella noche hospicio conveniente.  
 Demódoco al principio rehusára  
 Por pasar adelante, mas Anceo  
 Le hace al fin acceder á su deseo.

## IV

Sus hijos corren luego apresurados  
 A desuncir las mulas espumantes  
 Y á conducir las á pastar los prados  
 Que riega el Neda, frescos y abundantes.  
 Al mismo tiempo en baños separados  
 Se limpian el sudor los caminantes.  
 Fina túnica y manto primoroso  
 Viste Anceo á su huésped obsequioso.

## XV.

De Un javali del bosque de Erimanto  
 En sacrificio es ofrecido luego  
 En honra del grande Hércules; y en tanto  
 Que parte de él se quema en sacro fuego,  
 Y que del semi-Dios se entona el canto,  
 Con la alabanza intercalado el ruego,  
 Las partes de la víctima restantes  
 Se distribuyen á los circunstantes.

## XVI.

Demódoco recibe triplicada  
 Porcion, en miramiento al sacro estado,  
 A la edad y prudencia consumada  
 Y el obsequio debido al convidado.  
 Anceo le presenta una dorada  
 Copa de vino añejo perfumado,  
 Que va de mano en mano, y la alegría  
 Derrama en la apacible compañía.

## XVII.

Demódoco no puede sin embargo  
 De este placer gozar enteramente,  
 Que una idea le turba y hace amargo.  
 Pensando que no ha dado conveniente  
 Satisfaccion á Eudoro, se hace cargo  
 De su tardanza misma, é impaciente  
 Porque su clara luz vuelva la aurora  
 Un síglo se figura en cada hora.

## VIII.

Apenas hubo aquella esclarecido  
 Con sus primeros rayos el Liceo,  
 Las mulas Evemón había uncido.  
 En vano detenerlos quiere Anceo.  
 Parte el carro veloz con grande ruido  
 Y atravesando el cristalino Alfeo,  
 Con igual rapidez costea un monte,  
 Y llega á las orillas de Ladonte.

## IX.

Un antiguo sepulcro allí se alzaba  
 Que las Ninfas habían rodeado  
 De gruesos olmos; dentro reposaba  
 Aquel Arcade pobre que, dotado  
 De la virtud, en dicha superaba  
 Al rey de Lidia rico y afamado (1).  
 Aquí en dos el camino se partía.  
 Y á sitios diferentes conducía.

## X.

Evemón se detiene titubeante  
 No sabiendo el camino verdadero;  
 Mas alzando los ojos ve delante  
 Un hombre entrado en años que ligero,  
 Viendo el carro parado y vacilante,  
 A Demódoco llega: «Viajero!  
 «El camino, pregunta, habeis perdido,  
 «O á buscar á Lastenes sois venido?»



## XI.

Demódoco responde: «No saliera  
 »Tan oportuno el Dios del caduceo  
 »A Príamo al encuentro cuando fuera  
 »Al campo de los hijos de Peleo.  
 »Oyendo tu pregunta, no pudiera  
 »Dudar de tu saber: sí; yo deseo  
 »Hablar á ese Lastenes respetable,  
 »A tí solo en prudencia comparable.»

## XII.

El incógnito entonces: «Aquí al lado  
 »Su habitacion teneis, solo ocultada  
 »Por la cerca que veis en el collado.  
 «Ahora su familia está ocupada  
 »En la siega del trigo en el cercado.  
 »Mas venid, os suplico, vuestra entrada  
 »Va á producir en todos á porfía  
 »El contento mas grande y alegría.»

## XIII.

Luego él mismo tomando por el freno  
 Las mulas, á la cerca va guiando  
 Con marcha apresurada; un valle ameno  
 Atraviesan la márgen costeano  
 Del Ladon que por él corre sereno;  
 A la próxima cerca al fin llegando,  
 Una barrera se abre por donde entran,  
 Y á la familia trabajando encuentran.

## XIV.

Toda ella se junta en el instante

Y viene á recibir al extranjero,

El contento pintado en el semblante.

El guia de Demódoco el primero

A una muger de edad que ve delante:

«Esposa, dice en tono placentero,

«Demos gracias á Dios que nos envía

«En estos viajantes la alegría.»

## XV.

«Cómo! exclama Demódoco aturdido;

«Eres Lastenes tú de ilustre nombre,

«Y yo, pobre de mi, no lo he advertido!

«¡Cómo juegan los dioses con el hombre,

«Y burlan su saber! Pero vestido

«Con trage tan modesto, no te asombre

«Si el siervo te he creido á los senderos

«Destinado á acojer los viajeros.»

## XVI.

«¡Gran Lastenes, prosigue, y vos prudente

«Madre del noble Eudoro, parecida

«A la muger de Ulises eminente!

«Este os habrá contado la acogida

«Que mi hija tuvo en él, cuando en la fuente

«La encontró por los Faunos distraida.

«Enseñadme ese jóven, yo os lo ruego,

«Que estrechar en mis brazos pueda luego.»

## XVII.

Eudoro estas palabras escuchaba  
 A espaldas de la madre colocado;  
 Los ojos bajos; la una mano daba  
 A la hermana menor puesta á su lado.  
 Lastenes le responde: «Yo ignoraba  
 »Lo que dices, pues nada me ha contado  
 »De ese extraño suceso; pero ahí tienes  
 »El hijo que preguntas de Lastenes.»

## XVIII.

Demódoco se queda confundido  
 Sin pronunciar palabra. ¿Es posible,  
 Se dice para sí, que este haya sido  
 El que venció á Carrausio tan terrible,  
 El famoso Tribuno esclarecido  
 De la legion Británica invencible,  
 Y el amigo del César predilecto?  
 ¡Este zagal de tan sencillo aspecto!

## XIX.

Mas<sup>7</sup> vuelto en sí del estupor primero:  
 »O héroe! prorrumpió! yo debería  
 »Conocer por tu talle aquel guerrero  
 »Cuyo nombre la Fama nos envía.  
 »Una copa te traigo que prefiero  
 »Al diamante y rubí de mas valía,  
 »Por su mérito y arte mas que humano:  
 »Recíbela, suplico, de mi mano.

## XX.

«¡ O jóven à los dioses semejante!  
 »Meleagro no fuera mas hermoso  
 »Cuando encantó los ojos de Atalante,  
 »¡ Madre dichosa! ¡padre venturoso!  
 »¡ Mil y mil veces mas feliz la amante:  
 »Que participe el tálamo glorioso!  
 »Si la virgen por tí en el bosque hallada  
 »No estuviera á las Musas consagrada.»

## XXI.

Oyendo estas palabras del anciano  
 Los jóvenes sintieron conmovido  
 Su corazón, que ya ambos de antemano  
 Se habían mutuamente conocido.  
 Eudoro respondió: «De vuestra mano  
 »Gustoso aceptaré y agradecido  
 »Esa copa de vos tan estimada,  
 »Si no está de los ídolos manchada.»

## XXII.

Luego invita Lastenes cortesmente,  
 En tanto que en el cielo el sol tenían,  
 A sentarse al raudal de clara fuente.  
 Las hermanas de Eudoro entretegian,  
 Sentadas junto al padre jovialmente  
 Coronas y guirnaldas que debían  
 Servir para una sacra ceremonia  
 Que el pueblo fiel celebra en la Laconia.

## XXIII.

De allí un poco á lo lejos se avistaban  
 Los rastrojos dorados y recientes  
 En que los segadores levantaban  
 Torres de blancas mieses. Complacientes  
 Varios haces en pos de sí dejaban  
 A las espigadoras diligentes (2).  
 Al lado de las garbas en dos cestas  
 Dos niños reposaban de una de estas.

## XXIV.

«¡Feliz huésped! exclama el extranjero:  
 »Yo te veo vivir aquí la vida  
 »De Nestor el divino. Soy sincero:  
 »Jamás recuerdo escena parecida  
 »Sino es la que en las armas del guerrero  
 »Aquiles por Vulcano fué esculpida.  
 »¡Que mieses tan maduras y abundantes!  
 »¡Que esclavos tan activos y arrogantes!»

## XXV.

«Esclavos no, Lastenes le responde;  
 »Y no permita Dios que á nadie prive  
 »De una prenda que á todos corresponde.  
 »Nuestra ley sacrosanta lo prohíbe.  
 »La esclavitud no dice bien en donde  
 »La libertad mi espíritu concibe,  
 »Que en todos con su imágen viva y clara  
 »El soberano Criador grabára.»

## XXVI.

El Pontífice entonces : «Ya comprendo  
 »Que la verdad la Fama nos digera ,  
 »Estas palabras últimas oyendo.  
 »Mas, siendo de los dioses mensagera,  
 »¿Podria ella mentir? Pero no entiendo  
 »Cómo Júpiter justo concediera  
 »A quien se achacan tantas impiedades  
 »Tantas riquezas y felicidades.»

## XXVII.

Lastenes le contesta : «Los cristianos  
 »No son unos impíos, ni tampoco  
 »Justos ó injustos vuestros dioses vanos.  
 »Yo al verdadero Dios tan solo invoco.  
 »Si mis campos prosperan en las manos  
 »De esta familia, y la abundancia toco,  
 »Débolo á la intencion pura y sencilla  
 »Con que al supremo Ser sirve y se humilla.»

## XXVIII.

«Mi esposa, ahí la teneis, él me la ha dado :  
 »Yo solo la pedí amistad constante  
 »Y hasta ahora en nosotros ha reinado.  
 »Mis hijos ya los veis tambien delante.  
 »Los demas bienes con que me ha colmado ;  
 »Mis manos los reparte al caminante,  
 »A los pobres, gentiles ó cristianos ,  
 »Que á todos considero como hermanos.»

## XXIX.

En esto el sol brillante descendía  
Sobre el Fólce sublime al horizonte  
De Olimpia, y un instante parecía  
Suspendido en la cumbre de aquel monte.  
Con plateada luz esclarecía  
Los bosques del Alfeo y del Ladonte.  
El aire al mismo tiempo silencioso  
Deja las verdes ramas en reposo.

## XXX.

Entonces los criados sus labores  
Sueltan, y la familia en el momento  
Se dirige á la casa, los señores  
Con los siervos mezclados. El contento  
Se pintaba en aquellos labradores  
Suspendido del hombro su instrumento,  
Y animando los toros que arrastraban  
Los carros que del peso rechinaban.

## XXXI.

Habiendo á la morada así llegado,  
Entran en un gran patio donde estaban  
Las cortes y tinadas del ganado;  
Y en donde las colmenas derramaban  
Un olor aromático; mezclado  
Con el dulce perfume que exhalaban  
Las ubres de la baca que volvía  
Del pasto acompañada de su cria.

## XXXII.

En el medio el brocal se ve de afuera  
 De un pozo, en cuyos postes se enlazaba  
 Con varios nudos verde enredadera;  
 A cada lado un aloé se alzaba,  
 Y por cima de todo una noguera  
 Sus ramas poderosas ensanchaba  
 Que del viento resisten los vayvenes:  
 Plantárala el abuelo de Lastenes.

## XXXIII.

En este patio apenas han entrado  
 Una campana (3) suena: en el instante  
 Lastenes se arrodilla, acompañado  
 De todos sus domésticos, delante  
 De una gran cruz de piedra, y con pausado  
 Acento y gravedad en el semblante  
 Pronuncia la plegaria vespertina,  
 Y humilde hácia la cruz su frente inclina.

## XXXIV.

Luego entran en la casa, y placenteros  
 Preparan el festin. Primeramente  
 Presentan dos domésticos ligeros  
 En vasos de metal agua caliente  
 Para lavar los pies los extranjeros (4).  
 Una hermana de Eudoro diligente  
 Baja á una fresca cueva embovedada,  
 De licores y víveres colmada.



## XXXV.

Allí en varios estantes se veía  
 El odre del aceite delicioso  
 Que el Atica abundante producía;  
 Los toneles con vino generoso,  
 El saco que la arina contenía,  
 La miel de Creta, el queso mantecoso,  
 La perdiz y el conejo que en el monte  
 Ha cazado Lastenes del Ladonte.

## XXXVI.

Luego llena la jóven presurosa  
 Una urna de aquel vino confortante  
 Que da la isla de Quío tan famosa.  
 Los domésticos ya en el mismo instante  
 Habian preparado en la espaciosa  
 Cámara de los ágapes (5) brillante  
 Dos grandes mesas de ébano, cubiertas  
 Con blancos panecillos sobre espuelas.

## XXXVII.

El manjar de familia es presentado:  
 La legumbre, raíz, fruto escogido;  
 Despues el ave, el barbo delicado  
 De la laguna Estínfala; añadido  
 De repente, en obsequio al convidado  
 Es un cabrito tierno que ha mordido  
 Apenas los madroños del Alféo  
 Y el cítiso del valle Melenéo.

## XXXVIII.

Ya Lastenes gozoso conducía  
 Su huésped al convite de la mano,  
 Cuando viene á aumentarle la alegría  
 Una sierva. «Señor! le dice, un anciano,  
 »Semejante al esposo de María,  
 »Se abanza por el bosque no lejano  
 »De los cedros; venid, que á lo que creo  
 «Al santo obispo de Laconia veo.»

## XXXIX.

Lastenes iba luego presuroso  
 A su encuentro; mas ya en el mismo instante  
 Entraba por la puerta el respetuoso  
 Y venerable anciano. En su semblante,  
 Lleno de cicatrices de un glorioso  
 Mártirio que sufrió en la fe constante,  
 La magestad se ve representada,  
 De una dulce modestia acompañada.

## XL.

Este era el gran Cirilo: en un cayado,  
 Signo de autoridad dulce y humana,  
 Por Osio (6) en un concilio regalado,  
 Sus manos sostenia. La cristiana  
 Familia se prosterna; el pié sagrado  
 Le besa con respeto, y el *Hosana*  
 Entona con pausado y grave canto,  
 Tres veces repitiendo el nombre *Santo*.

## XLI.

«Por Apolo! Demódoco exclamára,  
 «Si ví jamás anciano mas augusto.  
 «Cualquiera afirmaria que su cara  
 «Es del excelso Jove el propio busto.  
 «¿Eres, dime, algun rey? ¿ó sobre el ara  
 «Sirves de un nuevo dios? Dí, que yo gusto  
 «Sacrificar á las deidades nuevas.  
 «¿Qué significa el cetro que tu llevas?»

## XLII.

Oyendo este propósito, el Prelado  
 Suspenso le miró el primer momento.  
 Luego afable responde: «Este cayado  
 «Es con que mis ovejas apaciento:  
 «Porque yo no soy rey, sino sagrado  
 «Ministro del gran Dios que el firmamento  
 «No puede contener, y que pudierais  
 «En breve conocer si vos quisierais.»

## XLIII.

Y vuelto hácia Lastenes: «Ya notoria  
 «La causa te será que me ha traído.  
 «De todo el pueblo ocupa la memoria  
 «La penitencia que hace arrepentido  
 «Públicamente Eudoro. De su historia  
 «La grata relacion me ha prometido:  
 «Dos dias con vosotros pasar quiero,  
 «Y en ellos de su boca oirla espero.»

## XLIV.

Luego acercan las sillas los criados  
 Y sirven los manjares de la cena.  
 Reina el gozo entre aquellos convidados.  
 Una parte del tiempo Eudoro llena  
 Leyendo algunos textos adaptados  
 Del nuevo Testamento; con amena  
 Doctrina los deberes del esposo  
 Interpreta Cirilo afectuoso.

## XLV.

Tal fué de esta familia religiosa  
 El convite frugal. La mesa alzada,  
 Gracias dando al Señor, sale gozosa  
 A respirar la aurora embalsamada  
 De una noche tranquila y deliciosa.  
 En la piedra se sientan, á la entrada  
 Del huerto, en que Lastenes daba audiencia  
 En doméstico pleito y diferencia (7).

## XLVI.

Como simple pastor á quien destina  
 A las honras el hado caprichoso,  
 Rueda el Alfeo su onda cristalina  
 Por el vergel con curso presuroso.  
 Despues con el Ladonte se encamina,  
 Ensanchando su cauce, majestuoso,  
 Para ser coronado por la palma  
 De Pisa, y sus corrientes allí calma.

## XLVII.

Los valles con sus aguas fecundados  
 Producen el aliso en abundancia,  
 Los mirtos y sicómoros mezclados  
 Que la atmósfera llenan de fragancia.  
 Un vasto anfiteatro de collados  
 En simetría puestos á distancia,  
 De donde toma origen el Ladonte,  
 Termina de esta parte el horizonte.

## XLVIII.

Todo es grave y risueño en esta escena.  
 El astro de la noche caminaba  
 Por el cielo azulado con serena  
 Y plateada luz que disipaba  
 La oscuridad. De dulce placer llena  
 La cristiana familia contemplaba  
 Este sublime cuadro en que veia  
 Brillar la celestial sabiduría.

## XLIX

Mas Demódoco luego interrumpiera  
 Meditacion tan grave; complaciente  
 A su hija dice: «Muestra de manera  
 »Que eres de Homero digna descendiente.  
 »La música es la imágen verdadera  
 »Del contento y el don mas excelente  
 »Que los dioses han dado á los mortales  
 »Para alivio y consuelo de sus males.»

## LX.

Eudoro trae entonces una hermosa  
 Lira de siete cuerdas afinada  
 Y entrega á la Vestal que vergonzosa  
 Se pretende escusar con voz turbada:  
 Mas luego con destreza prodigiosa  
 Preludiando en la cuerda delicada,  
 Corre diversos tonos: el acento  
 Ensayá, y todos dan oído atento.

## LI.

Primero con la voz algo confusa:  
 «¡O hija de Mnemósine divina!  
 «Prorumpes dirigiéndose á la Musa;  
 «Vos amais la corriente cristalina  
 «De las fuentes Castalia y Aretusa.  
 «Humilde á vos ahora se encamina  
 «Esta vírgen que viste vuestro velo,  
 «Vuestra alta proteccion piadosa anhelo.

## LII.

Hecha la invocacion, con nuevo aliento  
 Canta la Profetisa entusiasmada  
 De los dioses el alto nacimiento;  
 A Júpiter huyendo de la airada  
 Cólera de Saturno: y el portentoso  
 Con que de su cerebro nace armada  
 La diosa de las ciencias y del arte  
 De la guerra en que es émula de Marte (8).

## LIII.

El origen del hombre canta luego:  
 De qué modo el aliento le inspirára  
 El audaz Prometeo con el fuego  
 Que del sublime empíreo robára;  
 La caja de Pandora; el furor ciego;  
 El diluvio en que el orbe se anegára  
 Con el linage humano, y la manera  
 Con que por Pirra renovado fuera.

## LIV.

Después las metamórfosis celebra;  
 Las Héliadas que en olmos transformadas,  
 El ámbar que destilan hebra á hebra,  
 Va á aumentar las corrientes sosegadas  
 Del Eridáno por oculta quiebra.  
 También nombra las márgenes sagradas  
 Del Peneo, Erimanto y Escamandro,  
 Del Ismeno y las vueltas del Méandro.

## LV.

Pero ¿cómo en silencio se dejára  
 Los héroes cantados por Homero?  
 ¿La cólera de Aquiles que tan cara  
 A los Atridas fué? y el lastimero  
 Fin del grande Héctor? Luego celebrára  
 A Penélope envuelta en dolor fiero;  
 A Ulises con Telémaco abrazado  
 Cuando en casa de Eubea se han hallado.

## LVI.

La Homérica no puede hacer memoria  
 Del abuelo inmortal, sin que se sienta  
 Impulsada á cantar tambien su historia.  
 Ella al sagrado vate representa  
 Elevándose al templo de la gloria  
 Con sus cantos sublimes, y presenta  
 Los dioses del Olimpo reunidos  
 Para darle los premios merecidos.

## LVII.

Aquí calló la vírgen; su instrumento  
 Se queda mudo entre sus brazos bellos.  
 Del zéfiro suave el dulce aliento  
 Blandamente ajitaba sus cabellos;  
 Sus ojos resaltaban de contento;  
 El entusiasmo está pintado en ellos:  
 Su rostro con luz brilla tan celeste,  
 Que cualquiera diria ver Alceste.

## LVIII.

El Homérica pide entusiasmo  
 Para hacer libacion nectáreo vino:  
 Mas viendo el auditorio que, callado,  
 De aprobacion no daba ningun signo:  
 «Mis huéspedes, pregunta, ha disgustado  
 «Vuestros oidos canto tan divino?  
 «Los dioses y los hombres á porfía  
 «Se dejan encantar por la armonía.»



## LIX

«No es la música en sí la que ha causado  
 »Nuestro silencio, y sí el profano objeto,  
 «Le responde el Pontífice sagrado.  
 »¿Cuánto mejor cantára y mas perfecto  
 »Fuera el son de la lira acompañado  
 »De un celestial y místico sujeto?  
 »Cantando el puro amor del sacro esposo,  
 »¿Cuanto mas dulce fuera y armonioso?»

## LX.

Y luego vuelto á Eudoro: «Manifiesta,  
 »Hijo mio, que es vano el fundamento  
 »Del cargo que nos hace: ya dispuesta  
 »La poesía está para instrumento  
 »Que por Apolinario fue compuesta (9).  
 »Toma la lira, y muestra en el momento  
 »Cómo vence la música cristiana  
 »La débil espresion de la pagana.»

## LXI.

En las ramas de un olmo suspendida  
 Una lira mas cóncaba se viera,  
 Al cinor del Hebreo parecida.  
 Eudoro la descuelga, y con ligera  
 Mano temple la cuerda emblandecida  
 Que el fresco de la noche humedeciera:  
 A la asamblea vuelve en el instante  
 A David con el arpa semejante.

## LXII.

Luego empieza su canto entusiasmado  
 Por el cáos saliendo de la nada  
 Y á una sola palabra fecundado;  
 La luz de las tinieblas separada;  
 El hombre del espíritu animado;  
 La imágen que de Dios lleva estampada;  
 La primera muger de Adan naciendo,  
 Y el Criador sus obras bendiciendo.

## LXIII.

Cambiando luego el tonó de la lira,  
 Recorre de Abrahan la feliz era:  
 Todo la sencillez allí respira;  
 El pozo, los camellos, la palmera,  
 Despues Isac: luego Jacob que aspira  
 A esposo de Raquel, y la manera  
 Con que las dos hermanas disputaban  
 El amor que las dos participaban.

## LXIV

Tambien dice el consejo reunido  
 A las puertas del pueblo, sentenciando  
 Los pleitos que en el dia han ocurrido;  
 A Gedeon sus parvas aventando;  
 José de sus hermanos conocido;  
 Las mieses de Boóz Ruht espigando;  
 Moisés que á Madian se refugiára,  
 Y el rebaño de Jetro apacentára.

## LXV.

De la lira otra vez el son altera  
 Para entonar el cántico sagrado  
 Que el rey santo Ezequías compusiera;  
 El que el Israélita infortunado  
 Sobre el Eufrates resonar hiciera;  
 De suspiros y lagrimas cortado (10).  
 También hace escuchar la voz de Rama  
 De la triste Raquel que à su hijo llama.

## LXVI.

Las vanidades canta del humano:  
 Vanas son las riquezas, gloria, ciencia;  
 Vana amistad, y vida, y todo vano,  
 Del impío señala la opulencia  
 Engañosa y prefiere el fin cercano  
 Del justo á quien aprueba su conciencia.  
 A su canto dá fin últimamente  
 Por el elogio á la muger prudente.

## LXVII.

«¡O Señor! exclamó el jóven guérrero  
 «Con ideas tan grandes inflamado:  
 «Vos sois el solo Dios y verdadero  
 «Señor de cielo y tierra venerado.  
 «Vuestro mando obedece el mundo entero.  
 «El sol á vuestra voz se ha levantado  
 «De las aguas, y abanza cual gigante  
 «Al ocaso magnífico y brillante.

## LXVIII.

»Al trueno vos llamas; y temeroso:  
 »*Aquí estoy*, os responde de contino.  
 »La tierra tiembla al soplo poderoso  
 »De vuestra boca airada; el torbellino  
 »Vuestra gloria acompaña; pavoroso,  
 »Al contemplar vuestro esplendor divino,  
 »El mar abre sus ondas espumantes,  
 »Y el abismo sus bocas humeantes.

## LXIX.

»¡O Dios terrible y fuerte, qué admirable  
 »La inmensa creacion de vuestra mano!  
 »Y ¿qué es el hombre pobre y miserable  
 »Para que vos le améis? Simple gusano  
 »De la tierra grosero y despreciable.  
 »Mas no obstante le amais; ¡ó soberano  
 »Señor, clemente y justo! á vos la gloria,  
 »El honor, el imperio y la victoria.»

## LXX.

Así cantára Eudoro: los sonidos  
 De este canto divino son llevados  
 Por los antros de Arcadia, sorprendidos  
 De repetir los graves y acordados  
 Acentos de David, sustituidos  
 A los ecos de Pan afeminados.  
 Demódoco y su hija no podian  
 Espresar la emocion que percibian.

## LXXI.

La viva claridad de la Escritura  
 En sus almas había penetrado  
 Y herido con su luz brillante y pura,  
 Mas ¿cómo en su talento limitado  
 Elevarse podrían á la altura  
 De misterio tan grande y sublimado?  
 Ellos se pasman, ellos se suspenden,  
 Mas lo mismo que admiran no lo entienden.

## LXXII.

A la jóven gustára mayormente,  
 Y en su interior seguir se proponía  
 Lo que cantó de la muger prudente:  
 Demódoco asombrado no sabía  
 Qué dioses eran estos de eminente  
 Esfera y superior mitología:  
 Ya pensando era dios el mismo Eudoro,  
 Quería consagrarle un tres-pies de oro.

## LXXIII.

La familia cristiana está embebida  
 En mas grave y sublime pensamiento;  
 Que es para el alma fiel verdad de vida  
 Lo que al gentil poético argumento.  
 Esta escena fué luego interrumpida  
 Por los vivos y voces de contento,  
 Con que el monte vecino resonára  
 Con grande gritería y algazara.

## LXXIV.

Los pastores habian escuchado  
 Estos acuerdos dulces y armoniosos  
 Que el aire encaminára hácia aquel lado:  
 Al instante bajaron presurosos,  
 No dudando se habian renovado  
 Los antiguos combates tan famosos  
 Que otro tiempo libráran las Sirenas (11).  
 Contra las Musas sacras junto á Atenas.

## LXXV.

Mas ya la noche habia caminado  
 La mitad de su curso, y el prudente  
 Obispo manifiesta ser llegado  
 El tiempo del reposo conveniente.  
 Despues de haber tres veces adorado  
 Al Señor, la familia diligente  
 Se retira á sus cuartos con sosiego,  
 Y el mas alto silencio reina luego.

## LXXVI.

Encerrado Cirilo en su aposento  
 En la oracion su espíritu derrama:  
 Y en lágrimas se baña de contento.  
 Luego al reposo da en humilde cama  
 Sus miembros fatigados. Un momento  
 Llegaba á trasponerse, cuando llama  
 Su atencion este sueño misterioso  
 Y despierta agitado y cuidadoso.

## LXXVII.

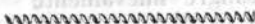
Las llagas del martirio ver creía  
 Abrirse, y que la sangre nuevamente  
 Con dulce suavidad de ellas corria.  
 Al mismo tiempo en luz resplandeciente  
 Dos jóvenes envueltos percibia  
 Que remontando al cielo quietamente,  
 Dos palmas victoriosas tremolaban,  
 Y á seguirles con ellas le invitaban.

## LXXVIII.

El agosto Pontífice, agitado  
 De una emocion divina, no dudaba  
 Que este sueño encerrase algun sagrado  
 Misterio con que el cielo le avisaba.  
 Ante la sacra Magestad postrado,  
 Con suspiros y lágrimas clamaba:  
 «¡O señor, á tu pueblo sé propicio,  
 »Acepta de mi vida el sacrificio!»



# NOTAS.



## Octava IX

### Al rey de Lidia rico y afamado

(1) Cerca de su sepulcro que solo tiene por adorno cipreses de una altura extraordinaria, nos fué mostrado un campo pequeño y una cabaña reducida. Aquí es donde vivía hace algunos siglos, un ciudadano pobre y virtuoso, por nombre Aglao. Sin temor y sin deseos, ignorado de los hombres é ignorando lo que pasaba entre ellos, cultivaba tranquilamente su pequeña heredad, de cuyos límites jamás había salido. Llegado había á una estrema vejez, cuando los embajadores del poderoso rey de Lidia, Giges ó Creso, vinieron por encargo suyo á preguntar al oráculo de Delfos, si existía en toda la tierra un mortal mas feliz que este príncipe. La Pitonisa respondió: *Aglao de Sofis*. -Viage del jóven Anacarsis, cap. 32: tomado de Pausanias.

## Octava XXIII.

### A las espigadoras diligentes

(2) Præcepit autem Booz pueris suis dicens: et de vestris quoque manipulis projicite de industria, et remanere permittite, et absque rubore colligat. *Ruth*.

## Octava XXXIII.

### Una campana suena: en el instante

(5) Aunque en aquel tiempo no se hubiese principiado á hacer uso de campanas en las iglesias, se servia no obstante de ellas para usos domésticos.

## Octava XXXIV.

### Para lavar los pies los estranjeros

(4) La primera accion de la hospitalidad era la de lavar los pies á los viajeros. Esta costumbre reinaba principalmente en el Oriente, ya por el mayor calor del clima, ya por la especie de calzado, generalmente de sandalias, que dejaban ensuciar los pies con el polvo del camino.



*Octava XXXVI.*

## Cámara de los ágapes brillante

(5) Agapes se llamaban los convites de caridad que tenían los cristianos en los tiempos primitivos: ordinariamente se celebraban en las iglesias, pero también podían tenerse en las casas particulares.

*Octava XL.*

## Por Osio en un concilio regalado

(6) El original dice que fué el obispo de Jerusalem el que regaló á Cirilo este cayado; yo me he tomado la licencia de hacer este honor á nuestro célebre Osio, obispo de Córdoba, conocido con el título de padre de los concilios. Esta y otras semejantes alteraciones no perjudican á la esencia del poema.

*Octava XLV.*

## En doméstico pleito y diferencia.

(7) Lastenes resolvía los pleitos de sus domésticos con una autoridad paternal: imágen de la vida de los patriarcas, que siendo los únicos Géfes de su familia, eran jueces al mismo tiempo que legisladores. En el libro de los Jueces leemos que estos iban á sentarse á las puertas de la ciudad para administrar la justicia. También en Homero se sienta Nestor á su puerta en una piedra pulida.

*Octava LIH.*

## De la guerra en que es émula de Marte.

(8) Todas las fábulas que entran en el canto de Cimodocea, son tomadas de las metamorfosis de Ovidio, de la Iliada y de la Odisea.

Saturno, habiendo sabido por el Destino que su hijo Júpiter estaba destinado á mandar á todo el universo buscó todos los medios de perderle; pero Júpiter se armó contra el padre, le arrojó del cielo y le obligó á ir á esconderse en el Lacio, nombre derivado del verbo latino *lattere*, ocultarse. El nombre Saturno se deriva también del verbo hebreo *satar*, que significa esconderse.

Minerva, diosa de la sabiduría, de la guerra y de las artes, fué hija de Júpiter, el cual, como sintiese un fuerte dolor de cabeza, se hizo dar un hachazo por Vulcano, y así dió á luz á Minerva armada con todas las armas.

Prometeo, con el designio de formar un hombre, hizo una estatua de barro que animó con el fuego robado del cielo. Para castigo de este atentado, envió Júpiter á Pandora con una caja en que estaban encerrados todos los

males. Prometeo rehusó admitirla; pero su hermano Epimeteo tuvo la imprudencia de aceptarla y abrirla, y los males inundaron la tierra: solo quedó la esperanza.

Pirra, muger de Deucalion, se salvó sola con su marido del diluvio que inundó la tierra: para reparar el género humano consultaron el oráculo de Temis, el cual les respondió que arrojasen por cima del hombro los huesos de su madre; ellos lo entendieron de las piedras; las que tiraba Deucalion, se convertian en hombres, las que Pirra, en mugeres.

Heliadas, hermanas de Faetonte, sintieron tan amargamente la muerte de su hermano, que los dioses las metamorfosearon en álamos, y sus lágrimas en ámbar.

Peneo, rio de Tesalia, Erimanto de Arcadia, Ismeno de Beocia, Escamandro y Meandro de Frigia.

### Octava LX.

#### »Que por Apolinario fué compuesta.

(9) Apolinar el anciano puso en versos heroicos los libros historiales del Antiguo Testamento hasta el reinado de Saul. Apolinar el jóven, hijo del anterior y obispo de Laodicea, escribió en verso la interpretacion de los Salmos; esta obra se contiene en la Biblioteca de los Padres.

Todo el canto de Eudoro se compone de pasajes de la Escritura.

### Octava LXV.

#### De suspiros y lágrimas cortado.

(10) Super flumina Babilonis. Salmo 136.

Vox in Rama audita est, ploratus et ululatus multus; Raquel plorans filios suos, et noluit consolari quia non sunt. S. Matéo.

### Octava LXXIV.

#### Que otro tiempo libráran las Sirenas

(11) Las Sirenas, hijas del rio Agueloo y de Caliope, desafiaron á las Musas en el canto: estas despues de haberlas vencido, las arrancaron las alas, y de ellas se hicieron coronas. Los pintores y escultores representan á las Sirenas mitad mugeres y mitad pescados: pero esto procede de ignorancia de la fábula, segun nos la han transmitido los poetas y autores antiguos, los cuales pintan á las Sirenas mitad mugeres y mitad pájaros.

# LOS MÁRTIRES.

## CANTO TERCERO.

### SUMARIO.

*La oracion de Cirilo sube al trono del Omnipotente. El cielo, los Angeles, los Santos. Tabernáculo de la Madre del Salvador, santuario de Jesucristo, la Trinidad. La oracion de Cirilo es presentada al Eterno; el Eterno la acepta, pero declara que no es el obispo de Lacedemonia la víctima que debe rescatar los cristianos. Eudoro es la víctima escogida. Las milicias celestes toman las armas. Cántico de los Angeles y de los Santos.*

## CANTO III.

### I. VI

**E**l ángel de Cirilo destinado  
A dirigir sus súplicas fervientes  
Al trono del Altísimo encumbrado  
Y traer sus respuestas convenientes,  
La oracion del Pontífice ha escuchado;  
Y batiendo sus alas refulgentes,  
Al empíreo remonta el rauda vuelo,  
Y llega en un instante á el alto cielo.

## II.

En medio del vacío inmensurable  
 Que el humano mortal en valde intenta  
 Con su vista medir, dó innumerable  
 Y fúlgido planeta se presenta  
 Vagando en el espacio, la inefable  
 Ciudad de Dios sus fundamentos sienta,  
 Que el mismo Omnipotente colocára  
 Y de muros de jaspe rodeára.

## III.

Vestida de la gloria del Eterno  
 Esta ciudad de paz está adornada  
 Como esposa á quien busca esposo tierno (1).  
 Mas ¿qué lengua podrá de su estremada  
 Belleza y artificio sempiterno  
 Darnos solo una idea aproximada?  
 ¡Lejos de aquí grandezas de la tierra,  
 Que nada vale cuanto en tí se encierra!

## IV.

Allí se ve una hermosa gradería  
 Compuesta de zafiros y diamantes  
 En bella y admirable simetría;  
 Aquí se elevan arcos triunfantes,  
 Con emblemas y sacra alegoría,  
 De perlas y rubíes fulgurantes;  
 Allá una galería de topacio  
 Va á perderse de vista en el espacio.

## V.

Mas todo vive aquí: la arquitectura  
 De la ciudad de un Dios inteligente  
 Es espíritu puro, sin mixtura  
 De un átomo corpóreo solamente.  
 Cuando obligada á hacernos su pintura  
 La Musa la reviste toscamente  
 De cuerpo heterogéneo, nos engaña  
 Como en sueño fugaz fantasma estraña.

## VI.

Esta santa ciudad está cercada  
 De pensiles, florestas, parque umbroso,  
 Que perfuman el aura delicada.  
 Del trono del cordero un caudaloso  
 Rio sale con marcha sosegada  
 Que en olas de amor puro y delicioso  
 Baña el celeste Eden, y fecundiza  
 El árbol que la vida inmortaliza (2).

## VII.

Este árbol misterioso está plantado  
 En la colina amena del incienso;  
 Y un poco mas allá se ve elevado  
 El de la ciencia: en su follage denso  
 El secreto inefable está ocultado  
 De la Deidad que con saber inmenso  
 Dispuso los principios inmutables,  
 Fuentes del bien y mal inagotables.

## VIII.

Mas aquí no da el árbol de la ciencia  
 La muerte al que ha gustado de sus frutos,  
 Sino la mas sublime inteligencia  
 De los sacros misterios y atributos  
 Que son emanaciones de la esencia.  
 Allí gusta con labios impolutos  
 El hombre de aquel nectar confortante  
 Con que á los Dioses se hace semejante (3).

## IX.

La luz que estos retiros esclarece,  
 Del albor se compone matutino,  
 La llama que en el zénif resplandece,  
 Y el arrebol purpúreo vespertino.  
 Aquí nunca es de noche, ni amanece,  
 Ni sale ningun sol; mas un continuo  
 Fulgor baja del trono del Eterno,  
 Y en rocío se esparce blando y tierno.

## XIV

En los atrios de pórvido espaciosos  
 Se ven por gerarquías colocados  
 El Querubín y Serafin gloriosos  
 En amor celestial embriagados;  
 La Potestad y Trono poderosos;  
 Los fuertes y brillantes Principados;  
 El Ángel y el Arcángel refulgentes,  
 Ministros del Altísimo obedientes.

## XI.

A aquellos su poder sobre la tierra,  
 El aire, fuego y agua tiene dado;  
 A estos sobre la nube que en sí encierra  
 El trueno y el relámpago inflamado:  
 Otros guardan los carros de la guerra,  
 En que monta Elohé cuando indignado  
 Contra el hombre, su cólera celeste  
 Descarga con el hambre, guerra y peste.

## XII.

Un millon de estos genios fulgurantes  
 Dirigen de los astros las carreras,  
 Y arreglan los concentos incesantes  
 Que forman en su giro las esferas.  
 A su imperio los orbes rutilantes  
 Se cruzan ó presentan en hileras  
 Cual huestes numerosas y aguerridas  
 Se ordenan para dar pugnias temidas.

## XIII.

Tambien se ven allí los venturosos  
 Mortales que en la tierra han practicado  
 Las virtudes, con simbolos gloriosos.  
 Primero el Patriarca, recostado  
 Debajo de los vástagos frondosos  
 De la viña; el Profeta entusiasmado,  
 Cuya frente despidie luz radiante,  
 Y el Apóstol de gloria centellante.

## XIV.

Luego estan los Doctores eminentes,  
 Con plumas en las manos inmortales;  
 Despues los Solitarios penitentes,  
 Retirados en grutas celestiales;  
 Los Mártires, con ropas esplendentes;  
 Las Vírgenes, con palmas eternas;  
 Lu Viuda, á quien adornan largos velos,  
 Que al pobre ha dirigido sus consuelos.

## XV.

Mas ¿qué es el hombre pobre y desgraciado,  
 Para hablar de este bien imponderable?  
 En este cuerpo mísero encerrado,  
 Alzarse á tanta altura no le es dable.  
 El espíritu solo, y confortado,  
 Decir puede la gloria inmensurable,  
 El piélago en que nadan de delicias  
 Los que de Dios reciben las caricias.

## XVI.

Yá este pueblo de Santos venturoso  
 Se sienta junto al rio cristalino  
 Del amor y la ciencia y con reposo  
 Contempla la beldad del Ser divino.  
 Su mismo curso vario y presuroso  
 Les aumenta el placer de su destino,  
 Porque en él ven del tiempo la corriente,  
 Y su dicha les dura eternamente.



## XVII

Yá, por mejor loar la omnipotencia  
 Del sabio Criador del universo,  
 Dirigen su atencion con preferencia  
 A tanto ser tan vario y tan diverso  
 Que publican su gloria á competencia.  
 Como en espejo cristalino y terso  
 El Verbo les presenta á un solo punto  
 La clara imágen de que son trasunto (4).

## XVIII.

Allí ven con placer inenarrable  
 Los astros que con rápida carrera  
 Vagan por el espacio inmensurable,  
 Y el tiempo y la distancia nunca altera.  
 La estension del vacío incalculable,  
 El mecanismo y órden de la esfera,  
 Son para estos celestes habitantes  
 Fuentes de admiracion siempre abundantes.

## XIX.

Allí ven esta luna que apacible  
 Sus ruegos muchas veces alumbrára  
 En noche estiva, calma y bonancible:  
 El astro centellante que separa  
 El dia de la noche, indefectible  
 Precursor de la aurora: y la luz clara  
 Del planeta que sigue al sol radiante,  
 Engolfado en un mar de éter brillante.

## XX.

Tambien miran la tierra puesta en duelo,  
 Que privada de luz lleva un anillo  
 Como viuda que yace sin consuelo  
 Y de antiguo esplendor renuncia al brillo.  
 Mirando este gran globo desde el cielo,  
 Parece como un débil atomillo  
 Que el viento ajita y lleva á todo lado,  
 Y apenas de la vista es observado.

## XXI.

Finalmente el espíritu dichoso  
 Se eleva hasta esos mundos admirables  
 Que presentan por centro luminoso,  
 Las estrellas que vemos invariables.  
 El Criador no deja en el reposo  
 Un momento á estas almas insaciables,  
 Yá con objetos grandes y visibles,  
 Yá con la admiracion de los posibles.

## XXII.

Mas de todas las cosas que á su vista  
 Presenta aquel espejo trasparente  
 Que fué el modelo del divino Artista,  
 Su atencion llama el hombre especialmente.  
 Su estado lamentable les contrista,  
 Y de piedad movidos juntamente,  
 Presentan al Señor sus oraciones,  
 Y son sus consejeros y patrones.

## XXIII.

Mas no obstante que ven al descubierto  
 Las pasiones que agitan los mortales,  
 El corazon del hombre está encubierto  
 A todas estas almas celestiales.  
 Este es un santuario solo abierto,  
 A la Divinidad, que sus umbrales  
 Cerrára con el sello del arcano  
 Como el que es absoluto soberano.

## XXIV.

En estos dulces éxtasis sagrados  
 De admiracion, de amor y de contento;  
 Con trasportes de gozo enagenados  
 Y absortos en continuo arrobamiento,  
 Pronuncian estos seres bienhadados  
 Aquel cantar sublime cuyo acento  
 Oyó en Patmos el sacro Evangelista,  
 De música y de letra nunca vista.

## XXV.

De aquella alegre orquesta y numerosa  
 El santo rey profeta la armonía  
 Dirige con destreza prodigiosa;  
 De las flautas la dulce melodía  
 Arregla Asaf (5) con arte portentosa;  
 Y un hijo de Coré (6) el concierto guía  
 De las arpas y liras acordadas  
 Por mano de los ángeles pulsadas.

## XXVI.

Los cantos y la música suspenden  
 Un momento estos músicos gloriosos,  
 Cuando á lo lejos resonar entienden  
 Acuerdos mas suaves y armoniosos:  
 Parando la atención, ven que descienden  
 Del trono del cordero, y silenciosos  
 Oyen la voz del Padre que enagena  
 Sus almas y de amor santo los llena.

## XXVII.

Mas, ¡ó Musa, qué pobres é imperfectos  
 Estos acentos son de que te vales  
 Para explicar acuerdos tan perfectos!  
 ¡Los himnos y los cantos celestiales!  
 ¡Los variados y férvidos afectos  
 Con que en estas mansiones inmortales  
 Esta música eterna se renueva  
 Con arte siempre antigua y siempre nueva!

## XXVIII.

De estos santos conciertos la armonía  
 Suena con mas dulzura en la morada  
 Que en la ciudad de Dios tiene María.  
 Del coro de las Viudas rodeada,  
 De Vírgenes sin mancha en compañía,  
 En trono de candor se ve sentada,  
 A donde de la tierra, por ocultos  
 Pasos, suben los ayes y singultos.

## XXIX.

La Madre del amor y de la gracia  
 Da siempre desde allí ôido propenso  
 Al clamor del mortal en la desgracia:  
 Su llanto ofrece en la ara del incienso;  
 Y á veces, para dar mas eficacia  
 Al holocausto añade el precio inmenso  
 De algunas de sus lágrimas pacíficas  
 Que pasman las moradas beatíficas.

## XXX.

Los Ángeles la llevan sus mensajes  
 Del hombre que á su guarda es confiado.  
 Ardiente Serafin sus homenajes  
 La presenta y la sirve arrodillado.  
 Del pesebre los santos personajes  
 Se reunen tambien allí á su lado;  
 Gabriel, Ana, Josef casto y prudente,  
 Pastores de Belen, Magos de oriente.

## XXXI.

Tambien se ven, en grupos apiñados,  
 Los niños, que en edad tierna muriendo,  
 En ángeles pequeños trasformados  
 Cercan su celestial Madre, y moviendo  
 Ante ella sus turíbulos dorados,  
 Con armonía alzando y descendiendo,  
 En círculo despiden suave esencia  
 De perfumes de amor y de inocencia.

## XXXII.

Del trono de la Madre se va luego  
 Al del Hijo, de gloria rodeado,  
 Y envuelto en resplandor y sacro fuego,  
 Cual se vió en el Tabor trasfigurado.  
 Allí escucha y acepta nuestro ruego  
 Que presenta al Eterno acompañado  
 Del precio de su sangre y sacrificio,  
 De Redentor llenando así el oficio (7).

## XXXIII.

Los orbes por el Padre producidos  
 Conserva desde allí con su mirada.  
 Ancianos veinte y cuatro, revestidos  
 De túnicas celestes, coronada  
 Su cabeza, y sentados en bruñidos  
 Ebúrneos tronos, cercan su morada.  
 Junto, el carro viviente cuya rota  
 Rayos vibra, relampagos rebota (8).

## XXXIV.

Cuando este *deseado de las gentes*  
 En vision clara é íntima se muestra,  
 Todos caen por tierra reverentes  
 Con sagrado estupor. Mas él su diestra  
 Les tiende y dice afable: «Alzad las frentes;  
 »No teneis que temer, mi gloria es vuestra:  
 »Benditos de mi Padre, yo os quiero;  
 »Mirad, yo soy el último y primero (9).

## XXXV.

Sobre este tabernáculo increado  
 Un mar de fuego y luz inmensurable  
 Se extiende en el espacio ilimitado  
 A toda criatura impenetrable.  
 El centro de este abismo es habitado  
 Por el Padre, principio inagotable,  
 Donde á la vez se encuentra reunido  
 Lo que es, lo que será y lo que ha sido.

## XXXVI.

Allí estan los principios de la ciencia  
 De verdades al cielo incomprensibles;  
 La libertad del hombre y la presciencia  
 De Dios en sus decretos infalibles;  
 La justicia hermanada á la clemencia;  
 El gérmen de los seres y posibles;  
 El régimen del mundo, y juntamente  
 Lo pasado, futuro y lo presente.

## XXXVII,

Mas sobre todo allí se realiza  
 Aquel misterio grande, inesplicable,  
 Que la esencia divina fecundiza  
 Sin dejar de ser una, inseparable.  
 En vano el mortal débil profundiza  
 Misterio tan recóndito é inefable,  
 Que todo coro angélico venera;  
 Y su penetracion alta supera.

## XXXVIII.

A las veces un triángulo de fuego  
 Se aparece en el Santo de los Santos;  
 Los globos paran su carrera luego,  
 Y los coros angélicos sus cantos.  
 Absortos, y en mortal desasosiego,  
 Temen si los Poderes sacrosantos  
 La tierra van á alzar de su cimiento,  
 O á aniquilar el mismo firmamento.

## XXXIX.

Mas la trina Substancia se separa  
 Y el triángulo de fuego desaparece:  
 El oráculo se abre y se declara:  
 La Trinidad divina se aparece  
 Bajo su propia forma, y se repara  
 Al Padre, que de gloria resplandece,  
 Un compás en la mano sacrosanta  
 Y un círculo inmortal bajo su planta.

## XL.

Jehová forma un signo: en el momento  
 Los tiempos continúan su carrera  
 Con plácido y tranquilo movimiento;  
 El caos se retira á su frontera;  
 Las estrellas prosiguen su conuento  
 Y su giro ordinario por la esfera:  
 Mas los cielos con pasmo y con respeto  
 Esperan de Adonay ver el secreto.



## XLI.

El ángel de Cirilo penetraba  
 El pórtico celeste en el instante  
 Que su gloria el Altísimo ostentaba  
 A los cielos en forma semejante.  
 La oracion de Cirilo se elevaba  
 Al Santo de los Santos coruscante  
 Al modo de oloroso, suave incienso (10),  
 Formando opaca nube de humo denso.

## XLII.

A la voz de su Mártir venerable  
 Jesucristo se inclina ante el divino  
 Arbitro de los hombres inmutable.  
 Todos los hombres tiemblan de continuo.  
 El velo cae oscuro, impenetrable,  
 Que cubre los arcanos del divino,  
 Y con una palabra que pronuncia,  
 Sus eternos decretos Dios anuncia.

## XLIII.

El instante es llegado en que el imperio  
 De Satanas soberbio, abominando,  
 Acabe de existir, y que el misterio  
 Cese de iniquidad, torpe, nefando:  
 Que en su lugar por todo el hemisferio  
 Tremole el estandarte venerando  
 De la Cruz victoriosa y fulminante,  
 Y la Iglesia de paz goce triunfante.

## XLIV.

Mas los Fieles que el hierro no venciera,  
 Y el fuego y las catastas han braveado,  
 Ruedas, potros, ecúleos, muerte fiera,  
 El ocio de la paz ha afeminado.  
 Antes de principiar la feliz era  
 Del triunfo de la Cruz tan deseado,  
 Tienen que ser probados por el fuego,  
 Y el reino de la paz se verá luego.

## XLV.

Ya Satanas, la antorcha en una mano,  
 Rompiendo la cadena que le aferra,  
 Corre á escitar la furia en el tirano.  
 Mas ya tambien está sobre la tierra  
 El heroico guerrero que el arcano  
 Destina para hacerle cruda guerra:  
 Atleta generoso, audaz y fuerte,  
 Va á triunfar del abismo con su muerte.

## XLVI.

Pero este campeon que valeroso  
 Se prepara á luchar con el infierno,  
 Y haciéndose holocausto delicioso  
 Va á desarmar las iras del Eterno,  
 No es Cirilo, aunque ilustre y virtuoso:  
 Un esposo será y amante tierno  
 El que con doble y libre sacrificio  
 Hacia el hombre va á hacer al Dios propicio.

## XLVII.

Ya para prepararle de antemano  
 A pelea tan recia y tan temida,  
 Y armar su corazon contra el tirano,  
 Como de una templada y fina egida,  
 El Señor le condujo de la mano  
 Por todos los peligros de la vida,  
 Como antes de la lucha el fuerte atleta  
 A rudos ejercicios se sujeta.

## XLVIII.

Mas tambien el Señor ha permitido,  
 Por su divino juicio inescrutable,  
 Que en varias ocasiones combatido  
 Haya dado caída miserable.  
 De su postrera falta arrepentido,  
 Hace ya penitencia saludable,  
 Y humillado da á Dios solo la gloria  
 Que nos da la corona y la victoria.

## XLIX.

En una sola voz han entendido  
 Los coros de los Angeles y Santos  
 Todo lo que la Musa, ha discurrido  
 Con tantas frases y rodeos tantos.  
 Aun así, ¡qué imperfecto es el sentido  
 Que presenta en sus versos y sus cantos,  
 Si su tosco diseño se compara  
 Con la idea del Verbo simple y clara!

## L.

Esta misma palabra manifiesta  
 De la gracia otro célebre portento  
 Al coro de las Vírgenes, que presta  
 A su gozo eternal nuevo contento.  
 De su sexo otra víctima se apresta  
 Que con santo y heroico sufrimiento  
 Va á juntar para siempre los paganos,  
 Bajo el pié de la cruz, á los cristianos.

## LI.

Pero ella no será tan estimada  
 Ni contendrá aquel mérito excelente  
 De la primera víctima sagrada,  
 Que ha elegido el Señor principalmente  
 Por hostia de la paz; mas destinada  
 Para esposa del Mártir eminente,  
 Va á aumentar con sus pruebas la eficacia  
 Del primer sacrificio de la gracia.

## LII.

A las huestes del cielo numerosas  
 Manda el Señor tambien que diligentes  
 Ordenen sus falanges poderosas  
 Para ir á socorrer los combatientes.  
 Jesucristo las armas victoriosas  
 De la fe y la constancia refulgentes  
 Al Mártir por sí mismo le reviste,  
 Y á la vírgen su Madre santa asiste,

## LIII.

Así hablara el Eterno: en el instante  
 Los coros interrumpen sus conciertos,  
 Y se sigue un silencio semejante  
 Al que notó San Juan cuando vió abiertos  
 Los sellos de aquel libro revelante.  
 Al eco de su voz de pasmo yertos,  
 Inmóviles, con respeto el mas profundo,  
 Veneran los destinos de este mundo.

## LIV.

Así, cuando en batalla están formados,  
 Dos ejércitos fuertes y aguerridos,  
 Prontos á acometerse encarnizados,  
 Oyendo los primeros estallidos  
 De tempestad lejana, penetrados  
 De temor y respeto, aunque encendidos,  
 Suspenden su combate sobre el suelo  
 Y admiran la batalla que da el cielo.

## LV.

El aire que respiran inflamado,  
 Agita débilmente la bandera,  
 Un ejército en parte es alumbrado  
 Por el sol que termina su carrera,  
 Mas luego el huracan ha reventado,  
 Y dando la señal de pugna fiera,  
 Se deja oír del trueno el estampido  
 Y deslumbra el relámpago encendido.

## LVI.

Mas el ángel que guarda la triunfante  
Bandera de la cruz, hace una seña,  
Y cesa aquel silencio en el instante,  
Todos adoran la sagrada enseña.  
María con pacífico semblante  
Dirige desde el cielo una risueña  
Mirada hácia la víctima escogida,  
A sus tiernos cuidados cometida.

## LVII.

Del Confesor la palma floreciente  
Reverdece en sus manos luminosas;  
El escuadron de Mártires ardiente  
Entreabre sus filas victoriosas,  
Para darles el sitio conveniente  
Con Perpétua y Felicitas gloriosas,  
Estévan y los grandes Macabeos  
Cubiertos de coronas y trofeos.

## LVIII.

Miguel, aquel campeón irresistible  
Que aterrara las huestes infernales,  
Blande la lanza á Satanas temible,  
Sus compañeros de armas celestiales  
La espada tambien toman invencible  
Y embrazan los escudos inmortales.  
El carro de Emmanuél resplandeciente  
Se mueve sobre el eje refulgente.

## LIX.

El Eterno se oculta en el radiante  
 Seno de luz inmensa que rodea  
 Su trono luminoso y deslumbrante.  
 El Espiritu Santo centellea  
 Con claridad mas viva y fulgurante  
 Que el inflamado bronce en la pelea,  
 Los coros de los Ángeles y Santos  
 De gloria entonan los celestes cantos.

## LX,

«*Gloria demos á Dios en las alturas,*  
 »Y la paz á los hombres que en el suelo  
 »Le sirven con amor y mentes puras.  
 »¡Cordero celestial! vos del consuelo  
 »Derramais en sus almas las dulzuras ;  
 »Ves quitais los pecados; vos del cielo  
 »Las puertas les abris, y el sacrificio  
 »Acceptais de los Mártires propicio.

## LXI.

»El insensato ha dicho en su malvado  
 »Corazon: *No haya Dios!* Dios se levante,  
 »Y su enemigo sea disipado.  
 »Ya se avanza el Señor como gigante;  
 »A su vista los cielos han temblado ;  
 »Su boca lanza fuego devorante.  
 »Impíos ¿ dónde estais? ¡huid ahora,  
 »Libraos de esta llama vengadora!

## LXII.

»¡Felices los que buscan con anhelo  
 »La voluntad de Dios justo y clemente!  
 »¡Felices los que labran con desvelo  
 »El templo de sus obras eminente!  
 »Venid santos, venid justos del suelo,  
 »Benedicid al Señor omnipotente;  
 »Unid vuestros acentos, almas puras:  
 »*Gloria demos á Dios en las alturas.*»



LXI



## NOTAS.

### Octava III.

#### Como esposa á quien busca esposo tierno.

(1) Vidi sanctam civitatem Jerusalem descendentem de celo á Deo tanquam sponsam ornata viro suo Apocal. 21, v. 2.

### Octava VI.

#### El árbol que la vida immortaliza.

(2) En medio del paraíso terrenal estaba plantado el árbol de la vida, cuyo fruto hubiera tenido la virtud de conservar la vida á Adán si hubiese sido fiel á los preceptos de Dios. Otro árbol habia plantado el Señor en medio del paraíso, llamado *de la ciencia del bien y del mal*; á este prohibió á Adán que le tocara bajo pena de la vida: *quo enim die comederis ex eo, morte morieris.*

### Octava VIII.

#### Con que á los Dioses se hace semejante,

(3) Alusion á la luz de la gloria, cuya virtud principal es de corroborar la potencia intelectual del hombre para que pueda conocer la esencia divina como es en sí, con sus relaciones, atributos y misterios, que es lo que se llama vision intuitiva. En este sentido se puede decir que la luz de la gloria hace al hombre semejante á Dios, porque le hace capaz de un conocimiento que es propio de la Divinidad.

### Octava XVII.

#### La clara imágen de que son trasunto.

(4) El Verbo divino, que es la sabiduría del Padre y el término de su inteligencia, representa la imágen real y perfecta de todas las criaturas segun han sido entendidas y creadas por el Padre. Abriéndose este Verbo divino á los bienaventurados por medio de la vision intuitiva, les manifiesta toda la creacion como es en sí; el orden y sucesion de los tiempos, el giro de las estrellas, los arcanos de la naturaleza, los misterios de la gracia,

todo lo que puede escitar la curiosidad de aquellas almas dichosas, todo les es presentado á un solo punto de vista y de una manera clara y perfecta. Así ven nuestras necesidades, y se interesan por nosotros; oyen nuestras oraciones, y las presentan al eterno; protegen y amparan á los que se ponen bajo su tutela. Solo dos cosas les oculta aquel espejo divino: el dia del juicio, que no conocen los ángeles ni el mismo Jesucristo en cuanto hombre, y los secretos del corazón humano.

### Octava XXV.

#### Arregla Asaf con arte portentosa;

(3) Asaf hijo de Baraquias de la tribu de Levi, era un músico célebre del tiempo de David. En la distribución que hizo este Príncipe de los Levitas para que cantasen en el tabernáculo del Señor, dispuso que los de la familia de Caat se colocasen en medio, delante del altar de los holocaustos, los de la familia de Merari á la izquierda; y los de la familia de Gerson á la derecha. Asaf que era de esta última familia, presidía á la banda que ocupaba la derecha; y sus descendientes tuvieron la misma plaza y rango en el templo que fué edificado despues. Se hallan varios salmos titulados con el nombre de Asaf, bien sea que los haya compuesto él mismo, ó que David se los dirigiese para ponerles la música: pero como algunos de estos salmos no correspondan al tiempo de Asaf, es probable que los hayan escrito algunos descendientes suyos, y dádoles el nombre de este famoso gefe de la música del templo.

#### *Idem.*

#### Y un hijo de Coré el concierto guía

(6) Coré tuvo tres hijos, Aser, Elcana, Abiasaf; los cuales como no hubiesen tenido parte en la revelación del padre, se salvaron del estrago en que pereció aquel con Datan y Abiron, y continuaron como antes en el servicio del tabernáculo. Sus descendientes fueron destinados por David para guardar las puertas del templo y cantar en él las alabanzas del Señor. Se les atribuyen once salmos que llevan el nombre de Coré, porque este fué el gefe de la familia de los Caatitas, la primera de las tres grandes familias de Levitas.

### Octava XXXII.

#### De Redentor llenando así el oficio.

(7) Jesucristo como hombre reparó en la tierra el honor que se le debía como á Dios; de la misma manera en el cielo, no habiéndose despojado de la humanidad, intercede por nosotros como hombre, y nos oye como Dios.

*Octava XXXIII.*

Rayos vibra, relámpagos rebota.

(8) Estando un día Ezequiel en medio de los cautivos, á las orillas del río Cobar, tuvo una vision en que se le apareció el Señor sobre un trono ó especie de carro, que salia de en medio del fuego, llevado por cuatro querubines sobre cuatro especies de ruedas. Este carro de Ezequiel imitó Milton en el carro del Mesías.

*Octava XXXIV.*

»Mirad, yo soy el último y primero.

(9) Ego sum alpha et omega principium et finis. Apocal.

*Octava XLI.*

Al modo de oloroso, suave incienso,

(10) La oracion de los justos se representa en la Escritura elevándose al cielo como el perfume de los aromas. Así se dice en el salmo 140: *Dirigatur oratio mea sicut incensum in conspectu tuo.*

# LOS MÁRTIRES.

## CANTO CUARTO.

### SUMARIO.

*Cirilo, la familia cristiana. Demòdoco y Cimodocea se reunen en una isla formada por la confluencia del Alseo y del Ladonte, para oír al hijo de Lastenes la historia de su vida. Principia Eudoro su narracion. A los quince años de edad va á Roma para servir de rehenes en lugar de su padre. Descripcion de Roma. Contrae Eudoro amistad estrecha con Gerónimo, Agustin y el principe Constantino, hijo de Constancio. Carácterés de estos tres personajes. Eudoro es introducido en la corte. Diocleciano, Galerio. Corte de Diocleciano. El sofista Hierocles, procónsul de la Acaya y favorito de Galerio. Enemistad de Eudoro y de Hierocles. Se entrega Eudoro á todos los desórdenes de la juventud, y olvida su religion. Marcelino pontífice romano, amenaza á Eudoro con la escomunion si no muda de conducta. Escomunion lanzada contra Eudoro. La corte va á pasar el verano á Bayes, casa de Aglae. Conversacion de Eudoro, Agustin y Gerónimo junto á la tumba de Escipion. Separacion de los tres amigos. Sigue Eudoro á Constantino á su palacio de Tívoli. Las catacumbas. Aventura de la emperatriz Prisca y de Valeria su hija. Eudoro es desterrado de Roma y enviado al ejército de Constancio. Sale de Roma; atraviesa la Italia y las Gaulas. Llega á Agripina sobre las márgenes del Rin. Encuentra al ejército romano dispuesto á entrar en campaña contra los Francos. Sirve de soldado raso en los arqueros cretenses.*

## I.

**E**N un valle de Arcadia retirados  
 Los Mártires futurós ignoraban  
 Que en el cielo estuviesen ocupados  
 De su suerte, y que atentos los miraban  
 Los Ángeles y Santos admirados,  
 Y sus altos destinos contemplaban.  
 Así el Dios de Nacor se aparecía  
 A Abrahan cuando menos lo creía.

## II.

Apenas de las aves el gorgceo,  
 Saludando á la aurora, ha despertado  
 A Lastenes, del lecho de Morfeo  
 Se levanta y dirige apresurado  
 A gozar en la márgen del Alfeo  
 El aire fresco y puro, acompañado  
 De dos gruesos y dóciles lebreles,  
 Compañeros del hombre y guardas fieles.

## III.

A este tiempo Cirilo paseaba  
 La risueña campiña, y de su ruego  
 El tributo al Eterno presentaba.  
 Los perros de Lastenes corren luego,  
 Y llegando al paraje donde estaba,  
 Brincando al derredor con vario juego,  
 Parecian rendirle vasallaje  
 Y ofrecer por su dueño el homenaje.

## IV,

Despues llega Lastén y respetoso  
 Da el saludo al Prelado venerable  
 Que le contesta grave y cariñoso.  
 Luego por la pradera deleitable  
 Dirigen su paseo, y con reposo  
 Conversan y contemplan de la amable  
 Sabiduría eterna los efectos  
 En seres tan variados y perfectos.

## V.

Así el árcaide Evandro condugera  
 A Anquises á los bosques de Peneo,  
 Antes que el bello Páris encendiera  
 Las iras en los hijos de Peleo;  
 O cuando el mismo Evandro recibiera  
 En la orilla del Tibre con deseo  
 Al religioso Eneas fujitivo  
 Huyendo las venganzas del Argivo (1).

## VI.

El Homérida luego se incorpora,  
 Seguido de la jóven Profetisa  
 Que aparece mas bella que la aurora:  
 Sus labios entreabre la sonrisa  
 Como una tierna rosa que evapora,  
 Al blando movimiento de la brisa,  
 De sus cálices puros los licores  
 Envueltos en balsámicos olores.

## VII.

El monte que domina la morada  
 De Lastenes, oculta en su pendiente  
 Una gruta, mansion acostumbrada  
 De la paloma y tórtola inocente.  
 En esta cueva sola y retirada,  
 A ejemplo del humilde penitente  
 De Tebáida, las noches pasa Eudoro,  
 Consagrando á su culpa amargo lloro.

## VIII.

En el muro la imagen se veía  
 Del santo aliviador de nuestros males,  
 Cuyo aspecto derrama la alegría  
 Y el consuelo mas puro en los mortales.  
 A sus piés en trofeo aparecía  
 Un grupo de coronas triunfales  
 Insignias de victorias que obtuviera  
 Eudoro y al Señor las sometiera.

## IX.

El santo Mártir en su pecho nota  
 Cierta llama al incendio asemejada  
 Que fué causa fatal de su derrota.  
 El alma de temor sobresaltada,  
 Humilde mira al cielo, y con devota  
 Meditacion y súplica inflamada  
 El feudo del dolor á Dios tributa,  
 Y resuena en sus cánticos la gruta.

## X.

Mas apenas la aurora ha disipado  
 Las tinieblas, el santo penitente,  
 El espíritu ya mas consolado,  
 Va á lavarse á la orilla de una fuente  
 Los rastros que en sus ojos han dejado  
 El curso de sus lágrimas ardiente.  
 Luego busca esconder en la llaneza  
 Del vestido su garbo y gentileza.

## XI.

Descendiendo despues de la colina  
 Como guerrero armado y bien dispuesto,  
 Alegre hácia la casa se encamina  
 Cuando ve á la familia en el recuesto.  
 Llegando á donde estan, su frente inclina  
 Saludando á sus huéspedes modesto,  
 Y ante el Obispo y padre se prosterna  
 Para obtener la bendicion paterna.

## XII.

Luego se vió venir por la pradera  
 De sus tres hijas Séfora seguida,  
 Que á todos les saluda placentera.  
 Así toda la casa reunida,  
 El obispo de Esparta propusiera  
 La narracion á Eudoro de su vida:  
 El admite con gusto la propuesta,  
 Y á contentarles plácido se apresta.



## XIII.

Poco lejos de allí, donde juntaba  
 Sus ondas el Ladon con el Afeo,  
 Una isla pequeña se avistaba  
 Que parece nacer de su himeneo.  
 En ella el pastor árca de miraba  
 Los árboles que hicieran el recreo  
 De sus padres y cuartos ascendientes  
 Y harán el de sus quintos descendientes.

## XIV.

Allí crece la encina de que hacia  
 Alcimedon (2) sus tazas de belleza  
 Singular, y el laurel que contenía  
 A Dafne aprisionada en su corteza (3)  
 También se señalaba todavía,  
 Por tradición antigua, con certeza,  
 La celebrada fuente de Aretusa,  
 Morada deliciosa de la Musa.

## XV.

Para no ser la historia interrumpida  
 Por general acuerdo fué resuelta  
 A esta isla solitaria la partida.  
 Una pequeña barca en la revuelta  
 Del Alfeo flotaba á un tronco asida:  
 Un siervo de Lasten la marra suelta,  
 Y entrando en ella todos prontamente  
 Se abandonan del rio á la corriente.

## XVI.

Demódoco admirando la destreza  
 Con que era la canoa dirigida,  
 Dice con cierta especie de tristeza:  
 «Arcadios! ¿que es del tiempo en que el Atrida  
 »Suplió con sus bajeles la rudeza  
 »De vuestros padres cuando, seducida  
 »La incauta esposa del valiente Griego,  
 »A vengarle marcharon todos luego?

## XVII.

«Entonces ¡ah! surcando el elemento  
 »En que el hijo de Dédalo encontrara  
 »La pena de su osado atrevimiento,  
 »En los remos de Ulises ver pensára  
 »El Arcade sencillo el instrumento  
 »Con que Ceres las parvas aventára (4).  
 »Mas ahora vosotros cual ninguno  
 »Braveais los peligros de Neptuno.»

## XVIII.

Así hablaba y siguiendo el curso manso,  
 De la isla tocan la oriental ribera,  
 Y dejan el batel en un remanso.  
 Dos altares en ruina allí se viera,  
 Uno á la Tempestad, otro al Descanso.  
 La fuente de Aretusa placentera  
 Brota entre estas dos aras, y al Alfeo  
 Va á juntarse despues de algun rodeo.

## XIX.

Nuestra pequeña tropa ya impaciente  
 Por escuchar la historia en el descenso  
 Se sientan del raudal de aquella fuente,  
 A la sombra que hacia el olmo denso,  
 Cuya copa doraba el sol naciente,  
 Un rato Eudoro se quedó suspenso  
 Para invocar al cielo, hacer memoria;  
 Luego empezó á contar así su historia:

## XX.

«¿Que Griego no sabrá la desventura  
 De esta patria otro tiempo floreciente  
 Y ahora tan sin mengua y sin ventura?  
 En vano Filopémen (5) eminente  
 Romper propuso la cadena dura  
 Que en sus manos pesaba: ingratamente  
 Por premio la cicuta le presenta,  
 Juntando al deshonor la nueva afrenta.

## XXI.

«Mas su fama gloriosa permanece  
 Despues de cuatro siglos que han pasado  
 Y á su nombre el Romano aun se estremece.  
 Bien sabeis que un decreto del Senado  
 Su descendencia ilustra y ennoblece,  
 Disponiendo que á Roma sêa llevado  
 El hijo mayor de ella por rehenes:  
 Yo ocupé así la plaza de Lastenes.

## XXII.

«Mi tercer lustro apenas bien cumplido,  
 A los lares paternos fui arrancado  
 Y á la célebre Roma conducido (6).  
 Desde un valle de Arcadia trasladado  
 A la corte del mundo conocido,  
 No os diré el efecto inesperado  
 Que produjo en mi alma tan sencilla  
 El aspecto de tanta maravilla.

## XXIII.

«Absorto y como en cierto arrobamiento  
 Vagaba sin cesar á toda parte,  
 Admirando tan bello monumento.  
 Del Foro iba al Pantèon campo de Marte,  
 Cuartel de las Carinas, ó al momento  
 Subía al Capitolio en donde el arte  
 Compite con los ricos materiales  
 Y admira por sus formas colosales.

## XXIV.

«¿Cuántas veces tambien he visitado  
 Esas Termas vistosas, adornadas  
 De Bibliotecas, Circo celebrado,  
 Las columnas de estatuas coronadas,  
 El soberbio obelisco trasladado  
 De Egipto, las hermosas balaustradas,  
 Las fuentes á que sirven de conductos  
 Magníficos y bellos acueductos?

## XXV.

»Mi admiracion no menos escitaba  
 El confuso y variado laberinto  
 De esta Ciudad inmensa que encerraba  
 Naciones de carácter tan distinto.  
 El Galo y Africano allí moraba  
 Con el Griego y Germano en un recinto,  
 Y al Volseo y al Sabino se veia  
 Con el Cónsul que púrpura vestia.

## XXVI.

»Mas en tanto que andaba distraido  
 Por Roma y sus contornos, admirando  
 Sus grandezas sin número, al olvido  
 Mi culto y sus deberes iba dando.  
 Al templo del cristiano aun no habia ido  
 Y el tiempo poco á poco iba borrando  
 Los consejos y avisos paternales  
 Y el gusto de las cosas celestiales.

## XXVII.

»El retórico Eumenes que estudiára  
 Con Quintiliano, el Ciceron ibero,  
 Entonces la elocuencia profesára  
 Con gusto del Romano y extranjero.  
 Siguiendo sus lecciones, me ligára  
 Con amistad y trato el mas sincero  
 A los grandes Gerónimo, Agustino,  
 Y al Príncipe cesáreo Constantino.

## XXVIII.

»De Panonia Gerónimo (7) nativo  
 Al talento mas bello reunia  
 Un carácter jocoso y genio vivo.  
 Del seno del retiro se le via  
 Entregado al placer, y siempre activo,  
 Siempre ardiente y sublime, parecia  
 Destinado á ofrecer en sí un efecto  
 Modelo de virtud ó vicio infecto.

## XXIX.

»Agustino, igualmente apasionado  
 Y el hombre á pesar de esto el mas amable,  
 Junta á un ingenio agudo y delicado  
 La grandeza de aquel. Su alma inflamable  
 Solo espera quizas á un inspirado (8)  
 Orador que le arranque al miserable  
 Engaño de la secta Maniquea,  
 Porque el Platon de los cristianos sea.

## XXX.

»Constantino, de ilustre descendencia,  
 Sus prendas mas le ilustran todavía,  
 La grandeza del alma y la clemencia.  
 Aunque pagano aun, se le advertia  
 Cierta gusto y notable preferencia  
 Por el culto cristiano; y parecia  
 En su aspecto magnánimo y guerrero  
 Los destinos llevar del mundo entero.

## XXXI.

»Hijo del gran Constancio, le guardaba  
 En Roma como en réhenes Diocleciano.  
 Esta igüaldad de suerte nos ligaba,  
 Con lazo mas estrecho, y como hermano  
 El Príncipe cesáreo me trataba.  
 El quiso ser mi guía, y por su mano  
 En la corte romana me introdujo,  
 Y á las grandes tertulias me condujo.

## XXXII.

»A mi llegada á Roma, gobernára  
 Diocleciano por todo el hemisferio;  
 A Maximiano augusto proclamára;  
 A Constancio igualmente que á Galerio  
 Los títulos de Cesar acordára:  
 Mas aunque en cuatro gefes el imperio  
 Del mundo dividido parecia,  
 Un dueño solamente conocia.

## XXXIII.

»En prendas Diocleciano es eminente,  
 De alma grande, sagaz, maduro seso;  
 Mas su carácter débil é imponente  
 De su genio sostiene mal el peso.  
 De este fallo Galerio diestramente  
 Se aprovecha, y sintiendo el contrapeso  
 Que Constancio le hacia y Maximiano,  
 Alejarles de Roma logró ufano.

## XXXIV.

«Mas el mismo Galerio es gobernado  
 Por un sofista bajo, despreciable,  
 Cuyo dolo y maldad le han grangeado  
 El favor de este César detestable.  
 No dudo habreis ya todos acertado  
 El nombre de Hierócles, pues no es dable  
 Que un hombre mas perverso jamás haya  
 Como el que ahora es procónsul de la Acaya.

## XXXV.

«En la escuela de Eumenes le encontramos  
 Agustin, yo y Gerónimo: al instante  
 Su carácter protervo penetramos.  
 Un genio quisquilloso y petulante,  
 Un prurito de hablar en todos ramos,  
 Un tono fastuoso y arrogante,  
 Figura contrahecha y torva vista,  
 Os hacen el retrato del sofista.

## XXXVI.

«Una injuria que de él yo recibiera,  
 Pues su altivez no mira en dar sonrojos,  
 Habiendo respondido de manera  
 Que le dejé confuso ante los ojos  
 De la corte y ciudad de Roma entera,  
 Me atrajo del valido los enojos.  
 Mi perdida juró para vengarse,  
 Y el caso no tardó de presentarse.



## XXXVII.

»Mas antes de contar como el artero  
 Sofista su venganza urdió maligno,  
 Hablaré de mi estado lastimero,  
 De compasion, mas no de envidia, digno.  
 El romano Pontifice primero  
 Movido de piedad, dulce y benigno,  
 El celo de su amor me prodigaba,  
 Por sacarme del mal en que me hallaba.

## XXXVIII.

»¿Cuántas veces, paseando en la ribera  
 Del Tiber, como un padre, me tenia  
 Tierno y fuerte discurso que pudiera  
 Convertir otra alma que la mia?  
 ¡Fatal indiferencia! en vano era  
 Su celo para mí; antes sentia  
 En las cosas sagradas mas disgusto  
 Y en las profanas mas placer y gusto.

## XXXIX.

»Lo diré con rubor, rompiendo el freno  
 Del pudor que hasta entonces me ligaba,  
 A tal punto llegó mi desenfreno  
 Que su suerte al idólatra envidiaba.  
 De ideas de placer mi pecho lleno  
 Por las fiestas de Adonis suspiraba,  
 Las florestas de mirtos y laureles  
 Y los torpes misterios de Cibeles.

## XXLXX

«El santo Marcelino proseguía  
 Su aviso paternal, mas advirtiendo  
 Que el amor y blandura no servía;  
 Por los demás cristianos atendiendo  
 Que con mi pravo ejemplo corrompia,  
 Los fieles en la iglesia reuniendo,  
 Tres veces me amonesta y me conjura  
 Y por último lanza la censura.

## XXLXXI

«No explicaré, Señores, la indecible  
 Sensación que en mi alma produgera  
 Ceremonia tan grande y tan temible.  
 Jamás, no, jamás, aunque quisiera,  
 Olvidaré el aspecto tan terrible  
 Con que el Prelado augusto apareciera  
 Cuando el rayo lanzó del exorcismo  
 Cerrándome la iglesia al tiempo mismo.

## XLII.

«A mis plantas pensé mirar abierta  
 La boca del infierno, y penetrado  
 De un temblor que explicar mi alma no acierta,  
 Huí la vista del Obispo airado.  
 Al ángel del Señor no vió á la puerta  
 Del Eden nuestro padre Adan culpado  
 Tan grande, tan terrible y fulminante  
 Como yo ví al Pontífice brillante.

## XLIII.

»Mas el rigor que tanto ahora me aqueja  
 ¡Cuán poco ¡ay! entonces me ha servido!  
 Luego viene el amigo y me moteja  
 Del temor por un viejo desvalido.  
 El tiempo poco á poco de mí aleja  
 Su memoria y mirándome perdido,  
 No teniendo ya límite ni freno,  
 Del antídoto mismo hago veneno.

## XLIV.

»La corte que pasó en aquel instante  
 A Bayes desde Roma, luego acaba  
 De disipar la idea penetrante.  
 El grande Emperador allí se hallaba  
 Cercado del cortejo el mas brillante.  
 Allí Licinio, allí Severo estaba,  
 Allí Daya el pastor que hacia poco  
 Cambió en alto coturno humilde zoco.

## XLV.

»Mas el gran Constantino preferia  
 Al trato de estos Príncipes celosos  
 De su virtud la franca compañía  
 De Agustin y Gerónimo afectuosos.  
 Por los dias mas bellos contaria  
 Los que pasára entonces deliciosos,  
 Si al olvido de Dios jamás pudiera  
 Juntarse una alegría verdadera.

## XLVI.

«La casa de nosotros concurrida  
 Era el palacio de Áglæ, en riqueza  
 Como en linage ilustre y distinguida.  
 Todo allí respiraba la grandeza.  
 Y esta dama romana esclarecida  
 El talento juntaba á la belleza;  
 De modo que en su casa se tenia  
 La mas bella y amable compañía.

## XLVII.

«Allí Pacomio y Sebastian guerrero  
 De la guardia del grande Constantino;  
 Ginés en los talentos heredero  
 Del afamado Roscio, actor divino;  
 Bonifacio de genio placentero:  
 Gerónimo y el plácido Agustino  
 Con el Príncipe ilustre se juntaban,  
 Y mis encantos y placer formaban.

## XLVIII.

«Áglæ, á pesar de esto, reunia  
 Cualidades diversas y encontradas:  
 En medio del desórden se la via  
 Respetar las reliquias veneradas;  
 Ginés como gentil la escarnecia;  
 Mas ella contestaba con fundadas  
 Razones, y pedia á Bonifacio  
 La tragese reliquias al palacio (9).

## XLIX.

»Bonifacio risueño respondia:  
 «Señora, yo iré por los lejanos  
 »Y remotos países y á porfia  
 »Os buscaré reliquias de cristianos.  
 »Mas si alguno, por suerte, á mí os envía,  
 »Muriendo por le fe de mis hermanos,  
 »Con las otras reliquias juntamente,  
 »¿Recibireis las mias igualmente?»

## L.

»Por desgracia eran pronto interrumpidas  
 Estas conversaciones religiosas,  
 Que por lo regular eran seguidas  
 De pláticas mas libres y amorosas.  
 No obstante, algunas veces repetidas,  
 Obraron mutaciones prodijiosas,  
 Y á poco tiempo vimos con sorpresa  
 Renunciar á su fausto á la princesa.

## LI.

»Este fué el primer golpe de la gracia  
 Con que la gran bondad de un Dios clemente  
 Principió á dobligar mi pertinacia.  
 Agustin y Gerónimo igualmente  
 Sintieron de este aviso la eficacia,  
 Pues de genio festivo y complaciente  
 Los ví tristes, callados, distraidos,  
 En serios pensamientos embebidos.

## LII.

«Por disipar esta tristeza interna,  
 Paseando una tarde en la bahía,  
 Llegamos hasta cerca de Literna.  
 Allí el sepulcro de Escipion se via  
 A la entrada de lóbrega caverna,  
 La estatua derrivada aun se leia  
 Esta inscripcion con carectéres gruesos:  
*Ingrata patria, no tendrás mishuesos* (10).

## LIII.

«La vista de este objeto inesperado  
 Acaba de excitar nuestra ternura:  
 Nuestro rostro fué en lágrimas bañado.  
 ¡El vencedor de Anibal que figura  
 Como el héroe mas grande y celebrado,  
 Reposa en ignorada sepultura!  
 Esta idea á Gerónimo le inflama,  
 Y arrebatado de su ardor esclama:

## LIV,

«Amigos! ya no es tiempo que escondido  
 «Os tenga mas de mi alma el sentimiento.  
 «La tumba del Romano esclarecido  
 «Me trae vivamente al pensamiento  
 «Lo inútil de la vida que he seguido.  
 «Buscando en los placeres el contento,  
 «En vez de la alegría, ¿que he encontrado  
 «Sino tedio, fastidio, enojo, enfado ?

## LV.

»Mil veces, de tristeza y pena lleno,  
 »Propuse abandonar mi estado ocioso,  
 »Y solo la amistad me puso freno.  
 »Mas mi alma se encuentra sin reposo.  
 »Nueva zozobra agita ahora mi seno  
 »Al ver la imagen de Escipion glorioso,  
 »Cuya vida de accion y virtud llena  
 »El ocio nuestro y languidez condena. »

## LVI.

»Gerónimo! Agustino le contesta,  
 »Tú acabas de pintar la historia mia.  
 »Una pena hace tiempo me molesta  
 »Cuya causa deciros no podria.  
 »Sin embargo, á la tuya es contrapuesta  
 »Mi inclinacion, y en esto se desvía  
 »Que huyendo del tumulto bullicioso  
 »Solo anhele el retiro y el reposo. »

## LVII,

»Ardiendo siempre en sed intolerable  
 »De la felicidad, solo he logrado  
 »Como vos hasta aquí ser miserable.  
 »Pero ¿cómo salir de tal estado?  
 »¡Si existiera una fuente inagotable  
 »De amor ardiente, puro, ilimitado.....!  
 »¡Si tu sueño, Escipion, no hubiese sido  
 »Una ilusion divina, y que el olvido.....! »

## LVIII.

- «Con qué trasporte yo me arrojaria!
- (Interrumpe Gerónimo ardoroso)
- »A esa fuente de amor y de alegría!
- »Riberas del Jordan, antro dichoso
- »De Belen, á vosotros correria!
- »¡Desierto de Judea pavoroso,
- »Los ecos repitieras del lamento
- »Y de la penitencia el triste acento!

## LIX.

- »A mi vez yo les digo: «La sincera
- »Confesion que habeis hecho, es tan estraña
- »Que presenta mi imágen verdadera.
- »Mi alma en la tristeza os acompaña:
- »Y deshecha la efímera quimera
- »Del placer con que el vicio nos engaña,
- »Mi vida relajada me contrista,
- »Y hácia mi religion vuelvo la vista.»

## LX.

- »Entonces Agustin: «¡Oh qué pintura
- »Varias veces mi madre de ella hiciera!
- »¡Cuántas veces, mirando la amargura
- »Y el tedio de mi alma, me digera
- »Que buscase en su seno la dulzura!
- »¡Tierna madre, quizá en la otra ribera
- »De la mar en tu hijo estas pensando
- »Y las manos por él al cielo alzando!»



## LXI.

«El alma de los tres así agitada  
De una misma impresion y sentimiento,  
Tuvimos por verdad averiguada  
Que solo en la virtud está el contento.  
La tumba de Escipion á olvido dada  
Nos inspiró sin duda el pensamiento,  
Pues el justo olvidado acá en el suelo  
Eleva nuestras almas hácia el cielo.

## LXII.

«Con pesar de Literna separados,  
Volvíamos á Bayes con tristeza,  
En diversas ideas ocupados.  
Ya Bayes no ofrecia en su belleza  
Atractivo ninguno, y fastidiados  
Lo mirábamos todo con tibieza.  
Nuestro fiel corazon nos presagiaba  
Que el dia del adiós se aproximaba.

## LXIII.

«Este llega : la corte dá la vuelta  
Para Roma, y con ella uno otro amigo.  
Nuestra union para siempre fué disuelta.  
Al Tíbur con el Príncipe yo sigo:  
Allí escribió Agustín cómo resuelta  
Tiene su marcha al África, el abrigo  
Buscando de la madre que le amaba,  
Y que tambien Gerónimo marchaba.

## LXIV.

«Yo no sabré, la carta concluía,  
 «Si alguna vez á vernos volveremos.  
 «Tal es la vida, amigo; la alegría  
 «Instantes solo dura, y sus extremos  
 «Los coarta el dolor: el mismo día,  
 «Cuando apenas el gozo conocemos  
 «Y que en copa dorada lo gustamos,  
 «Luego todas las heces apuramos.

## LXV.

«La amistad, ese don que ha dado el cielo  
 «Para aliviar un tanto nuestros males,  
 «¿Qué amargura no mezcla á su consuelo?  
 «Luego llegan los términos fatales  
 «De la separacion, y el desconsuelo  
 «Sucede á los placeres ideales:  
 «El corazon se parte, y el amigo  
 «Le causa mayor mal que un enemigo.»

## LXVI.

«Así pasó por mí, pues separado  
 De tan buenos amigos, ya no hallaba  
 Gozo mi corazon desconsolado.  
 Ya Roma para mí no presentaba  
 Mas que un triste desierto desolado;  
 Y en medio del bullicio me encontraba  
 Como triste y cansado caminante  
 Por yerma soledad vagando errante.

## LXVII.

Constantino me daba todavía  
 Un consuelo en su amor no desmentido;  
 Mas no tardé en perder su compañía.  
 Hierócles, de mi ofensa resentido,  
 La venganza en su pecho entretenía;  
 Que un bajo corazón no da al olvido.  
 La injuria recibida, y siempre arde  
 Por saciar su furor vil y cobarde.

## LXVIII.

«Una tarde que el Príncipe se hallaba  
 En la curia, saliendo de paseo  
 A ver la fuente Egeria, me tomaba  
 La noche por el campo. Al mausoleo  
 De Cecilia Metela enderezaba  
 A ganar la via Apia, cuando veo  
 Varias gentes que á un punto concurrían,  
 Y de pronto en las sombras se perdían.

## LXIX.

Al momento á seguir las me decido,  
 Y llegando á la cueva donde viera  
 Que entráran los fantasmas, atrevido  
 Penetro yo también. Una cantera  
 De granito en pilares sostenido  
 Que la pálida luz esclareciera  
 De fanales á trechos colocados,  
 Se presenta á mis ojos admirados.

## LXX.

Los muros de esta fúnebre morada  
 Triple orden de féretros cubria,  
 Cada uno con su insignia señalada.  
 La macilenta luz que despedía  
 El fanal á lo lejos, reflejada  
 En las bóvedas altas, parecía  
 Con su trémulo y vario ondulamiento,  
 Dar á tales objetos movimiento.

## LXXI.

«En vano era prestar atento oído  
 Para escuchar un son que me sirviera  
 De guía en este abismo: ningun ruido  
 Su sepulcral silencio y calma altera,  
 Solo del corazon siento el latido.  
 Entonces, deseando salir fuera,  
 Pierdo el rumbo, y tomando otro distinto  
 Me encuentro en un confuso laberinto.

## LXXII.

«Cuanto mas me adelanto mas aumento  
 Mi confusion y me hallo mas errado.  
 Tan pronto me encamino á paso lento;  
 Tan pronto me dirijo apresurado:  
 Mas entonces pareceme que siento  
 Venir en pos de mí precipitado,  
 Por efecto del ruido que yo hacia,  
 Y el eco por los antros repetia.

## LXXIII.

»Largo tiempo marché de esta manera,  
 Y la fuerza á faltarme principiaba.  
 Rendido y sin aliento me pusiera  
 A descansar un poco, y reparaba  
 Que la luz del fanal se oscureciera,  
 Y ya pronto apagarse amenazaba,  
 Cuando oigo como voces de alabanza,  
 Y en mi pecho renace la esperanza.

## LXXIV.

»Al instante, cobrando nuevo aliento,  
 Tomo por la espaciosa galería  
 De donde los acuerdos salir sienta.  
 Según iba avanzando, percibía  
 Mas distintos los sonos, y el acento  
 De tan suave voz que parecía  
 Que en esta ciudad triste de los muertos  
 Los ángeles tenían sus conciertos.

## LXXV.

»Por fin salgo á un salon iluminado  
 Donde veo ¡que asombro! á Marcelino  
 Celebrando el misterio mas sagrado.  
 Un augusto concurso á este divino  
 Sacrificio asistia enajenado:  
 En torno de los muros examino  
 Cubiertas de coronas varias tumbas  
 Y conozco que son las catacumbas (11).

## LXXVI.

Mas ¡cuál es mi sorpresa cuando veo  
 La emperatriz con su hija arrodillada  
 Y al lado Sebastian y Doroteo!  
 Jamás se vió la cruz tan ensalzada  
 Ni consiguió del mundo tal trofeo.  
 ¡La emperatriz del orbe, abandonada  
 La cámara nupcial, venir ansiosa  
 A venerar la cruz ignominiosa!

## LXXVII.

«En estas reflexiones embebido  
 Advierto que dos diáconos llegaran  
 Al Pontífice augusto, y al oído  
 Decirle alguna cosa: luego paran  
 Los oficios, y á un signo convenido,  
 Apagadas las luces, se separan.  
 El pueblo santo en pos de sí me lleva,  
 Y me hallo á la salida de la cueva.

## LXXVIII.

«¿Quién pudiera pensar que este accidente  
 Habria de influir tanto en mi estado  
 Dando á mi vida curso diferente?  
 Por los ministros sacros reparado,  
 Interrumpí el misterio que presente  
 No permite á ningun escomulgado:  
 Mas tambien los satélites me vieron  
 Que á observar las princesas estuvieron.

## LXXIX.

«Hierócles se sirvió de esta noticia  
 Para perderme en todo con Galerio.  
 Usando del ardiz y la malicia:  
 «¿Sabeis, dice, á la dueña del imperio  
 «Quién seduce, pervierte, y quién la inicia  
 «En ese culto impío, y el misterio  
 «La enseña de esta secta abominable?  
 «Es ese Griego inicuo y detestable.»

## LXXX.

Galerio que, indispuesto de antemano,  
 Como amigo del Príncipe me odiaba,  
 Marcha luego á decirlo á Diocleciano.  
 El le cuenta el rumor que circulaba,  
 Con mengua y deshonor del Soberano,  
 De que su misma esposa se manchaba  
 Con culto tan impuro y tan nefando,  
 Sus sesiones nocturnas frecuentando.

## LXXXI.

«Mas no solo la afrenta (le añadiera,  
 Atacandole el fallo conocido)  
 «Debeis temer: vuestra familia entera  
 «A esas cuevas inmundas no hubiese ido  
 «Si mas fuerte razon no la moviera.  
 «Una trama con ella os tiene urdido  
 «El griego Eudoro: haced le den tormento,  
 «Y sabreis la verdad en el momento.

## LXXXII.

«Debo de confesar que la apariencia  
 Estaba contra mí. Toda la corte  
 Parecía aguardar con impaciencia  
 Lo que Diocles haria á su consorte.  
 Con su genio templado y experiencia  
 Al escándalo quiere dar un corte.  
 Su carácter político y prudente  
 Os pintará este rasgo solamente.

## LXXXIII.

«Desde luego declara es infundado  
 El rumor que por Roma ha discurrido:  
 Que su esposa y su hija no han dejado  
 El palacio; al contrario han ofrecido  
 Sus votos en las aras del estado:  
 Que se ponga esta historia en el olvido,  
 Y que siendo encontrados los autores  
 Sufrirán de las leyes los rigores.

## LXXXIV.

«Mas como era preciso que uno fuese,  
 Por máxima en las cortes recibida,  
 Quien la culpa de todos padeciese,  
 Yo fuera aquí la víctima escogida.  
 Dióseme, pues, la orden que saliese  
 Desterrado de Roma, y en seguida  
 Fuese á unirme á las tropas comandadas  
 Por Constancio, en el Reno acantonadas.



## LXXXV.

«Mi viaje dispuse á aquella tierra,  
 Alegre por trocar la servidumbre  
 Del ocio en las fatigas de la guerra.  
 Mas tal es el poder de la costumbre,  
 O el encanto que ilustre sitio encierra,  
 Que no á Roma dejé sin pesadumbre.  
 Dando el último abrazo á Constantino,  
 A media noche principié el camino.

## LXXXVI.

«Toda Roma en silencio reposaba  
 En profundo letargo sumergida;  
 La muerte parecia que reinaba  
 Usurpando sus veces á la vida;  
 La luna en su menguante se miraba  
 Del alto capitolio suspendida  
 Como esas tristes lámparas colgadas  
 Que alumbran de los muertos las moradas.

## LXXXVII.

«El Tibre caudaloso atravesando  
 Penetré en la ciudad que halle desierta;  
 El templo de la Paz atrás dejando,  
 Rostros, templo Estatór, salí á la puerta  
 Que dá á la via Casia; caminando  
 Primero por campiña descubierta,  
 Luego entré por la Etruria montañosa  
 Que atraviesa una ruta tortuosa.

## LXXXVIII.

«Remontando despues el Apenino,  
 Al horizonte claro y despejado  
 De Italia vi seguirse de continuo  
 Un cielo nebuloso y aplomado.  
 Para pasar los Alpes, el camino  
 Atraviesa un peñasco taladrado  
 En forma de espaciosa galería,  
 Donde nunca se ve la luz del día.

## LXXXIX.

«Luego bajé á la Galia Transalpina  
 Y pasando el país que es habitado  
 Por los Voconces, la onda cristalina  
 Remonté del Arar tan afamado.  
 En poco tiempo así llegué á Agripina,  
 Donde estaba el ejército acampado.  
 Constancio con amor me recibiera,  
 Y de mí en el instante dispusiera.

## XC.

«Eudoro, dijo el Príncipe, mañana  
 «Marchamos á buscar el Franco fiero  
 «Que osa insultar el águila romana.  
 «Ahora servireis de simple arquero  
 «En la legion cretense veterana.  
 «Marchad, mostraos digno compañero  
 «De mi hijo, y que las honras que os ofrezca,  
 «El valor, no la gracia, las merezca.»

## XCI.

«Aquí vuelve, Señores, de mi vida  
 El segundo periodo. Traslado  
 De la Arcadia á la corte esclarecida  
 Del imperio del mundo, y rodeado  
 De goces y placeres, en seguida  
 Me veo de repente sujetado  
 A las duras fatigas de la guerra  
 En país belicoso, inculta tierra.



# NOTAS.

## Octava V.

### Huyendo las venganzas del Argivo.

(1) Cuando Eneas le contó la ruina de Troya, según se ve descrita en el segundo de la Eneida.

## Octava XIV.

### Alcimedon sus tazas de belleza

(2) Alcimedon era un famoso escultor; de él habla Virgilio en la égloga 5.<sup>a</sup>

## Idem.

### A Dafne aprisionada en su corteza.

(5) Dafne, hija del río Peneo, suplicó á su padre la defendiese contra Apolo que la perseguía enamorado; su padre la convirtió en laurel, y cuando llegó Apolo, no abrazó más que un tronco inanimado, del cual cortó un ramo y se hizo una corona. Por esto el laurel fué consagrado á Apolo.

## Octava XVII.

### Con que Ceres las parvas aventára

(4) Habiendo vuelto Ulises á su patria, cuenta á Penlope que sus trabajos no se han acabado todavía, sino que con el remo en la mano debe ir peregrinando hasta encontrar un pueblo que no tenga noticia de la mar; pueblo que al verle con el remo al hombro, grite ¿es la pala de Ceres?—Allí ha de acabar mi peregrinación, clavando el remo en tierra, y sacrificando á Neptuno. (Odis. 25) Este pueblo no puede ser otro que el de Arcadia, según se deja ver por el siguiente pasaje de Pausanias: “en la cumbre del monte Bóreas, en la Arcadia, aparecen aun las ruinas de un templo antiguo, que Ulises, volviendo de Troya, edificó á Palas y á Neptuno.” En la enumeración que hace Homero del campo de los griegos, dice que Agamenon habia dado bajeles á los Arcades para navegar á Troya.

## Octava XX.

### En vano Filopemen eminente

(5) Filopemen, de quien se hace descendiente á Endoro, fué un célebre general de los Aqueos, natural de Megalópolis de Arcadia, Principió á dar

pruebas de valor y de prudencia en la guerra contra Cleomeneo, rey de Esparta, que atacó á Megalópolis. Despucs acompañó á Antígono el Tutor, y ganó el año 208 antes de la era cristiana la famosa batalla de Mesenia contra los Etolios aliados de los Romanos. Nombrado general de los Aqueos, subyugó á Esparta y arrasó sus murallas. Los Mesenios, súbditos de los Aqueos, se revelaron, y Filopemen fué á atacarles; pero hecho prisionero por ellos, le llevaron á Mesenia y allí le dieron á beber la cicuta.

### Octava XXII.

#### Y á la célebre Roma conducido.

(6) Para dar una estension proporcionada con el todo de la obra al episodio en que Eudoro cuenta su vida, me ha parecido conveniente reducir á cuatro cantos los siete libros á que se estiende el original. Verdad es que este episodio sale de las reglas comunes por pertenecer al héroe principal de la historia; pero siempre es un episodio, siendo la relacion de hechos anteriores á la accion que se trata de celebrar: así, admitiendo alguna mas latitud que los otros episodios, no debe tener tanta que disminuya el interes de la accion, ocupando la tercera parte del poema. Como Eudoro habla á personas que debian conocer su linage y los sucesos de la Grecia, he creído deberlos pasar por alto, y desde luego trasladar nuestro héroe á Roma, que es donde su historia principia á tomar algun interes. En el discurso de ella se omiten varias descripciones é incidentes particulares con el objeto de abreviar; pero siempre se conserva el hilo de la narracion, y nada se omite de cuanto se enlaza con la historia y puede interesar á la generalidad de los lectores. Si la libertad que me he permitido es una falta, los inteligentes en el arte me la sabrán disimular por ser conforme á las reglas; los otros advertirán que no es lo mismo escribir en prosa que en verso.

### Octava XXVIII.

#### »De Panonia Gerónimo nativo,

(7) San Gerónimo nació en Estrinonio, ciudad de la Panonia. Fué educado por sus padres en las máximas de la virtud cristiana; pero enviado á Roma para ser instruido en las ciencias, las ideas mundanas sucedieron á los principios de Religion, cuyos santos ejercicios fué dejando poco á poco. Abandonóse á las impresiones del orgullo y de la vanidad; y por no haber reprimido al principio sus pasiones, vino á ser el juguete y el esclavo de ellas. Sin embargo, no cayó en vicios groseros. Cuando llegó á la edad viril, quiso recorrer las provincias en que florecian las ciencias para perfeccionarse

en ellas. San Gerónimo y San Agustín florecieron á fines del siglo cuarto y principios del siguiente; pero este anaeronismo no perjudica á la verdad del poema, diferente de la verdad histórica. Como dice el autor en su prefacio, estos personajes son puramente episódicos, no juegan en lo principal de la acción y solo entran en ella para recordar nombres ilustres y despertar nobles memorias.

### Octava XXIX.

#### Solo espera quizás á un inspirado

(8) Este orador inspirado fué San Ambrosio, arzobispo de Milan. San Agustín habiendo venido de Roma á esta ciudad para' profesar la retórica, deseó oír los sermones de San Ambrosio por la fama que tenía de sabio y de elocuente; asistió á ellos por mera curiosidad, pero la doctrina que anunciaba el santo arzobispo de Milan, penetró insensiblemente en su corazon, y arrojó en él las semillas de virtud que debian fructificar con el tiempo. Siendo todavia maniqueo, leyó las obras de Platon y de otros filósofos de la misma secta, cuya doctrina acerca del Verbo eterno y de las sustancias incorpóreas contribuyó á rectificar las falsas ideas que habia concebido de Dios segun el error de los Maniqueos. Simpliciano, sacerdote de Milan y sucesor de San Ambrosio, á quien consultó San Agustín, le aprobó esta lectura.

### Octava XLVIII.

#### La trajese reliquias al palacio.

(9) A principios del siglo cuarto habia en Roma una mujer, llamada Aglae, jóven, hermosa, y de un nacimiento ilustre. Sus riquezas eran tan grandes, que habia dado tres veces los juegos públicos á sus expensas. El amor desordenado del mundo habia corrompido su corazon y entretenia un comercio ilícito con Bonifacio, su intendente principal. Este era un hombre licencioso y de vida regalada, pero liberal y compasivo; daba hospitalidad á los viajeros, y procuraba á los pobres toda especie de socorros.

En fin Aglae, movida de la gracia y penetrada de compuncion, llamó un dia á Bonifacio y le dijo: "Tu sabes en que abismo de crímenes nos sumergimos, sin pensar en que debemos presentarnos delante de Dios para darle cuenta de nuestras acciones. He oido decir que si alguno honra á aquellos que padecen por el nombre de Jesucristo, tendrá parte en su gloria. Tambien he sabido que los siervos de Jesucristo combatian en Oriente contra el demonio, y que entregaban su cuerpo á los tormentos, por no renunciar á la religion que profesaban. Ve, pues, y traenos reliquias de algunos de estos

„santos atletas, á fin de que podamos honrar su memoria, y ser salvos por su intercesion.,,

Bonifacio se dispone inmediatamente á obelecer; toma sumas considerables para rescatar de los verdugos los cuerpos de los mártires, lo mismo que para socorrer á los pobres; y estando ya á punto de partir, dice á Aglae: “Si puedo „procurarme reliquias, no dejare de traerlas. Pero si os traen mi cuerpo „por el de un mártir, ¿le recibireis?,, Aglae miró estas palabras como una chanza, y reprendió al que las habia proferido. Mas Bonifacio cumplió su palabra padeciendo un glorioso martirio.—*Actas verídicas de San Bonifacio publicadas por Henschenio, Fleuri, &c.*

### Octava LII

Ingrata patria no tendras mis huesos.

(10) Alusion al célebre autor de los Martires, que hallándose perseguido y fuera de su patria cuando escribió esta obra, podia echarla en cara su ingratitude y amenazarla con que no poseeria sus huesos. Chateaubriand volvió á su patria, pero su traductor aun está fuera de la suya.

### Octava LXXV.

Y conozco que son las catacumbas.

(11) Las catacumbas de San Sebastian, llamadas asi por haber sido este santo enterrado en ellas.

# LOS MÁRTIRES.

## CANTO QUINTO.

---

### SUMARIO.

*Continuacion de la historia de Eudoro. Marcha del ejército romano á Batavia. Se encuentra con el de los Francos. Campo de batalla. Orden y enumeracion del ejército romano, y del de los Francos. Faramundo, Clodion, Meroveo. Trávese la pelea. Ataque de los Galos contra los Francos. Combate de caballeria. Desafio entre el jefe de los Galos y Meroveo hijo del rey de los Francos, en que sale este victorioso. Los Romanos principian á flaquear. La legion cristiana entra en combate y restablece la batalla. Confusion. Los Francos se retiran á su atrincheramiento. Alcanza Eudoro la corona cívica, y Constancio le nombra jefe de los Cretenses. Renuévase el combate al rayar el dia. Atacan los Romanos las trincheras de los Francos. Se levantan las olas. Huyen de ellas los Romanos. Eudoro cae herido despues de haber combatido mucho tiempo. Es socorrido por un esclavo de los francos, y llevado por él á una caverna. Es hecho esclavo de Faramundo. Historia de Zacarías. Clotilde, mujer de Faramundo. Principio del cristianismo entre los Francos. Eudoro alcanza su libertad. Es enviado á proponer la paz á los Romanos. Acompañale Zacarías hasta la frontera de las Gaulas. Su despedida.*



## I.



Al norte de las Gaulas, donde el Reno  
 En dos brazos separa su corriente,  
 En inculto país, de lagos lleno,  
 Habita el Franco (1) indómito y valiente  
 Que de Roma hasta aquí sacudió el freno  
 Bravèando su poder. Al occidente  
 Avecina con la húmeda Batavia,  
 Al norte con la fria Escandinavia.

## II.

«En tiempo de Gordiano el piadoso  
 Este pueblo feroz, por vez primera  
 Se dejó ver del Galo temeroso.  
 Allí uno y otro Decio pereciera;  
 Y Probo alcanzó el título glorioso  
 De *Fránquico* por solo que obtuviera  
 Encerrarle en sus límites primeros  
 Con guerra sanguinosa y golpes fieros.

## III.

«Mas ahora con nuevo ardor y rabia,  
 De sus tribus juntando el poderío,  
 Rompiera por la parte de Batavia  
 Donde va á desaguar el Reno frio.  
 Constancio con prudencia y arte sabia  
 Dejó desahogar su ardiente brio:  
 Luego, juntas las tropas de su mando,  
 A darles la batalla va marchando.

## IV.

»Después de algunos días de camino  
 Entramos en el suelo cenagoso  
 De Batavia que inunda de continuo  
 El flujo del océano espumoso.  
 Las espesas florestas de sapino  
 Y los brazos del Reno caudaloso  
 Que era preciso atravesar por vados,  
 Nos hicieron perder muchos soldados.

## V.

»Cansado de marchar el día, apenas  
 Unas horas la noche reposaba  
 Para empezar de nuevo otras faenas.  
 No obstante, en este plazo me olvidaba  
 De cansancio, fatiga y demás penas;  
 Y á la primera luz, cuando escuchaba  
 El toque de Diana, alborozado,  
 Percibía un placer inesperado.

## VI.

»No os diré la especie de alegría  
 Que encierra en sí la vida del soldado.  
 Jamás sentí el clarín que reteñía  
 Por los valles con son descompasado  
 Y el eco de los montes repetía,  
 Del relincho primero acompañado  
 Con que el corcel saluda al sol radioso,  
 Sin llenarme de un gozo bélicos.

## VII.

«Nuestra rápida marcha sorprendiera  
 A los Francos que estaban descuidados.  
 Mas luego que su gente se reunió  
 Al mando de sus jefes mas nombrados,  
 Salen á nuestro encuentro en la ribera  
 Del mar. Toda la noche de ambos lados  
 Se pasó en ordenarse y disponerse,  
 Para el rayar del alba acometerse.

## VIII.

«En nuestra primer linea aparecian  
 Los fuertes Vexilares, distinguidos  
 Por la piel de leon con que cubrian  
 La cabeza y espaldas, divididos  
 Por cohortes: en pos de ellos se seguian  
 Los Hastatos valientes y aguerridos,  
 Los Príncipes armados con espadas,  
 Y los Trários con picas aguzadas (2).

## IX.

«El centro del ejército ocupaban  
 Las leiones de Hierro y Fulminante,  
 Que en sus lanzas de acero presentaban  
 Un muro impenetrable de diamante.  
 Entre ellas por intervalos estaban  
 Las máquinas de guerra, rutilante  
 Catapulta, el ariete, la balista,  
 Cuyos tiros no hay fuerza que resista.

## X.

«En el costado izquierdo se estendia  
 La tropa de aliados y auxiliares  
 Compuesta de veloz caballería.  
 De lijeros (3) corceles los hijares  
 Apretaba y con gracia se mecia  
 El Tartesio cubierto de alamares,  
 Numantinos y Lusos aguerridos,  
 Por el jóven Viriato conducidos.

## XI.

«Como una torre fuerte y elevada  
 Se veian acá y alla mezclados  
 Los Germanos de talla ajigantada,  
 En caballos indómitos montados,  
 Y una maza en las manos barreada.  
 Detrás algunos Númidas armados  
 Del arco y de la clámide vestidos  
 Tiritaban de frio poseidos (4).

## XII.

«En la otra ala brillaba el arrogante  
 Escuadron del Romano caballero,  
 Con el casco de plata deslumbrante,  
 Coraza de templado y fino acero  
 Con esmaltes dorados, la tajante  
 Espada fabricada del Ibero,  
 Caballo generoso y adiestrado  
 De brillantes jaeces adornado.

## XIII.

»Al frente del ejército esparcidos  
 Se veían los Vélites y Arqueros  
 Con los Galos veloces y atrevidos.  
 El instinto de guerra en los postreros  
 Les es tan natural que, confundidos  
 En el choque, son siempre los primeros  
 A ordenarse buscando sus señales,  
 Y los soldados se hacen generales.

## XIV.

»Por fin, como se ve nube sombría  
 En la falda de un monte recostada,  
 El cuerpo de reserva componía  
 La *Púdica* legion, toda formada  
 De cristianos. Constancio la tenía  
 En vez de la Tebea, degollada  
 Por Maximiano. Víctor de Marsella  
 Comandaba esta legion valiente y bella.

## XV.

Pero todo aquel órden admirable  
 Que en el romano ejército brillaba,  
 Solo era para hacer mas espantable  
 La sencillez salvaje que reinaba  
 En las huestes del Franco formidable  
 Que vestido de pieles semejava  
 Á un rebaño feroz de hambrientas fieras  
 Tendido por los valles y praderas.

## XVI.

«La vista de estos bárbaros parece  
 Al azul de la mar tempestuosa  
 Que en medio de la noche resplandece,  
 Al brillo del relámpago, espumosa.  
 La blonda cabellera que les crece,  
 Descendiendo hasta el pecho sortijosa,  
 Teñida de un licor rojo, brillante,  
 Es á la sangre y fuego semejante.

## XVII.

«Parte de ellos su diestra mano carga  
 Con la frámea, (5) por mango un medio roble,  
 Y en la izquierda la oval, ingente adarga;  
 Parte lleva el angon de garfio doble;  
 Mas todos además ciñen la larga  
*Francisca*, de dos cortes, arma noble,  
 Que con grito de muerte arroja el Franco,  
 Y rara vez ó nunca yerra el blanco.

## XVIII.

«Siguiendo su manera de batalla  
 Los bárbaros el cúneo (6) habían dispuesto;  
 La tropa mas valiente y de mas talla  
 Haciendo punta, con airado gesto,  
 La barba á propio intento sin cuidalla,  
 Y un anillo de hierro al brazo puesto,  
 Signos de esclavo que llevar juraban  
 Hasta que algun Romano degollaban.

## XIX.

»En este vasto cuerpo gobernando  
 Cada jefe venia á los valientes  
 De su raza, el coraje acrecentando  
 Con el riesgo comun de los parientes.  
 Del ejército entero tiene el mando  
 Por su valor y prendas eminentes  
 El rey de los Sicambros Faramundo,  
 Su nieto Meroveo por segundo.

## XX.

»Mas Clodion, padre de este, comandaba  
 La fogosa y feroz caballería  
 Que frente á nuestros équites guardaba  
 El costado á la fuerte infantería.  
 En sus cascos de acero que sombréaba  
 Una pluma de buitre, parecia  
 Verse aquellas figuras monstruosas  
 Que presentan las nubes luminosas.

## XXI.

»El sol de la mañana refulgente,  
 Saliendo de una nube colorada,  
 Derrama su luz clara de repente :  
 La tierra toda pareció inflamada  
 Con los rayos del casco reluciente,  
 Cruzados con el brillo de la espada,  
 La lanza y la coraza centellante  
 Y el escudo de acero deslumbrante.

## XXII.

«Luego al ruido del bélico instrumento  
 Suena el canto de guerra repetido  
 Por cien mil combatientes, y al momento  
 El pecho de la rabia es poseido.  
 El caballo da botes de contento,  
 Y patea la tierra enardecido,  
 Sacudiendo la crin negra y erguida  
 Y tascando los hierros de la brida.

## XXIII.

«Ya el ejército bárbaro se abanza  
 Con paso denodado y aire fiero.  
 Constancio hace la seña con su lanza;  
 Los escuadrones tiran del acero;  
 Las legiones se mueven con pujanza:  
 ¡Viva el Emperador! grita el guerrero;  
 Mas el Franco responde enfurecido  
 Con un largo y horrísono mugido.

## XXIV.

«El trueno estalla menos horroroso  
 En las cumbres del áspero Apenino;  
 El Etna lanza menos hervoroso  
 De piedras y de fuego un torbellino;  
 Ni las olas del piélago espumoso  
 Que el huracan levanta en remolino  
 Baten con tanto estruendo la ribera,  
 Pareciendo tragar la tierra entera.



## XXV.

«Los Galos se adelantan ardorosos,  
 Y lanzando sus dardos puntiagudos,  
 Corren al enemigo presurosos,  
 La espada en mano, al pecho los escudos.  
 Los Francos los reciben desdeñosos  
 Y repelen con fuerza y golpes rudos:  
 Tres veces carga el Galo denodado,  
 Y otras tantas es luego rechazado.

## XXVI.

«Con igual valentía y mas destreza  
 El arquero cretense disparaba  
 Una nube de flechas con certeza  
 Que al Franco en gran manera atormentaba.  
 Trasportado de rabia, con fiereza,  
 Mirando que su sangre derramaba  
 Sin vengarse de golpes tan lejanos  
 Rompia las saetas con sus manos.

## XXVII.

«En esto el escuadron fuerte y terrible  
 Del Equite romano se conmueve  
 Y va á dar con impulso irresistible  
 Sobre el fiero Clodion que raudamente mueve  
 A recibir su encuentro; el mas horrible  
 Combate entre los dos se traba en breve,  
 Rodando por el suelo en el instante  
 La lanza, el casco y miembro palpitante.

## XXVIII.

«En tanto la falange se abanzaba  
 Con igual y pausado movimiento,  
 Rompiendo las legiones que encontraba  
 Sin que nada resista su ardimiento.  
 Mas la tropa con arte se apartaba  
 Y cambiando de frente en el momento,  
 Del triángulo combate los costados,  
 Y bien pronto los Francos son cercados.

## XXIX.

«Allí es luego el sonar de las espadas,  
 De las lanzas y escudos acerados;  
 Los reveses y fuertes cuchilladas,  
 Los tajos y mandobles redoblados;  
 Las manos y cabezas cercenadas;  
 Las corazas y yelmos abollados;  
 La audacia y el coraje reunidos  
 De cien mil combatientes encendidos.

## XXX.

«Meroveo en valor sobresalía  
 Entre todos los bárbaros guerreros:  
 Sobre un inmenso carro aparecía,  
 Cercado de sus doce compañeros,  
 Llamados doce pares, que escedía  
 Del hombro para arriba; de tres fieros  
 Novillos era el carro conducido  
 Que infundían pavor con su bramido.

## XXXI.

«La muerte y el espanto iban delante  
De este nieto del viejo Faramundo,  
En arrojo y valor sin semejante,  
En fuerza y en destreza sin segundo.  
Su carro va dejando rastro humeante:  
Aquí se ve un Romano moribundo;  
Allí el Galo y Germano temerosos  
Van huyendo su encuentro presurosos.

## XXXII.

«De heridas y de muertes ya cansado,  
Meroveo en su carro contemplaba  
El campo de cadáveres sembrado.  
Así el leon de Libia cuando acaba  
De asolar un rebaño amedrentado,  
Satisfecha la sed que le aquejaba,  
Se acuesta entre las tímidas ovejas,  
Empapadas en sangre las guedejas.

## XXXIII.

El jefe de los Galos arrogante  
Le mira en esa especie de reposo  
Soberbio al mismo tiempo que insultante.  
Luego le desafía valeroso  
A pugna singular; y en el instante,  
Saltando aquel del carro poderoso,  
Principian el combate mas horrendo,  
Ambas huestes las armas suspendiendo.

## XXXIV.

«El Galo es el primero con la espada  
 A dar sobre el Francés mal afirmado;  
 Y tirándole braba cuchillada,  
 Ya le ataca y le hiere en el costado,  
 Ya le acosa y le lleva en retirada,  
 Forzándole á cejar desconcertado  
 Hasta los mismos cuernos del novillo  
 Que parece defiende á su caudillo.

## XXXV.

«Meroveo á su vez el angon lanza,  
 De dos garfios de acero, recorvado,  
 Que silvando se clava con pujanza  
 En le adarga del Galo infortunado:  
 Luego el Franco lijero se abalanza,  
 Y tirando el angon á uno otro lado,  
 Alzando la mortífera *francisca*,  
 La cabeza le parte y hace trisca.

## XXXVI.

Así el tronco robusto de alto roble  
 Al golpe de la cuña es abatido;  
 Así en la arena el toro fuerte y noble  
 De valiente lanzada cae herido.  
 Por un instante el Galo queda inmoble,  
 Sus manos levantando estremecido;  
 Mas despues titubea, cae en tierra  
 Y sus lívidos ojos luego cierra.

## XXXVII.

«A esta vista los Galos pavorosos  
 Lanzan un alarido penetrante:  
 Los Francos al contrario victoriosos  
 Rodean á su Príncipe triunfante,  
 Y con vivas y aplausos clamorosos  
 Le alzan sobre un pavés, y en el instante  
 Le aclaman con sus padres juntamente  
 Por rey de los Sicambros por valiente.

## XXXVIII.

El miedo y el espanto principiaba  
 A ocupar los romanos corazones;  
 El ardor en los Francos se aumentaba,  
 Y cargan con furor los escuadrones.  
 Constancio que de lejos observaba  
 El desórden que empieza en las legiones,  
 Una señal haciendo con su pica,  
 Manda avanzar á la legion *Pudica*.

## XXXIX.

«Los guerreros cristianos al instante  
 Descienden la colina presurosos.  
 El invencible Víctor va delante.  
 Los centuriones todos son gloriosos  
 Confesores que llevan el semblante  
 De cicatrices lleno, y generosos  
 Van á verter la sangre que les resta,  
 Por aquel que en su alma les detesta.

## XLIII.

«A la llanura apenas han bajado,  
 El bárbaro se siente detenido  
 En el curso del triunfo ya ganado.  
 Muchos de ellos despues me han referido  
 Que á su vista estallára un abrasado  
 Torbellino, y de blanco revestido  
 Vieran un caballero deslumbrante,  
 Broquel y lanza de oro centellante.

## XLIV.

«El Romano disperso se rehace  
 Al mirar el refuerzo que le llega,  
 Y otra vez la esperanza en él renace.  
 La falange del Franco se repliega,  
 Formando de broqueles el enlace  
 Para empezar de nuevo la refriega.  
 La legion un momento se detiene  
 Para oír lo que Víctor les previene.

## XLV.

«Guerreros! les arenga, ¡que glorioso  
 «Para el nombre cristiano dar su vida  
 «Por un Príncipe augusto y victorioso!  
 «Jamás puede la muerte ser temida  
 «Del que espera por siempre ser dichoso.  
 «El cielo con la palma nos convida:  
 «Marchemos todos, pues, á la victoria  
 «Que nos abre el camino de la gloria.

## XLIII.

»Todos hincan entonces la rodilla,  
 Y un Ministro de paz, formando el signo  
 De la cruz, les bendice, y luego brilla  
 En el guerrero fiel fuego divino;  
 E invocando á la Virgen sin mancilla,  
 Sin disparar el dardo, de continuo,  
 Alta la espada, se echan sobre el Franco,  
 Y rompe la falange por un flanco.

## XLIV.

»Detrás de ellos entramos en seguida  
 Romanos, Griegos, Galos y Germanos,  
 Y empieza la batalla mas reñida,  
 Con golpes y combates inhumanos,  
 Peleando sin órden ni medida  
 Al modo de los héroës troyanos:  
 Mil grupos de guerreros se embarazan,  
 Se tropiezan, se chocan y rechazan.

## XLV.

»¡Hijas de los Sincambros es en vano  
 Que prepareis el bálsamo á la herida,  
 Pues no podrá curarla vuestra mano.  
 Aquí muere uno al golpe de la buida  
 Espada ó jabalina del Romano;  
 Allí siente otro huírle la querida  
 Imágen de la patria, traspasada  
 La entraña de mortífera lanzada.

## XLVI.

«Este siente el palacio y la riqueza  
 Que con inmenso afán ha reunido;  
 Aquel echa de menos la pobreza,  
 Y la infeliz cabaña en que ha nacido.  
 Aquí muere un pagano con fiereza,  
 Del César blasfemando enfurecido;  
 Allí espira un cristiano con reposo,  
 Rogando por el César fervoroso.

## XLVII.

«Y vos, jóvenes Francos, par valiente,  
 No pasaré en silencio el heroísmo,  
 De la fina amistad y amor ardiente  
 Que para ponderarlo no hay guarismo.  
 De una cadena atados juntamente  
 Por vencer ó morir á un tiempo mismo,  
 Yo os viera caer y morir juntos,  
 Amigos siendo, siendo ya difuntos.

## XLVIII.

«Entre tanto los brazos fatigados  
 Repetían los golpes temerosos  
 Con el riesgo ó la cólera esforzados.  
 La sangre corre en ríos caudalosos;  
 Los heridos y muertos son mezclados;  
 Suena el aire con gritos lastimosos:  
 Mas la noche al fin viene con su manto  
 A mitigar tal rabia y furor tanto.



## XLIX.

Los bárbaros ganaron los primeros  
 Su campo de carretas defendido,  
 Aunque en derrota impávidos y fieros.  
 La noche la pasamos sin descuido,  
 Juntando y ordenando los guerreros,  
 Y vendando sus llagas el herido;  
 Sin cesar el atento centinela  
 De repetir el grito de la vela.

## L.

»En la fuerza del choque pereciera  
 Todo jefe cretense ilustre y bravo,  
 Y á una voz el soldado me eligiera,  
 Como hijo de Polibio, por su cabo.  
 A la legion del Hierro consiguiera  
 Salvar de destruccion cierta y fin pravo:  
 Constancio una corona me acordára,  
 Y el titulo de jefe confirmára.

## LI.

»De las tropas ligeras comandante,  
 Al campo de los Francos me estendia,  
 Y anhelaba solícito el instante  
 Que su luz nos volviese el claro dia.  
 Esta luz aparece, y por delante  
 A mis ojos se ofrece en la bahía  
 El cuadro mas terrible y mas horrendo  
 Y el objeto mas raro y estupendo.

## LII.

«Por la noche los Francos inhumanos  
 Con fiereza y barbarie nunca oídas,  
 Cortando la cabeza á los Romanos,  
 Las pusieran de lanzas suspendidas.  
 Mas feroces aun y mas insanos,  
 Tenian las hogueras encendidas  
 Para abrasar los hijos con las madres  
 Y morir juntamente con sus padres.

## LIII.

La vista de este objeto lastimoso  
 Un instante paró nuestros guerreros,  
 Que ven con sentimiento doloroso  
 Los que el día antes fueran compañeros.  
 Mas pronto de su pecho generoso  
 Se apodera el ardor, y como fieros  
 Leones se les ve luego lanzarse  
 Por borrar su ignominia y por vengarse.

## LIV.

«Nada puede oponerse á su ardimiento,  
 Y asaltando las débiles trincheras,  
 Encima de ellas se les ve al momento.  
 Entonces se derraman como fieras,  
 Y principia el combate mas sangiento:  
 Ya el bárbaro miraba á las hogueras,  
 Ya corria veloz.... solo un segundo,  
 Y el pueblo concluyó de Faramundo.

## LV.

«Mas entonces un viento impetuoso  
 Se levanta entre norte y occidente,  
 Que agitando el océano espumoso,  
 Lo lanza á la ribera fuertemente.  
 Como aliado fiel y generoso  
 Del bárbaro la mar brava y potente  
 Las trincheras del Franco viene entrando  
 Las legiones romanas arrollando.

## LVI.

«Al ver esto el Sicambro que corria,  
 Se detiene, se anima y vuelve cara,  
 No dudando que el monstruo que creia  
 Ser padre de su Príncipe, (7) enviára  
 En su ayuda las olas que veia;  
 Y como en nuestras tropas comenzára  
 El desórden, ligero y denodado  
 Nos carga y nos acosa á todo lado.

## LVII.

«Entonces principió la mas estraña  
 Y singular escena: allí nadando  
 Va el toro con el carro en la campaña,  
 Sus astas retorcidas enseñando;  
 Aquí el Saliense intrépido con saña,  
 Sus bateles de cuero al mar botando, (8)  
 Nos persigue y alcanza los extremos,  
 Y nos bate y golpea con los remos.

## LVIII.

Meroveo se hiciera una barquilla  
 De un escudo de mimbre entretegado  
 Y embreado por dentro con argilla.  
 En este batel débil conducido  
 Nos sigue y nos acosa por la orilla,  
 Corriendo á todas partes precedido  
 De sus doce valientes campeones  
 Que brincan alrededor como tritones.

## LIX.

«Las mugeres con gozo delirante,  
 Dando fuertes palmadas, bendecian  
 La mar libertadora. A cada instante  
 Las olas velozmente se estendian  
 Aquí por cima de ellas del infante  
 Las picas solamente se veian;  
 Allí rodando va entre cieno y algas  
 El ginete y corcel en que cabalga.

## LX.

«Lejos yo de mi tropa, me hallé á un bando  
 De algunos caballeros reunido,  
 Y con ellos estuve batallando  
 Los bárbaros en número crecido;  
 Mas sus fuerzas y furia redoblando,  
 De mil dardos y lanzas mal herido,  
 Encima de un monton caí de muertos  
 Con la arena del mar medio cubiertos.

## LXI.

«No sé el tiempo que estuve desmayado;  
 Mas cuando abrí los ojos, solo viera  
 Un campo de cadáveres sembrado  
 Que la mar poco hacia sumergiera.  
 Queriendo levantarme, abandonado  
 De las fuerzas, de nuevo recayera;  
 Así seguí algún tiempo, en la balanza  
 Fluctuando del temor y la esperanza.

## LXII.

«Ya empezaba á faltar la luz del día,  
 Cuando llegó una voz á mis oídos  
 Que en idioma latino así decía:  
 «Hable quien viva aun de los heridos!»  
 Tornándome á mirar con alegría,  
 Ví un Franco en cuyos míseros vestidos  
 De cortezas de chopo conociera  
 Ser esclavo; él me vió, y á mi viniera.

## LXIII.

«¡Buen animo, me dice, jóven Griego!»  
 Conocióme en el traje: arrodillado  
 Recorre mis heridas con sosiego;  
 Piensa un poco entre sí, y asegurado:  
 «No las creo mortales» dice: luego  
 Sacando del zurrón un perfumado  
 Bálsamo, las lavó con agua clara,  
 Y con ojas, por vendas, las atára.

## LXIV.

»Mi languidez fué tal que no podia  
 Mostrar la gratitud de otra manera  
 Que en mi fijo mirar con que exprimia  
 La admiracion. En tanto á la ribera  
 Sus olas nuevamente el mar volvía :  
 Esto en grande embarazo le pusiera,  
 Porque entrar no queria tierra adentro,  
 Recelando del bárbaro el encuentro.

## LXV.

»Entonces en la arena vió encallada  
 La nasilla de un Franco, y animoso,  
 No obstante que de edad era avanzada,  
 Me carga á sus espaldas cuidadoso.  
 La marea se acerca, el barco nada ;  
 Recuéstame en las tablas, é ingenioso,  
 Del trozo de una pica haciendo un remo,  
 Va guiando el batel con arte extremo.

## LXVI.

»De la marea el barco conducido  
 Sube un rio cercado de florestas,  
 Paraje del esclavo conocido.  
 Salta al agua ; otra vez me toma á cuestras,  
 Y me conduce á un antro de él sabido.  
 Allí de musgo y ojas bien dispuestas  
 Me prepara la cama, me echa encima,  
 Y con dulce licor me reanima.

## LXVII.

«Pobre infeliz! me dice compasivo  
 »Hablándome en mi lengua: esme forzoso  
 »Dejaros esta noche, que un motivo  
 »Me obliga á separarme poderoso.  
 »Pero mañana espero hallaros vivo,  
 «Y daros faustas nuevas: del reposo  
 »Disfrutad entre tanto la dulzura.»  
 Dice, parte, y se pierde en la espesura.

## LXVIII.

«Por Hércules! Demódoco dijera;  
 »No sin causa de mí fueron queridos  
 »Los hijos de Esculapio en gran manera.  
 »Ellos son generosos, comedidos,  
 »Y poseen la ciencia verdadera  
 »De arcanos á los hombres escondidos.  
 »Entre los profesores de Epidauro  
 »Se cuenta al Dios, al héroe y al centauro.

## LXIX.

»Dime, hijo mio, el nombre de ese amable  
 »Y benéfico Franco, que imagino  
 »Que á Júpiter no halló muy favorable  
 «Al pesar la balanza del destino.  
 » Mas ¿quién resiste al Hado inexorable?  
 »Nómbreme luego, pues, á ese divino  
 »Libertador que honrarle deseára  
 »Segun á Macaon Néstor honrára.»

## LXX.

«Haroldo entre los Francos se llamaba,  
 Eudoro le responde con agrado:  
 Apenas la primera luz brillaba,  
 Le ví venir aprisa, acompañado  
 De una dama que púrpura arrastraba,  
 Semblante magestuoso, aire mezclado  
 De piedad y barbarie, que ofrecia  
 Estraña y singular fisonomía.

## LXXI.

«Mostraos, jóven Griego, agradecido,  
 »El esclavo me dice, á la piadosa  
 »Muger de Faramundo que ha obtenido  
 »Se os salve la vida, y cuidadosa,  
 »Por libraros del bárbaro temido,  
 »En vuestra busca viene cariñosa:  
 »Así, cuando del todo esteis curado,  
 »Su cautivo sereis fiel y obligado.»

## LXXII.

»Algunos siervos ví que luego entraron,  
 Y tendiéndome en ramas enlazadas,  
 Al Campo de los Francos me llevaron.  
 A pesar de las olas encrespadas  
 Sus tribus las legiones rechazaron,  
 Y á retirarse fueron obligadas.  
 Quince dias marchamos de contino  
 Por montes y florestas sin camino.



## LXXIII.

»No os diré las penas que pasára  
 En marcha tan veloz, pues arrojado  
 En los carros de heridos, me encontrára  
 La mas parte del tiempo desmayado.  
 Mas luego que el reposo principiára  
 A volverme el sentido, acongojado  
 La vista en torno mio dirigiendo,  
 Miré mi posicion y estado horrendo.

## LXXIV.

»Esclavo entre los bárbaros, me hallaba  
 Entre montes y breñas, recluido  
 En una baja choza que cercaba  
 Un vallado de arbustos construido.  
 De trigo una bebida que amargaba,  
 Pan hecho de cebada y mohécido,  
 Algun trozo á la vez de cabra ó ciervo,  
 Era todo el comer de un triste siervo.

## LXXV.

»Así la providencia sabia y recta  
 Del que todas las cosas considera  
 Me hizo satisfacer con ley perfecta  
 Las delicias que en Neápoli tuviera.  
 La estrechez de la choza sucia é infecta,  
 La vista de los Francos torva y fiera  
 Y el hedor pestilente que exhalaban,  
 Los perfumes y olores compensaban.

## LXXVI.

«El anciano cautivo no podía,  
 De continuos afanes ocupado,  
 Visitarne las veces que quería.  
 Mas ya de mis heridas recobrado,  
 Una tarde me anuncia que sería  
 Al campo con los siervos enviado.  
 «Animo! me añadió, tened firmeza,  
 «Que el cielo ayudará vuestra flaqueza.»

## LXXVII.

«Esta ingrata noticia vivamente  
 Me agitó. Mil proyectos ideaba  
 De salvarme, mas todos vanamente.  
 ¿Cómo poder salir de donde estaba?  
 La noche pasé insomne; solamente  
 A dormirme hacía el alba principiaba,  
 Cuando siento una voz bronca y esquiva:  
 «¡Siervo romano, levantad, arriba!»

## LXXVIII.

«Levantándome luego, por vestido  
 La piel me echan al hombro de una fiera;  
 Danme para comer un pez podrido,  
 Y un cuerno en que beber agua pudiéra.  
 Con los otros esclavos reunido,  
 Al monte les seguí, donde les viera  
 Juntar ojas y ramas por el suelo,  
 Sacándolas con pena de entre el hielo.

## LXXIX.

«Los siervos con señales me invitáran  
 A trabajar, atando con corteza  
 Los haces y montones que juntáran.  
 Mas luego conociendo mi rudeza,  
 Con un pesado haz se contentáran  
 De cargar mis espaldas: mi fiereza  
 De este modo la frente al yugo inclina  
 Que poco hiciera coronó la encina.

## LXXX.

«Cargado de este peso caminaba  
 Por la nieve, descalzo y aterido  
 Del cierzo que mis lágrimas helaba.  
 En un ramo de roble sostenido  
 Arrancado del haz que me agoviaba,  
 Dirigia mis pasos abatido,  
 Cual viejo á quien la edad encorva y rinde,  
 Por montes sin camino, senda ó linde.

## LXXXI.

«Ya pronto á sucumbir de desaliento,  
 De repente al cautivo ví á mi lado  
 Que con sola su vista me dió aliento.  
 No obstante que su haz es mas pesado,  
 Se me acerca tan plácido y contento.  
 «Sin duda, me pregunta, habeis hallado  
 «El peso que llevais, poco ligero;  
 «Mas el uso os lo hará mas llevadero.»

## LXXXII.

»Admirado de verle así animoso,  
 Conforme siempre é igual en la dureza  
 De estado tan misérrimo y penoso,  
 No pude ya ocultarle mi estrañeza.  
 Arrojando su carga presuroso,  
 Frota dos palos secos con destreza,  
 Saca lumbres, enciende un grande fuego,  
 Y sentados su historia contó luego.

## LXXXIII.

»Pero ¿quién pensais fuese el esforzado  
 Y venerable anciano que sufría  
 Con tal resignacion su triste estado  
 Y tanta caridad en él se viera?  
 Ya sabeis de aquel inclito soldado  
 De la legion Tebea que pudiera  
 Salvarse por milagro de la muerte:  
 Este era Zacarías bravo y fuerte.

## LXXXIV.

»El me dijo la escena prodigiosa  
 De aquellos cuatro mil (9) y mas guerreros,  
 Brabos en la batalla temerosa,  
 Tendiendo su cerviz como corderos.  
 ¡O fuerza de la gracia poderosa!  
 El solo entre los otros compañeros  
 De un fin pudo salvarse tan sangriento  
 Para ofrecer despues otro portentoso.

## LXXXV.

»Por Dionisio en las Gaulas acogido,  
 Luego le destinó á servir en la ara  
 Del Dios por quien habia combatido.  
 Mas el cielo á otra parte le llamára:  
 Hallando una muger cuyo marido,  
 Esclavo entre los Francos, la dejára  
 Con tres infantes tiernos, compasivo  
 Fué á ponerse en su plaza por cautivo.

## LXXXVI.

El me contó los frutos abundantes  
 De la gracia en terreno tan fecundo;  
 Poniendo entre sus triunfos mas brillantes  
 A Clotilde muger de Faramundo.  
 «Mirad, dijo, de bárbara que era antes,  
 »Ahora ofrece un ejemplo sin segundo  
 »De modestia y virtud esclarecida,  
 »Y á sola su bondad debeis la vida.

## LXXXVII.

»Y es posible, me añade, que nacido  
 »En ese clima dulce y apacible,  
 »Tan cercano al país favorecido  
 »Del Señor, os mostreis mas insensible  
 »A su gracia y aviso repetido  
 »Que este bárbaro tosco é impasible?  
 »¡Hijo mio! en sus luces celestiales  
 »El remedio hallareis á vuestros males.»

## LXXXVIII.

«Padre mio! exclamé todo turbado  
 «De vergüenza y pesar sobrecogido:  
 «Vuestro cargo es en tanto mas fundado  
 «En cuanto hablais á un fiel envilecido.  
 «Yo soy cristiano, sí; mas olvidado  
 «De esa divina ley en que he nacido,  
 «No supe ser feliz cuando culpable,  
 «Y ahora soy infeliz y miserable.»

## LXXXIX.

«Jesucristo! Dios mio! esclama el santo,  
 «Levantando sus manos hácia el cielo:  
 «¿Es posible me deis consuelo tanto  
 «Que vea un siervo vuestro en este suelo?  
 «Enjugad, hijo mio, vuestro llanto,  
 «Que el Señor es benigno y con anhelo  
 «Recibe al pecador que humilde implora  
 «Su proteccion y sus pecados llora.»

## XC.

«Desde entonces, doblando su cuidado  
 El santo con amor caritativo,  
 Jamás se separaba de mi lado,  
 Ayudándome en todo compasivo.  
 Mi pecho se sentia consolado,  
 Y ya llevo las penas del cáutivo  
 Con mas resignacion desde que via  
 Que un Confesor conmigo las sufria.

## XCL.

«El me hizo ver tambien la ilustre esposa  
 Del viejo Faramundo, que advertida  
 Me recibió benigna y obsequiosa.  
 De mi estado infeliz compadecida,  
 Hizo me releváran la penosa  
 Tarea, y me empleasen en seguida  
 Con los siervos que van en comitiva  
 Del Rey cuando á la caza al campo iba.

## XCII.

«En esta caza á veces sucedia  
 Hallar la libertad tan deseada  
 El siervo que en valor se distinguia,  
 Prenda de aquellos bárbaros amada.  
 Yo tuve la feliz suerte que un dia,  
 Yendo al lado del Rey, de una estocada  
 Maté á sus pies un oso corpulento,  
 Y él me declaró libre en el momento.

## XCIII.

«Ya entonces la risueña primavera,  
 Animando los bosques y los prados,  
 De los combates la época volviera.  
 Los jefes de los Francos congregados  
 En la isla (10) en que á Herta se venera  
 Despues de varios choques y altercados,  
 Por la paz finalmente se inclináran,  
 Y á ofrecerla á Constancio me enviáran.

## XCIV.

«De Clotilde en la noche despedido,  
 Por no dar tiempo al cambio, á el otro día  
 Partí, por Zacarias conducido  
 Que me hizo hasta las Gaulas compañía.  
 En vano de su suerte condolido  
 Le insté á que me siguiésemos: á mi porfía  
 Me respondió cogiendo á nuestra marcha  
 Un lirio que apuntaba entre la escarcha.»

## XCV.

«Mirad, dijo, esta flor que simboliza  
 »La tribu de los Salios, cómo crece  
 »En medio de la nieve, y rivaliza  
 »Con ella en la blancura: así florece  
 »La virtud que la vida inmortaliza,  
 »Como á esta flor la escarcha la emblanquece,  
 »Así espero después de prueba dura  
 »Se presente al Señor mi alma pura.»

## XCVI.

«Dichas estas palabras, con la mano  
 Señalándome el cielo en que algún día  
 Debiéramos vernos, el anciano  
 Se separó de mí. Así instruía  
 El divino Maestro del cristiano  
 Sus Apóstoles rudos cuando hacia  
 Hablar la yerba y el heno de los prados  
 Y los lirios del valle delicados.»



# NOTAS.



## Octava I.

### Habita el Franco indómito y valiente

(1) Los antiguos Francos habitaban del otro lado del Rin, en la parte de la Germania que confina con la Bélgica y la Holanda. Eran de origen Celta, y fueron llamados Francos, segun Libanio por lo bien que sufrían las fatigas de la guerra. De ellos tomó despues el nombre de Francia el país que antes se llamaba las Galias. Eran pueblos indómitos y salvages, que venían en ferocidad, dice Nazario, á todos los otros bárbaros; miraban la paz como una calamidad horrible: en el mar y entre las tormentas vivían tan sossegados como en tierra; y preferían los hielos del Norte á los climas de la mas dulce temperatura. Constantino el grande, segun dice Porfirogenotes, dió una ley por la cual se permitía á los Emperadores Romanos contraer matrimonio con las hijas de los Francos.

## Octava VIII.

### Y los Triarios con picas aguzadas.

(2) Véase á Polibio y Vegecio acerca del ejército y armadura de los Francos.

## Octava X.

### De ligeros corceles los hijares

(3) Los caballos de España han sido siempre celebrados por su hermosa planta y ligereza. Estrabon dice que los caballos Celtiberos eran tan veloces como los de los Partos. Tambien ha sido famoso el temple de las espadas Ibéras, á cuyo corte no habia casco, broquel ó coraza que resistiese.

## Octava XI.

### Tiritaban de frio poseidos.

(4) Como nacidos y criados en el ardiente clima de Africa. La clámide era una especie de camisa ó túnica ligera.

## Octava XVII.

### Con la frámea, por mango un medio roble,

(5) La frámea era una especie de lanza, ó segun otros de dardo ó jabalina.

El ongon era un dardo con dos garfios que lanzaba el Franco al escudo del enemigo, ordinariamente aferrado de pieles, en las cuales se clavaba: el Franco se agarraba de la otra estremidad, y forcejeando á uno y otro lado obligaba al enemigo á descubrir la cabeza ó el pecho, y entonces ó le pasaba con la frámea, ó le hendía la cabeza con la francisca. Era esta una hacha de dos cortes, arma propia de los Francos, de quienes tomó el nombre.

### Octava XVIII.

Los bárbaros el cúneo habian dispuesto;

(6) De este cúneo, ó especie de falange, en que se formaban los Francos para romper las huestes enemigas, habla Tácito en el cap. 51 de *moribus*.

### Octava LVI.

Ser padre de su Príncipe, enviára

(7) Creian los Francos que Merovéo era el fruto de un comercio secreto de la esposa de Clodion con un monstruo marino. *Epitom. Hist. Franc.*

### Octava LVII.

Sus bateles de cuero al mar botando,

(8) El mismo Tácito hace mencion de estos débiles bateles, los cuales tenian dos proas. Sidonio dice que los bajeles Sajónes estaban aferrados por fuera con pieles de animales

### Octava LXXXIV

De aquellos cuatro mil y mas guerreros

(9) La legion Tebéa, llamada así porque se habia levantado en la Tebaida ó en el Egipto superior, se componia en sentir de San Eustaquio de seis mil seiscientos sesenta y un soldados; cuyo número eleva hasta diez mil el autor de las Vidas de los Padres, Albano Bütler. Todos eran cristianos y tenian por comandante á San Mauricio, y por cabos principales á los Santos Exuperio y Cándido. En el año 286 de la era cristiana, habiéndose rebelado en las Galias los pueblos Bagaudos, Diocleciano envió contra ellos á Maximiano, á quien el año antes habia creado Cesar, y ahora acababa de asociársele al imperio. Para que no quedase desairado en esta expedicion, hizo Diocleciano que pasase del Oriente al Occidente la legion Tebéa, considerada como el mejor cuerpo de tropas del ejército, y la entregó á Maximiano. Pasó esto los Alpes, y queriendo dar un descanso al ejército, acampó en Octodara, hoy Martíni en el Valais; en cuyo punto ordenó que todo el

ejército hiciese un sacrificio á los dioses para hacerles favorables á las armas del imperio. Por evitar este compromiso, la legion Tebéa se alejó de Octodura, y se fué á acampar á tres leguas de allí, en las inmediaciones de Agauna. El Emperador dió la orden de que volviese á tomar parte en el sacrificio: la legion se resistió á hacerlo, y Maximiano la mandó diezmar. Esta primera decimacion fué seguida de una segunda, que no produjo mas efecto. El Emperador hizo decir á la legion que era de su mayor interes el que se rindiese, y que todos perecerian si continuaban en su desobediencia. Los soldados cristianos, animados por sus jefes, le enviaron por respuesta: "Señor, soldados vuestros somos; pero al mismo tiempo somos siervos del verdadero Dios. A Vos os debemos el servicio militar, y á él el homenaje de un corazon puro y fiel. De Vos recibimos la paga, y de él tenemos la vida. Nosotros hemos visto degollar á nuestros compañeros sin lamentar su muerte, antes nos hemos alegrado de la dicha que han tenido en morir por su religion. La extremidad á que se nos reduce, no podrá hacer que nos rebelemos; y aunque empuñamos las armas, no sabremos resistirnos, porque preferimos morir inocentes á vivir culpables., Como lo prometieron, así lo ejecutaron: porque habiendo hecho Maximiano embestirles por su ejército todos rindieron las armas, y se dejaron degollar sin oponer ninguna resistencia. La tierra se cubrió de cadáveres, y por todas partes corrian arroyos de sangre inocente.

La verdad de esta historia comprobada por los testimonios mas auténticos, ha sido sin embargo contestada por algunos protestantes; pero sus dudas y cavilaciones no podrán robar á la Iglesia el bello blason que la resulta de tan glorioso triunfo.

No se dice en la historia que se salvase alguno de esta carniceria general; antes por el contrario, un soldado veterano, por nombre Victor, que habia estado ausente, habiendo llegado al campo á la sozon que los gentiles se ocupaban en despojar á los muertos, exclamó sin poderse contener: "desgraciado de mi! que si hubiera llegado una hora antes, tendria parte en su triunfo., Por cuyas palabras se conoció que era cristiano, y fue sacrificado como todos los demas. Chateaubriand supone por ficcion poetica lo que pudo ser muy probable, que alguno de ellos se salvára entre los montones de muertos: este es Zacarias.

Y el sol sus rayos ligeros vibraba

En los umbrosos de Arvalis, y no se oía

De las cañeras aves el gorgorito

Ocultas en los bosques de Arbo

## Octava XCIII.

## En la isla en que á Herta se venera

(10) *Herta*, divinidad de los Germanos, era la misma que la tierra. Estábase consagrada la isla *Casta*, una de las islas del mar Báltico en las costas de *Suecia*

# LOS MÁRTIRES.

## CANTO SESTO.

### SUMARIO.

*Interrupcion de la historia. Eudoro y Cimodocea principian á amarse. Satanás intenta aprovecharse de este amor para pertubar la Iglesia. El infierno. Asamblea de los demonios. Discursos del demonio del homicidio, del de la falsa sabiduria, y del de los placeres. Arenga de Satanás. Disuélvese el congreso, y los demonios se esparcen sobre la tierra.*

## CANTO VI.

### I.

**S**u grata historia Eudoro así contaba  
Con gusto de la amable compañía  
Que de su dulce hablar pendiente estaba.  
Mas ya la hora nona era del día,  
Y el sol sus rayos igneos vibraba  
En los montes de Arcadia, y no se oía  
De las canoras aves el gorgéo  
Ocultas en los bosques del Alfeo.

## II.

Entonces al hogar hospitalario  
 Dar la vuelta Lasténes propusiera,  
 Dejando que su historia y caso vario  
 Eudoro al dia siguiente prosiguiera.  
 La isla dejando y el altar binario,  
 En silencio á la casa se volviera;  
 Apenas se hizo oír en todo el curso  
 Del dia voces sueltas sin discurso.

## III.

El Obispo de Esparta contemplaba  
 Los medios que empleó la Providencia  
 Para llamar á Eudoro, y admiraba  
 Su justicia hermanada á la clemencia.  
 Grave afliccion no obstante le aquejaba,  
 Sabiendo por su historia la influencia  
 Que en Galerio Hierócles ejercia,  
 Y un porvenir funesto presentia.

## IV.

Lejos de estar tranquilo, Eudoro siente  
 Su pecho mas turbado y mas inquieto,  
 Que de nuevo le inflama fuego ardiente.  
 E ignorando ser obra del decreto  
 Sus penitencias dobla inutilmente;  
 A través de su llanto el bello objeto  
 De la hija de Homero le aparece  
 Y con nuevos encantos le enardece.

## V.

La jóven Profetisa por su lado  
 En su seno sencillo é ignorante  
 Probaba sentimiento duplicado.  
 Su espíritu se abria á la brillante  
 Razon del cristianismo, y animado  
 Su corazon sentia al mismo instante  
 Varia y dulce emocion que la enajena  
 Y de vivas ideas su alma llena.

## VI.

«Padre mio! esclama enternecida  
 »Abrazando al anciano: ¿qué divino  
 »Estranjero es aqueste que en su vida  
 »Sufrió tantos reveses del destino?  
 »¿Y dónde estabas tú, Musa, escondida  
 »Que no hiciste cayeran de continuo  
 »Las indignas cadenas que oprimieron  
 »Las manos que la palma merecieron?

## VII.

»Mas vos, sacro Pontífice de Homero,  
 »Que en los cultos teneis inteligencia,  
 »Decidme, si podeis, de este guerrero  
 »Cuál es la Religion y sacra ciencia.  
 »El nos habla de un Dios á quien venero,  
 »Porque ampara el honor y la inocencia,  
 »Condena los amores licenciosos,  
 »E inspira sentimientos generosos.

## VIII.

»Vamos, pues, á los templos, y en el ara  
 »De Apolo que conoce lo secreto  
 »Y el arcano recóndito declara,  
 »Del Hado preguntemos el secreto.  
 »Puede ser que el oráculo indicára  
 »Un grato porvenir.... Mas ¿es discreto  
 »En jóven tierna preguntar al cielo,  
 »Corriendo del pudor el casto velo?»

## IX.

Diciendo estas palabras la doncella,  
 Sus mejillas el llanto humedecía,  
 Mostrándose al dolor mucho mas bella.  
 El cielo estas dos almas así unia,  
 Prendiendo al mismo tiempo la centella  
 Del amor inocente que debía,  
 Juntándolas con vínculo perfeto,  
 A la Iglesia alcanzar honor completo.

## X.

De este amor santo Lucifer pensaba  
 Al cristiano excitar cruda tormenta ;  
 Mas su plan el Altísimo tornaba  
 En gloria suya y del abismo afrenta.  
 El ángel de tinieblas acababa  
 De visitar entonces con atenta  
 Vigilancia los templos del engaño,  
 En todos advirtiendo grande daño.



## XI.

Del antro de Trofonio (1) presuroso  
 Pasára á la caverna Sibilina  
 Y al oráculo Déléfco famoso.  
 Tambien vió del Teút la sacra encina,  
 El vasto subterráneo tortuoso  
 De Mitra, Visnoué é Isis divina,  
 Con todos los demas célebres santuarios  
 Que ve por todas partes solitarios.

## XII.

Satanás se estremece contemplando  
 La ruina que á sus templos amenaza;  
 Mas lleno de furor ciego, execrando,  
 Antes que á su rival ceder la plaza,  
 Pronuncia el juramento mas nefando.  
 Revolviendo en su mente varia traza,  
 Deja con rapidez nuestro hemisfério,  
 Y descende á su oscuro y triste imperio.

## XIII.

Como se ve á la boca de la sima  
 Del Vesubio un peñasco calcinado  
 Que á las cenizas muertas mal se arrima,  
 Si el azufre y betun siendo inflamado,  
 Hierve el volcan, conmuévese la cima,  
 Parténope dá brincos, y arrancado  
 El peñasco se hunde al punto mismo;  
 Así cayó Satan en el abismo.

## XIV.

Mas rápido que el mismo pensamiento  
 Atraviesa el espacio inmensurable  
 Dó tiene el Cáos tímido su asiento,  
 Y llega á esta region abominable,  
 Y Sepulcro de la muerte y nacimiento,  
 Tierra de maldicion y miserable,  
 Cargada con las iras del Eterno,  
 Donde un horror habita sempiterno.

## XV.

A través de este abismo tenebroso,  
 Sin ruta ni camino señalado,  
 Satanás se dirige presuroso  
 Del peso de su crimen arrastrado.  
 Aun no ve el resplandor caliginoso  
 De la llama infernal, y ya han llegado  
 A su oído los míseros acentos  
 Que arrancan á las almas los tormentos.

## XVI.

A este primer clamor del llanto eterno  
 Lucifer se detiene estremecido,  
 Que hasta á su mismo Rey pasma el infierno.  
 Los gritos de aquel pueblo sometido  
 Para siempre á su mísero gobierno,  
 Hieren el corazon endurecido  
 Del arcángel rebelde: breve instante  
 Á la piedad se abrió y dolor punzante.

## XVII.

«¡Yo soy, exclama, el que de tantos males  
 »A los tristes humanos he cargado!  
 »Yo cavé estas mazmorras infernales  
 »En que habita el dolor! ¡Sin mí ignorado  
 »Hubiera sido el mal de los mortales!  
 »Y ¿qué motivo el hombre infortunado  
 »Me dió para quitarle su ventura?  
 »¡Ah pobre y desgraciada criatura!»

## XVIII.

Satan iba á seguir en el lamento,  
 Que le arranca un pesar infructuoso;  
 Mas la boca que se abre á aquel momento  
 Del abismo inflamado y pavoroso,  
 Le hace luego mudar de pensamiento.  
 Un fantasma se lanza monstruoso  
 Al dintel de la puerta gruesa y fuerte  
 Con ademan horrendo: esta es la muerte.

## XIX.

Allí se deja ver como una oscura  
 Y trasparente sombra, colorada  
 Con la llama infernal, pues su armadura  
 De huesos descarnados figurada  
 Deja pasar la luz lívida é impura.  
 Su cabeza horrorosa está adornada  
 Con diadema de perlas y brillantes  
 Que robára á los Reyes mas brillantes:

## XX.

Compañera del crimen, ella cierra  
 Las puertas que aquel abre del infierno,  
 Y con los hombres tiene cruda guerra.  
 Así, cuando Satan bajó al averno  
 Despues de recorrer toda la tierra,  
 El monstruo presintió con gozo interno  
 Su llegada, y saliendo presuroso,  
 Este saludo le hace temeroso:

## XXI.

»Padre mio! le dice, mi orgullosa  
 »Cabeza siempre erguida y espantable  
 »Solo ante vos se inclina respetosa.  
 »¿Venís á hartar el hambre inaguantable  
 »De vuestra hija tierna y cariñosa?  
 »Ya sabéis que mi sed es insaciable:  
 »Pero vos, como padre sin segundo,  
 »Me dareis á tragar un nuevo mundo.»

## XXII.

A vista de este escuálido esqueleto  
 Satan vuelve la cara horrorizado,  
 Huyendo de abrazar tan feo objeto.  
 Con su lanza le aparta hácia otro lado,  
 Y le dice al pasar: «No estes inquieto,  
 »Fiero monstruo, el ardor será saciado  
 »De esa rabiosa sed que te devora  
 »Con la sangre de aquel que al cielo adora.»

## XXIII.

Dichas estas palabras temerosas,  
 Lucifer se encamina con presteza  
 Por campiñas desiertas y ardorosas,  
 Y llega á la mansion de la tristeza.  
 A su vista las llamas pavorosas,  
 Cobrando nuevo ardor, con mas viveza  
 Atormentan al réprobo lascivo  
 Que pensaba no haber dolor mas vivo.

## XXIV.

Así en la yerma Zara el Africano  
 Cuya sangre inflamó huracan sin lluvia,  
 Sofocado de sed, se echa en el llano  
 En medio de la sierpe y león de Nubia:  
 Exangue, de la muerte ya cercano,  
 No piensa hay mas penar, cuando entre rubia  
 Nube ofuscado sol su llama arroja  
 Y principia á sufrir nueva congoja (2).

## XXV.

Mas ¿quién podrá decir todo el espanto  
 Que habita en estas lóbregas cavernas,  
 Moradas inmortales del quebranto?  
 ¡Donde en medio de llamas sempiternas  
 Las almas incombustas cual amianto  
 Arden sin consumirse, siempre eternas,  
 Sintiendo los dolores mas punzantes,  
 Y lanzando alaridos penetrantes!

## XXVI.

Satan acostumbrado á estos clamores  
 Distingue á cada grito en el acento  
 La falta castigada y los dolores.  
 El conoce la voz del avariento  
 Que pide un poco de agua á sus ardores.  
 Tambien oye, burlándose, el lamento  
 Del pobre que reclama con fiereza  
 La gloria que se debe á su pobreza.

## XXVII.

«Insensato! le dice: ¿tú pensabas  
 »Que á la virtud suplía la indigencia?  
 »¿Mi imperio solo abierto imaginabas  
 »Al lujo, á las riquezas y opulencia?  
 »Miserable! con esto te llenabas  
 »De mentira, de orgullo, de insolencia,  
 »Y abriste el corazon á baja envidia:  
 »Paga, pues, con los ricos tu perfidia.»

## XXVIII.

Mas el fuego exterior no es el tormento  
 Que mas hiere y aflige al condenado.  
 Sus dolores reciben nuevo aumento  
 Al verse eternamente separado  
 De la mansion del gozo y del contento.  
 De la vision de Dios siempre privado,  
 Cuya cicha inmortal conoce ahora,  
 La angustia de la muerte le devora.

## XXIX.

A este dolor se junta la punzante  
 Memoria de los tiempos ya pasados,  
 Que sin cesar le pone por delante  
 Los avisos del cielo despreciados,  
 La gracia inútilmente coadyuvante,  
 Los días y los años malogrados,  
 Y el modo con que pudo en su momento  
 La dicha merecer y no el tormento.

## XXX.

Las súplicas también que amistad tierna  
 De la tierra al Señor envía al cielo,  
 En vez de mitigar su pena interna,  
 Le doblan el dolor y el desconsuelo.  
 Entonces la Justicia sempiterna  
 Permite alguna vez tenga el consuelo  
 De venir á anunciar á los mortales:  
 «Estoy juzgado, no aumenteis mis males. (3)

## XXXI.

En el centro del tártaro espacioso,  
 En medio de una mar de sangre y llanto  
 Encima de un peñasco salitroso,  
 Se levanta el alcázar del Espanto  
 Que edificó la Muerte al pavoroso  
 Monarca de este imperio del quebranto,  
 Dominando las hórridas comarcas:  
 A sus puertas de guardia están las Parcas.

## XXXII.

Apenas los guardianes espantosos  
 Vieron venir su Príncipe tremendo,  
 Alzando unos martillos poderosos  
 Los dejaron caer con grande estruendo.  
 Otros monstruos adentro mas nerviosos,  
 A quienes dió el gentil el nombre horrendo  
 De Furias, con serpientes encubiertas,  
 Abren con ronco estrépito las puertas.

## XXXIII.

Entonces se presenta en vasto fondo  
 Larga fila de pórticos oscuros,  
 Semejantes al antro opaco y hondo  
 Donde hacia criar monstruos impuros  
 El Sacerdote egipcio: azufre hediondo  
 Colora con luz pálida sus muros,  
 Y en sus bóvedas suena el estallido  
 Del incendio que rompe enfurecido.

## XXXIV.

En el primero de estos corredores  
 Sobre cama de hierro yace quieta  
 La inmensa Eternidad de los dolores.  
 Su corazon no late; una ampolleta (4)  
 Empuña, por medida á sus rigores,  
 Que no niega jamás; su boca inquieta  
 Solo sabe decir esta voz: ¡NUNCA!  
 Que resuena por la hórrida espelunca.



## XXXV.

Luego que el Soberano del infierno  
 Entró en su habitacion negra é impura,  
 Mandó á los alguaciles del averno  
 Convocar el senado con premura.  
 Al espantable son del rauco cuerno  
 Cada jefe se agita y se apresura  
 Por llegar á la sala del consejo,  
 Seguido de sus guardias y cortejo.

## XXXVI.

Allí se vé á Moloc (5) contaminado  
 Con sangre humana, y Camos el obsceno  
 Terror del Moabita infortunado;  
 Astarot, de lascivia inmunda lleno;  
 Tamut, de los Sidonios venerado;  
 Júpiter, cuya voz imita al trueno;  
 Neptuno, Belfegor, Baal, Astarte,  
 Anúbis, Erminsúl, Vulcano y Marte.

## XXXVII.

No ya como ese lúcido planeta  
 Que anuncia de la aurora el nacimiento,  
 Sino como un mortífero cometa  
 El infernal monarca toma asiento  
 En medio de la turba que está inquieta  
 Por saber á que ha sido el llamamiento.  
 El les pone silencio con la mano,  
 Y su arenga despues principia ufano:

## XXXVIII.

- «Dioses de las naciones poderosos,  
 «Serafines y Tronos eminentes,  
 «Potestades y Príncipes gloriosos,  
 «Caudillos memorables y valientes,  
 «Guerreros todos fuertes y animosos,  
 «Que habeis en otro tiempo armipotentes,  
 «La enseña del honor enarbolado:  
 «El dia de la gloria es hoy llegado! (6)

## XXXIX.

- «Desde el momento aquel en que atrevido  
 «Rompí este vergonzoso cautiverio  
 «Dó creyera tener envilecido  
 «Nuestro comun tirano, nuevo imperio  
 «Ganar en pró de todos he sabido.  
 «Ya veis que en el terraquéo hemisferio,  
 «A pesar del que todo lo gobierna,  
 «El hombre ante mis plantas se prosterna.

## XL.

- «Por salvar esa raza miserable  
 «Nuestro perseguidor se vió obligado  
 «A enviar el Mesfas formidable  
 «Que en nuestro reino mismo entrára osado.  
 «Mas si en aquel momento favorable  
 «Vuestra audacia me hubiera secundado,  
 «Yo le habria cargado de cadenas,  
 «Y aquí participára nuestras penas.

## XLI.

»La guerra hubiese entonces concluido:  
 »Mas tan bella ocasion desperdiciada,  
 »Vamos á reparar nuestro descuido.  
 »La Cruz por todo lado es ensalzada,  
 «Y hace tales progresos que he temido  
 »Que en nuestros mismos templos tenga entrada.  
 »Corramos todos, pues, á combatirla,  
 »Y pensemos los medios de abatirla.»

## XLII.

Así blasfema el ángel orgulloso  
 De Jesús en aquella noche eterna  
 Que bajando al infierno victorioso  
 Con sola su mirada le consterna.  
 Entonces, mas que todos temeroso,  
 Buscaba la mas lóbrega caverna,  
 Y con todo su orgullo se dejára  
 Que una muger su erguida frente hollára.

## XLIII.

Cuando con furia y desvergüenza tanta  
 Su discurso Satan hubo acabado,  
 El demonio Homicida se levanta.  
 Su rostro en sangre lívida bañado,  
 Su torcido mirar y voz que espanta,  
 Muestra en este espíritu malvado  
 El deseo de muertes que le agita  
 Y los planes siniestros que medita.

## XLIV.

Así en el mar que baña el nuevo mundo,  
 Enorme tiburón ves persiguiendo  
 Su presa entre las olas iracundo:  
 Si esta acaso las alas extendiendo  
 Se remonta á los aires, furibundo,  
 Al mirarse burlado, el monstruo horrendo  
 Lanza de espuma y humo un torbellino,  
 Que amedrenta de lejos al marino.

## XLV.

«¡A que deliberar! furioso esclama;  
 »Para acabar con todos los cristianos,  
 »¿Hay mas medio que el hierro y que la llama?  
 »¡Dioses de las naciones soberanos!  
 »Dejad que la ira ardiente que me inflama,  
 »Se sacie exterminando esos insanos,  
 »Y bien pronto vereis restablecido  
 »El culto á nuestros ídolos debido.

## XLVI.

«El Príncipe que el Hado en su decreto  
 »Destina á gobernar el vasto imperio  
 »De Roma, á mi poder está sujeto.  
 »Yo excitaré la rabia de Galerio;  
 »La sangre correrá en torrente infecto;  
 »Y por medio del hierro y del cauterio  
 »Vereis como consumo la victoria  
 »Que Satan principió con tanta gloria.»

## XLVII.

Dice, y todas las ansias del infierno  
 Se pintan en su cárdeno semblante.  
 Herido el corazón con mal interno,  
 Arroja un alarido penetrante  
 Que estremece los antros del averno.  
 Un sudor á la sangre semejante  
 Sobre su frente lívida se advierte  
 Con la extrema agonía de la muerte.

## XLVIII.

Entonces el demonio del Engaño  
 Con grande confianza de sí mismo  
 Se levanta á su vez con aire extraño.  
 De todos los poderes del abismo  
 El es quien hizo al hombre mayor daño,  
 Porque el monstruo engendró del Ateísmo  
 De un incesto nefando con la Muerte.  
 Su dictámen propone de esta suerte:

## XLIX.

«Monarca del infierno: bien sabido  
 »Os es cuanto aborrezco la violencia  
 »Que para cosa buena no ha servido.  
 »La blandura, el discurso, la elocuencia  
 »El triunfo nos darán apetecido.  
 »Dejad que yo derrame de mi ciencia  
 »Los principios y máximas fatales  
 »Que relajan los vínculos sociales.

## L.

«Hierocles, el ministro predilecto  
 »De Galerio, en mis manos arrojado,  
 »Sabrá poner en planta mi proyecto.  
 »El Ateismo, ese hijo bien amado,  
 »En mi ayuda vendra, y con su aire infecto  
 »Corrompiendo el linaje depravado,  
 »Obligará al Eterno á que confunda  
 »Esa raza desleal por vez segunda.»

## LI.

Así hablára este espíritu tremendo,  
 Y todos los demonios aprobaron  
 Con grande bulla y horroroso estruendo.  
 Las mazmorras del orco retumbaron.  
 Las almas de los réprobos oyendo  
 Tamaña griteria, imaginaron  
 Que habian sus verdugos discurrido  
 Algun nuevo tormento nunca oido.

## LII.

Al instante, no viéndose guardadas  
 Ni espectro alguno junto á sí mirando,  
 Corren todas en turba apresuradas  
 Al sanedrin diabólico, arrastrando  
 Sudarios y camisas abrasadas,  
 Rastros de los suplicios. Penetrando  
 Por las altas tribunas, toman puesto  
 Con horrible ademan y fiero gesto.

## LIII.

Satan mismo á su vista horrorizado,  
 llama luego al Espanto truculento,  
 La Venganza feroz del ojo airado,  
 Al Dolor y al cruel Remordimiento,  
 La Arpía y al Espectro ensangrentado  
 Con los demás fantasmas. «Al momento  
 »Volved, grita, esas almas á las penas,  
 »Si no quereis os cargue sus cadenas.»

## LIV.

Inútil amenaza: al condenado  
 Se junta la fantasma inobediente,  
 Queriendo de tan célebre senado  
 Oír la discusion sabia y prudente.  
 Un combate quizás ensangrentado  
 Se podría temer, si de repente  
 No se viera la mano del Eterno  
 Que hace el órden guardar en el infierno.

## LV.

La sombra de su brazo se aparece  
 En la pared del cónclave nefando,  
 Y el tumulto sin más se desvanece,  
 Terror igual en todos penetrando.  
 Al punto mismo el réprobo obedece;  
 Y Satan con su horrible y negro bando,  
 Luego que Dios su mano estensa oculta,  
 Tranquilo vuelve á su infernal consulta.

## LVI.

A su turno el hablar correspondia  
 Al ángel del Deleite, en cuya frente  
 Un rastro de la gloria aun se veia,  
 Con que brilló en el cielo antiguamente  
 En los rangos de escelsa jerarquía.  
 Este genio lascivo é impudente,  
 A quien llaman yá Venus y ya Astarte,  
 Su consejo declara de este arte:

## LVII.

«Deidades del olimpo: cuán odiosa  
 »Me sea esta morada del infierno,  
 »No tengo á qué ocultarlo vergonzosa.  
 »Bien sabeis que jamás contra el Eterno  
 »Nutrió mi pecho idea rencorosa;  
 »Y que solo un amor funesto y tierno  
 »Me hizo seguir al ángel que queria,  
 »En su célebre é infausta rebeldía.

## LVIII.

«Mas ya que con vosotros perdí el cielo  
 »Bajando á estas mazmorras infernales,  
 »Quiero al menos tener algun consuelo  
 »Viviendo en sociedad de los mortales.  
 »Pues ¡cómo soportar sin desconsuelo  
 »La idea de perder mis celestiales  
 »Moradas de Amatonta, Pafos, Tiro,  
 »Reposo del placer, de amor retiro!



## LIX.

»Y ¡cómo consentir que la cruz dura  
 »Se ensalce entre los mirtos y laureles  
 »Y los bosques cubiertos de espesura  
 »Que rodean mis lúbricos vergeles!  
 »Mas ¿á que son mis gracias y hermosura?  
 »Sí: yo sé el medio de acabar los fieles  
 »De los que habeis propuesto bien distinto:  
 »El triunfo lo tendreis en este cinto.

## LX.

»Con él sabre domar á la doncella  
 »Y al rígido eremita en el desierto.  
 »Los zelos, el amor, loca querella  
 »Procederán conmigo de concierto.  
 »Hierocles arde ya con su centella,  
 »Y en un valle de Arcadia he descubierto  
 »Quien disputando su querida prenda  
 »El principio será de la contienda.»

## LXI.

Astarte estas palabras aun no acaba,  
 Y se deja caer sobre su lecho,  
 Sintiendo de la sierpe que ocultaba  
 El agudo agujon que hiere el pecho.  
 El sanedrin en tanto disputaba  
 Sobre los tres consejos, y á despecho  
 La Discordia encendia ya su tea,  
 Cuando Satan perora á la asamblea.

## LXII.

- «Compañeros, les dice, vuestros planes  
 »Son dignos del valor y sagaz mente  
 »De tan cuerdos y bravos capitanes.  
 »Mas en vez de inquirir el mas prudente  
 »Con altercados frívolos é inanes,  
 »Prosigámoslos todos juntamente.  
 »¿Quién nos quita valernos todavía  
 »Del genio del Orgullo é Idolatría?

## LXIII.

- «Yo mismo escitar quiero con mi mano  
 »La ambicion en el alma de Galerio  
 »Y la supersticion en Diocleciano.  
 »Y vosotras, deidades del imperio,  
 »Un esfuerzo haced todas sobrehumano:  
 »Corred, volad por todo el hemisferio,  
 »Excitad en los pueblos ignorantes  
 »El zelo por sus dioses dominantes.

## LXIV.

- «Haced por que los bosques encantados  
 »De Dódona (7) y de Dafne nuevamente  
 »Resuenen con oráculos sagrados.  
 »El amor y el placer con su aliciente  
 »Provoquen los deseos inflamados,  
 »Y con todos los males juntamente  
 »Hagamos á la Cruz furiosa guerra,  
 »Que acabe de existir sobre la tierra.»

## LXV.

Así habla Lucifer : tres veces hiere  
 Su trono con el cetro poderoso ,  
 Y tres veces el cócito trasfiere  
 Su mujido con eco estrepitoso.  
 El golpe el Caos lóbrego rehiere ,  
 Y entreabriendo su seno vorticoso ,  
 Deja pasar un rayo de luz pura  
 Que un instante ilustró la noche oscura.

## LXVI.

La junta se deshace de esta suerte ,  
 Y luego cada jefe va volando  
 A la puerta guardada por la Muerte ,  
 La region del suplicio atravesando.  
 Entre las llamas lívidas se advierte  
 Pasar la turba inmunda como un bando  
 De estos pájaros sucios y dudosos  
 Que dan vueltas en antros tortuosos.

## LXVII.

A la entrada del atrio en que reposa  
 La Eternidad del llanto , está colgada  
 Una lámpara triste y pavorosa  
 Con la celeste cólera inflamada.  
 En esta llama eterna y ardorosa  
 Satan prende su tea abominada ,  
 Y saliendo veloz del atro imperio ,  
 De un bote se plantó en nuestro hemisferio.

## LXVIII.

Luego con esta antorcha el fuego enciende  
 Sobre el altar del ídolo nefando,  
 Y con nuevos oráculos sorprende;  
 La pica se ve á Palas meneando;  
 Baco ajita su tirso; el arco tiende  
 Apolo, el Amor su velo blando;  
 A Júpiter se ve en el capitolio  
 Con mayor magestad sobre su solio.

## LXIX.

El padre del engaño soberano  
 Un espíritu pone de mentira  
 En cada simulacro del pagano;  
 E inspirando su cólera y su ira  
 En sus fieras falanges, inhumano  
 Todo el bando diabólico conspira  
 Con audacia y encono nunca visto  
 Contra el trono y altar de Jesucristo.

## LXXI.



## NOTAS.



### Octava XI.

#### Del antro de Trofonio presuroso

(1) El antro de Trofonio estaba en un bosque cerca de Lebadea en la Beocia. Trofonio era un célebre arquitecto, á quien se atribuye la construcción del templo de Delfos: en reconocimiento de lo cual le concedió Apolo despues de su muerte el don de predecir lo futuro. La gruta en que murió vino á ser el sitio de un oráculo que fué uno de los mas célebres de la Grecia; pero ninguno entraba en ella sin pasar antes por las pruebas mas rigurosas, propias para imprimir terror. Asi era proverbial esta frase en Grecia: "viene del antro de Trofonio,, para decir que uno está serio y pensativo."

### Octava XXIV.

#### Y principia á sufrir nueva congoja.

(2) Véase en el canto VIII la descripción del huracan que sufrió Eudoro en los desiertos del Egipto.

### Octava XXX.

#### «Estoy juzgado: no aumenteis mis males.»

(5) En la vida de San Bruno se refiere que, hallándose este santo en Paris, murió allí un famoso doctor, generalmente reputado por hombre muy virtuoso. Llevado á la Iglesia para darle sepultura, se le estaba cantando el oficio de difuntos, cuando al llegar á la cuarta leccion que empieza *Responde mihi*, el cadáver levantó la cabeza en el féretro, y con voz lastimosa exclamó: "por justo juicio de Dios soy juzgado.,, Esto dicho volvió á reclinar la cabeza como antes. Apoderóse de todos los asistentes un gran terror, y se determinó dilatar para el dia siguiente los funerales. En este dia fué mucho mayor el concurso: volvióse á entonar el oficio, y al llegar á las mismas palabras, volvió el cadáver á levantar la cabeza y á exclamar con voz mas esforzada y lastimera. "por justo juicio de Dios soy juzgado.,, Duplicóse en todos los concurrentes el espanto, y se resolvió diferir la sepultura para el tercer dia. En él fué inmenso el concurso: dióse principio al oficio como los dias precedentes, y cuando se cantaron las mismas palabras, levantó el difunto la cabeza, y con voz verdaderamente horrible y temerosa, exclamó: "por justo juicio de Dios soy condenado al fuego sempiterno.,, El

cancelario Juan Gerson, San Antonino, y los escritores de la Cartuja atribuyen á este milagro la conversion de San Bruno.

### Octava XXXIV.

Su corazon no late; una ampolleta

(4) Relox de arena.

### Octava XXXVI.

Allí se vé á Moloc contaminado

(5) Moloc era una divinidad de los Amonitas, á la que consagraban sus hijos, haciéndoles pasar por el fuego. Salomon le edifico un templo en el monte de las Olivas; y largo tiempo despues el Rey Manasés llevó mas adelante su impiedad, consagrándole su mismo hijo. Hay varias opiniones sobre la relacion que tenia Moloc con las otras divinidades paganas; unos creen que era el mismo que Saturno, á quien tambien se inmolaban victimas humanas; otros que Mercurio, y otros que Marte ó Mitra; pero el Calmet prueba que bajo el nombre de Moloc se adoraba al sol, como rey del cielo. En efecto Moloc ó Melec en Hebreo significa rey.

Comos era el nombre con que los Moabitas adoraban á Adonis; pero otros pretenden que era el mismo que Baco, ó Dios de la embriaguez.

Astarot, divinidad de los Fenicios, se cree que era la Luna. De ella tomó nombre la ciudad de Astarot carnaim, *de dos cuernos*, porque el idolo que la representaba, tenia dos cuernos ó una media luna en la frente.

Tammut, palabra hebrea que significa *escondido*, era el nombre con que se adoraba á Adonis en el Oriente. La fábula finge que Venus abandonó el cielo para vivir con Adonis en medio de los bosques, donde éste se ejercitaba á la caza, y que habiendo sido muerto por un jabali, Venus le lloró de una manera inconsolable. La mayor parte de los pueblos del Oriente establecieron, á imitacion de este duelo, fiestas para llorar á Adonis; las cuales se celebraban como funerales, y eran acompañadas de mil disoluciones. El Profeta Ezequiel dice que vió en el templo á unas mugeres que lloraban á Adonis; *mulieres plangentes Adonidem*; el Hebreo *plangentes Tammut*.

Beelfegor, ó Dios de Fegor, es segun Calmet el mismo Adonis, venerado con este nombre en la Arabia; y se funda en que sus fiestas se hacian á manera de funerales como se deja ver por el salmo CV: "y fueron iniciados en los misterios de Beelfegor, y participaron *de los sacrificios de los muertos*."

Baal, lo mismo que el Belo de los Babilonios, significa señor, ó dios. Muchas veces no significa una divinidad determinada, y se tenia en sentido genérico por el gran Dios de los Fenicios, de los Caldeos, de los Moabitas &c.

Otras veces se junta el nombre de Baal con el nombre de otras divinidades como Beel-fegor, Beel-zebub, Baal-gad, Beel-sefon. La divinidad que adoraban los Fenicios con el nombre de Baal, era el Sol.

Astarte era entre los Fenicios la diosa Venus.

Anubis, ó Ancho, era un Dios Egipcio, á quien representaban con el cuerpo de hombre y la cabeza de perro; unos lo hacen hermano y otros hijo de Osiris; presidia el crepúsculo de la noche, y al momento de la muerte; como el Hermes de los Griegos, conducia las almas hasta la puerta de los infiernos.

Erminsul, era el nombre que los Germanos y antiguos Sajones daban á Mercurio.

### Octava XXXVIII.

»¡ El dia de la gloria es hoy llegado!

(6) *Le jour de gloire est arrivé*: estas palabras que pone Chateaubriand en boca de Lucifer, están copiadas de la Marsellesa, canción célebre en los fastos de la revolucion, que entonaba el pueblo para ir á la matanza, y el soldado para ir á la guerra.

### Octava LXIV.

»De Dódona y de Dafne nuevamente

(7) Dódona, ciudad del Epiro, rodeada de vastas florestas, era el santuario del culto pelásgico, y tenia un oráculo de Júpiter que pasaba por el mas antiguo de la Grecia. Las profecías se daban por medio de una encina, llamada *árbol fatídico*: la sacerdotisa interpretaba ya el susurro de las hojas movidas por el viento, ya el ruido que formaban unos vasos de metal colgados del árbol sagrado, y el arrullo de las palomas que anidaban en sus ramos; á veces se guiaba para dar sus vaticinios del murmullo de una fuente.

En Dafne, pueblo delicioso, situado á orillas del Oriente cerca de Antioquia, se daban tambien oráculos en un bosque de laureles consagrado á Apolo Dáfneo: todos los años se celebraban allí sus fiestas.

La familia cristiana poeisa

Las últimas instancias de su vida

Toda ella en el vergel al otro día

Se juntó de asamblea, y e un fuego

El hijo de Lascency prodiguara

Su graiz relacion de esta materia





# LOS MÁRTIRES.

## CANTO SETIMO.

### SUMARIO.

*Prosigue la historia de Eudoro. Entra en la corte de Constanzio. Pasa á la isla de los Bretones. Obtiene los honores del triunfo. Es nombrado gobernador de la Armónica. Vuelve á las Gaulas. La Armónica. Episodio de Velleda.*

## CANTO VII.

### I.

**E**N tanto que el infierno disponia  
Su plan para la guerra á sangre y fuego,  
La familia cristiana poseia  
Los últimos instantes de sosiego.  
Toda ella en el vergel al otro dia  
Se juntó de mañana, y á su ruego  
El hijo de Lastenes prosiguiera  
Su grata relacion de esta manera.

## II.

»El santo Zacarías me dejára,  
 Segun os dige ayer, en tierra amiga.  
 Constancio á la sazón cerca se hallára  
 De Lutecia: inútil es os diga  
 Con qué anhelo á buscarle caminára.  
 Despues de algunos dias de fatiga,  
 Por el país entré de los Secuanos, (1)  
 Cubierto de florestas y pantanos.

## III.

El primer monumento que atrajera  
 Mi atención, fué la torre de ocho lados  
 Dó el Galo á tantos ídolos venera.  
 Al austro de Lutecia, ya arruinados  
 Los muros del templo Heso (2) descubriera;  
 Al norte, los altares elevados  
 A Teutates, dios grande del Parisio,  
 Y el monte Marte en que murió Dionisio.

## IV.

»Del Secuana avistando las riberas,  
 Descubrí sus corrientes cristalinas  
 A través de los sauces y nogueras  
 Que forman de verdor largas cortinas.  
 Algun huerto, plantado con higueras  
 Que resguardan del hielo con hacinas  
 De paja y heno, era el solo adorno  
 De sus valles y vegas en contorno.

## V.

»Mis miradas tendia hácia el oriente,  
 Por si el pueblo de Lutes (3) descubria,  
 Cuando un pastor me lo enseñó de frente  
 Que en medio del Secuana se estendia  
 En forma de navío: doble puente  
 De madera, al que un fuerte defendia  
 Donde se paga al César el impuesto,  
 Junta la isla del rio al lado opuesto.

## VI.

»Choza humilde, de tapia ó de madera,  
 Con techo de pajizo, es cuanto hallára  
 En esta capital: solo advirtiera  
 Un altar que el marino á Jove alzára.  
 Mas saliendo de la isla, en la ribera  
 Austral el Lucoticio (4) se ostentára  
 Con su circo, anfiteatro y acueducto (5)  
 Que servia á las Termas de conducto.

## VII.

»Aquí moraba el César: mi llegada  
 Sabe apenas, me llama á su aposento,  
 Donde le hago presente mi embajada.  
 El pareció llenarse de contento  
 Al ver que la nacion del Franco osada  
 Deponia las armas, y al momento  
 Un centurion destina que sentase  
 De duradera paz sólida base

## VIII.

«Yo ví allí en el ejército romano  
 Los fieles mas ilustres reunidos :  
 Allí estaba el valiente Rogaciano,  
 Con Gervasio y Protasio, conocidos  
 Por el Oreste y Pilades cristiano ;  
 El gran Prócula y Justo esclarecidos,  
 Con Ambrosio de célebre renombre,  
 En quien la Iglesia espera un grande hombre.

## IX.

«El tiempo que duró mi servidumbre  
 Gran mudanza ocurriera en el estado,  
 Que anhelaba saber con certidumbre.  
 Constancio , á mi deseo anticipado,  
 Me convida al jardin que de la cumbre  
 Baja de Lucoticio, prolongado  
 En forma de anfiteatro , hasta la vega  
 Que Isis (6) corona y el Secuana riega.

## X.

«Ahora vamos, me dijo, á la Bretaña  
 »A batir á Carrausio, donde espero  
 »Probar vuestro valor con nueva hazaña  
 »Combatiendo ese intrépido guerrero.  
 »Mas antes de empezar esta campaña,  
 »Es justo que os prevenga yo primero  
 »Del estado presente de la Corte,  
 »Porque sirva de regla á vuestro porte.

## XI.

»Ya sabeis, cuando fuisteis desterrado,  
 »Que á dar paz al Egipto Diocles fuera,  
 »Y Galerio á domar el Persa osado.  
 »A este último que el triunfo consiguiera,  
 »Augusto por esposa á su hija ha dado:  
 »Mas su ambicion y orgullo es de manera,  
 »Que imagina que al nombre de Galerio  
 »Se debe la corona del imperio.

## XII.

»Al peso de la edad y la dolencia  
 »Diocleciano abatido, mal resiste  
 »Tamaña ingratitud y violencia.  
 »Vuestro enemigo Hiérocles asiste  
 »A Galerio en su plan, y su insolencia  
 »Es cada vez mayor: la Acaya triste,  
 »Patria vuestra, poco hace dada ha sido  
 »En gobierno á ese bajo y vil valido.

## XIII.

»Galerio tambien ahora favorece,  
 »Solo por ser rival de Constantino  
 »A Majencio, aunque de alma le aborrece.  
 »Mi hijo está así espuesto de continuo  
 »A un peligro mortal que me estremece:  
 »Todo anuncia algun cambio repentino;  
 »Mas que mi hijo se salve de su mano,  
 »Y nada temeré contra el tirano.»

## XIV.

»Pocos dias despues que así me hablára,  
Fuimos á la Bretaña, inculta tierra,  
Que de Europa el océano separa,  
Y con sus olas túmidas la encierra.  
Allí es donde la púrpura usurpára  
Carrausio, y para hacer mejor la guerra,  
Se habia coligado con los Pictos, (7)  
Mirados hasta entonces como invictos.

## XV.

»Larga serie de encuentros, dó á porfía  
De lauros nuestras tropas se cubrieron,  
Mostrando yo algun tanto de osadía,  
Al rango de tribuno me ascendieron;  
Y en la accion que con tanta valentía  
Los Pictos en Petuaria sostuvieron  
Con todo su poder, tuve la gloria  
De dar á nuestras armas la victoria.

## XVI.

»Tambien batí á Carrausio en la ribera  
Del Támesis delante de Londino,  
Dó el Britano invencible se creyera.  
Allí de un torreón cierto adivino  
Con palabras enfáticas se viera  
Conjurar los reveses del destino.  
Carrausio fué no obstante derrotado  
Y por su misma tropa asesinado.

## XVII.

«Constancio me dejó toda la gloria,  
 Con orlas de laurel mi carta enviando  
 En que anunciaba á Diocles la victoria;  
 Una estatua de honor solicitando  
 Que en vez del triunfo honrase mi memoria.  
 Puesta en paz la Bretaña, deseando  
 Darme otra prueba mas de su amor tierno,  
 Me encargó de la Armórica el gobierno.

## XVIII.

Luego me preparé para el viaje  
 Para aquellas provincias que insultaba  
 Con sus flotas el bárbaro salvaje.  
 El mismo natural tambien llevaba  
 A disgusto el romano vasallaje.  
 Cuando á dar á la vela pronto estaba,  
 Gervasio y Sebastian afectuosos  
 Corren á despedirme cariñosos.

## XIX.

«¡Quizá en Roma, exclamaron, volveremos  
 »A juntarnos en medio de las pruebas  
 »Que nos prepara aquel que defendemos!  
 »¡Quizás en las mazmorras y en las cuevas  
 »Los premios y coronas obtendremos!  
 »¡Pueda la Religion con fuerzas nuevas  
 »Hacernos de la fé firmes testigos,  
 »Y unirnos en la muerte como amigos!»

## XX.

«Partiendo del país de los Bretones,  
 Fuí siguiendo la costa al medio día,  
 Y á la tierra llegué de los Redones (8)  
 Que el centro de la Armórica tenia.  
 La vista de estas bárbaras regiones,  
 Cubiertas de florestas, ofrecia  
 Un aspecto salvaje, semejante  
 A su rústico y bárbaro habitante.

## XXI.

«El alcázar que manda aquel distrito,  
 Era del Galo antigua fortaleza,  
 A la que César dió mayor circuito  
 Cuando domó con guerra la fiereza  
 Del Veneto y audaz Curiosolito.  
 Rodeado de bosques y maleza,  
 Sus muros baña un lago, y no distante  
 El ruido se hace oír del mar bramante.

## XXII.

«En esta solitaria residencia  
 Varios meses pasé. ¡Dichoso asilo!  
 En él entré la mano en mi conciencia,  
 Sus llagas sondeando con sigilo;  
 De mi fé renové la sacra ciencia;  
 Y cada vez con esto mas tranquilo,  
 Poco á poco perdía la zozobra  
 Que en el comercio humano el alma cobra.



## XXIII.

»Mas en vano del triunfo me halagaba  
 Que fuerzas mas robustas exigia:  
 El descuido habitual en que me hallaba,  
 La actividad de mi alma entorpecía;  
 Sus dudas la pasión me suscitaba,  
 Y en sus lazos cautivo me tenía  
 Como una cortesana seductora  
 Sujeta con su gracia al que la adora.

## XXIV.

»Suceso extraordinario de improviso  
 Corta esta reflexion, y mi alma altera  
 Con mayor inquietud. Seguro aviso  
 Un soldado me dió que salir viera  
 Una muger del bosque, al caer preciso  
 De la noche; que el lago traspusiera  
 Dirigiendo ella sola una barquilla,  
 Y luego se ocultaba en la otra orilla.

## XXV.

»Yo sabia que el Galo confiaba  
 El secreto mas árduo é interesante  
 A su muger, y que esta á veces daba  
 Su consejo en la junta. El habitante  
 De la Armórica este uso conservaba;  
 Y cual todos los Galos arrogante,  
 Tenaz en sus empresas y valiente,  
 Sufria nuestro yugo indócilmente.

## XXVI.

»Yo mismo el hecho averiguar propongo :

Apenas cae el sol, mudo de traje,  
 Y en la orilla del lago me dispongo  
 A esperarla escondido entre el ramaje.  
 No oyendo ningun ruido, ya supongo  
 Haber perdido el tiempo y el viaje,  
 Cuando hiere mi oido un dulce acento  
 Que del lago hácia mí traia el viento.

## XXVII.

»Dirigiendo la vista hácia aquel lado,

Veo un pequeño esquife suspendido  
 Sobre las olas, luego sepultado,  
 Y sobre ellas de nuevo aparecido.  
 De una muger, cantando sin cuidado,  
 Era el leño fluctuante dirigido,  
 Que burlarse del viento parecia,  
 O que este á su dominio obedecia.

## XXVIII.

»Al lago en sacrificio iba arrojando

Vellones, piezas de hilo, pan de cera,  
 Láminas de oro y plata : así bogando,  
 Vino á tocar bien pronto á la ribera,  
 Dónde estaba escondido; luego atando  
 A un sauce su batel, la ví ligera  
 Encaminarse al bosque mas cercano,  
 Con una rama de álamo en la mano.

## XXIX.

»Sin que ella me notase, yo podía  
 Observarla al pasar: su alta estatura  
 Una túnica abierta mal cubría;  
 La hoz de oro colgada á la cintura;  
 Guirnalda de laurel su sien ceñía;  
 En los ojos azules, su blancura,  
 Rubia coma que al aire suelta ondéaba,  
 La hija de los Galos se anunciaba.

## XXX.

»Caminando tras ella á cierto trecho,  
 Por un monte tomó de encina vieja,  
 Que daba á un arenal lleno de helecho:  
 Pasándolo veloz, atras me deja,  
 Y llega á un matorral que hace un repecho,  
 Donde nunca el arado entró la reja.  
 Allí una de estas rocas (9) se elevaba  
 Que de algun héroe el túmulo indicaba.

## XXXI.

»La jóven se paró en este paraje:  
 Tres veces la ví dar una palmada,  
 Y clamar en voz alta en su lenguaje:  
*Au-gui-l'an-neuf.* (10) Al punto ví inflamada  
 La floresta, y salir de entre el ramaje  
 Turba inmensa de Galos, parte armada,  
 Parte con una antorcha en la siniestra,  
 Y un ramo tremolando con la diestra.

## XXXII.

»De mi disfraz valido , me incorporo  
 A la turba que luego diligente  
 Se forma en procesion con vario coro.  
 Los Eubagos marchaban á su frente, (11)  
 Conduciendo un robusto y blanco toro  
 Que sirviera de víctima inocente.  
 Despues iban los Bardos entonando  
 Los lóores de Teutates execrando.

## XXXIII.

»Tras estos los discípulos marchaban ,  
 Un heraldo delante , por trofeo  
 Agitando un baston que rodeaban  
 Dos sierpes , semejante al caduceo.  
 Tres Senánis que al Druida remplazaban ,  
 Siguen con varios signos : en fin veo  
 Tras de todos venir la Archidruidesa ,  
 Y del lago conozco la Galesa.

## XXXIV.

»En tal órden la pompa se encamina  
 Al árbol que da el muérdago sagrado,  
 Planta entre aquellos bárbaros divina.  
 Allí un altar de césped es formado,  
 Y subiendo un Senánis á la encina,  
 Mientras el toro blanco es inmolado,  
 Corta la yerba santa con la hoz de oro,  
 Cantando un himno sacro en tanto el coro.

## XXXV.

»La ceremonia apenas acabada,  
 En igual forma y orden vuelve el Galo  
 Al sitio de las peñas: una espada  
 De la asamblea allí les marca el Malo (12).  
 A una tribuna al túmulo arrimada  
 La Druidesa subió: corto intervalo  
 Se queda silenciosa y pensativa,  
 Luego en discurso tal rompe expresiva:

## XXXVI.

«¿En dónde estan, ó Galos, los combates  
 »En que tanto otro tiempo se ilustráran  
 »Los fieles descendientes de Teutates?  
 »¿Dónde están los consejos que formáran  
 »Vuestras hijas que en todos los debates  
 »La verdad y justicia señaláran? (13)  
 »¿En dónde aquellos Druidas afamados  
 »Cuya ciencia os ha hecho tan nombrados?

## XXXVII.

»Proscriptos del tirano, apenas queda  
 »Alguno en esos antros escondido,  
 »Que pronto no tendrá quien le suceda.  
 »Y vuestras sacras Vírgenes ¿que ha sido?  
 »Teutates solo tiene ya á Velleda  
 »Para encender el fuego: á entero olvido  
 »Será dado su culto respetable  
 »En la isla de Sáina venerable.

## XXXVIII.

»Mas ¿porqué perderemos la esperanza?  
 »¿Os habeis olvidado por ventura  
 »Del camino que abrió vuestra venganza  
 »Al mismo capitolio? Aun le dura  
 »Al Romano el terror de vuestra lanza.  
 »Guerreros! escuchad la Virgen pura:  
 »Seguid de vuestros padres el ejemplo,  
 «Marchad, herid, venced, quemad el templo.»

## XXXIX.

»No es posible explicaros lo bastante  
 La impresion de un discurso pronunciado  
 A la luz de las teas ondulante.  
 En medio un matorral, de noche, al lado  
 De un sepulcro, y la sangre aun humeante  
 De la víctima: así es representado  
 El congreso de espíritus impuros  
 Que un májico evocó con sus conjuros.

## XL.

»La junta luego toda acalorada  
 Por la guerra aclamó con grande anhelo,  
 Pensando que en su Virgen inspirada  
 Teutates les hablaba desde el cielo.  
 Una víctima humana es demandada  
 Para aplacar su ira, y ya con zelo  
 Velleda el sacrificio disponia,  
 Cuando el astro se vió que anuncia el dia.

## XLI.

»Temiendo entonces verse sorprendidos  
 Por la luz de la aurora, resolvieron  
 Dejar los sacrificios prometidos  
 A otra noche. Al instante disolvieron  
 El congreso, y con grandes alaridos,  
 Apagadas las luces, se esparcieron  
 Por los bosques cubiertos de maleza,  
 Y yo tambien volví á la fortaleza.

## XLII.

»Seguro de su plan, no estuve incierto  
 De lo que hacer al punto convenia.  
 Convocando sus jefes de concierto,  
 Les declaro saber su rebeldia  
 Y el consejo tratado en el desierto.  
 Vierais luego cambiarse su osadía  
 En temor, y creyéndose perdidos,  
 Solo piden la vida arrepentidos.

## XLIII.

»Con gritos y lamentos á este instante  
 Por medio de la tropa rompe un bando  
 De cristiana muger, el tierno infante,  
 Bautizado poco há, en su brazo alzando.  
 Cayendo á mis rodillas, suplicante,  
 Me pide, ruega, insta sea blando,  
 En favor de estos hijos inocentes,  
 Con sus padres, esposos y parientes.

## XLIV.

»¿Quién podría negarse á tal instancia  
 Por mugeres cristianas repetida,  
 Interpuesto el favor de tierna infancia?  
 De sus jefes otórgoles la vida.  
 Solamente les mando la observancia  
 De la ley por Tiberio establecida  
 Que de víctima humana el culto veda,  
 Y les pido por rehenes á Velleda.

## XLV.

»¿Cómo podré pintaros la alegría  
 De que estas pobres gentes se llenaron,  
 Y los vivas y aplausos á porfía  
 Con que hasta el cielo mi clemencia alzaron?  
 ¡Grata y fácil clemencia! El mismo día  
 A Velleda y su padre me entregaron,  
 Y así se puso fin á esta aventura;  
 Mas para mí empezo prueba mas dura....

## XLVI.

Eudoro aquí su historia interrumpiera,  
 Y bajando la vista avergonzado,  
 Una mirada oculta dirigiera  
 A la hija de Demódoco. Observado  
 Por el Obispo, á Séfora dijera:  
 «Cuando Eudoro su historia haya acabado,  
 »Con gusto el sacrificio celebrára:  
 »¿Me podriais tener dispuesta el ara?»



## XLVII.

Séfora se levanta con festejos,  
 Y sus hijas la siguen: la doncella,  
 No osando quedar sola con los viejos,  
 No sin algun pesar marcha tras ella.  
 Mirándola Demódoco á lo lejos  
 Correr como una cabra blanca y bella  
 Que en torno del pastor brinca en el prado,  
 Exclama de placer enagenado:

## XLVIII.

«¿Qué gloria puede nunca compararse  
 »Con la que tiene un padre que á sus ojos  
 »Ve sus hijos crecer y engalanarse  
 »Cual triunfador ilustre con despojos?  
 »Júpiter inmortal supo alegrarse  
 »Cuando vió salir bien de sus arroyos  
 »A Hércules: y tú, guerrero augusto,  
 »Tú causas á tus padres igual gusto.

## XLIX.

«Prosíguenos tu historia: á mí me encantan  
 »Esos cristianos grandes é invencibles,  
 »Que el trabajo no abate, y se levantan  
 »Como palmas frondosas y flexibles.  
 »Nuestros vates sus héroes así cantan.  
 »Tambien son generosos y sensibles:  
 »¡Que lástima que Júpiter no pueda....  
 »Mas vamos, dí: ¿qué hiciste de Velleda?»

## LIX

«Con Senégax su padre habitó el fuerte,  
 Eudoro prosiguió: mas el suceso  
 Pasado, agitó al viejo de tal suerte,  
 Que entrándole una fiebre con absceso,  
 Le condujo á las puertas de la muerte.  
 Humano por deber, yo me intereso  
 En su estado, velando en su asistencia,  
 Y yendo á visitarle con frecuencia.

## LIX

«Este trato benéfico y atento,  
 De los mas Comandantes poco usado,  
 Al anciano tornó vida y aliento.  
 La Druidesa que nunca de su lado  
 Se apartaba, mudó su abatimiento  
 En alegría extrema, y ya dejado  
 El padre, en todas partes la encontraba  
 Con semblante que en gozo rebosaba.

## LII

«De asiento con Senégax la creia,  
 Cuando al punto en la mas distante sala  
 Cual nocturna vision se aparecia.  
 En el patio del fuerte, en la antesala,  
 Corredor, aposento, galeria,  
 O bien en la espiral y angosta escala,  
 La hallaba sin pensar, cual si gozase  
 De ciencia que á mis pasos la aumentase.

## LIII.

»Confieso que esta jóven me admiraba.  
 Cual todas las Galesas caprichosa,  
 Tenia un atractivo que halagaba:  
 Su boca era algun tanto desdeñosa,  
 Mas su sonrisa dulce: yá la hallaba  
 Altiva y fiera, yá voluptuosa,  
 De modo que ofrecia en sí el conjunto  
 De prendas encontradas en un punto.

## LIV.

»Cierta noche la vela solo hacia  
 En una sala de armas, ancha, oscura,  
 Donde apenas el cielo descubria  
 Por la angosta y múltiple abertura  
 Que sirve de ventana y saetía.  
 Hallábame sin luz, y en la armadura  
 Que en la opuesta pared colgada estaba,  
 La luz de las estrellas reflejaba.

## LV.

»Ved que en las sombras clarear diviso  
 El pálido fulgor de luz lejana,  
 Y á Velleda descubro de improviso,  
 En la mano una lámpara romana,  
 Por traje blanca túnica de viso,  
 El cabello prendido á la Espartana:  
 Jamás hija de Reyes en su corte  
 Tuvo tal magestad, belleza y porte.

## LVI.

»De un escudo la lámpara suspende,  
 Y llegando me dice sin rodeo:  
 «Mi padre duerme, siéntate y atiende.»  
 Yo descolgué de lanzas un trofeo,  
 Y sentados en él: «¿No te sorprende  
 »Lo que alcanza el poder de mi deseo?  
 »Sabe que yo soy Hada, y que me es dado  
 »Seguirte y encontrarte en todo lado.

## LVII.

»El viento me obedece, y de repente  
 »Excito y calmo tempestad horrible.  
 »Si quiero tomar forma diferente,  
 »Lo puedo, porque todo me es posible.  
 »¿No has oído esta noche hácia la fuente  
 »Como un suspiro el céfiro apacible?  
 »Era yo, porque sé que eres contento  
 »Del dulce murmurar del agua y viento.

## LVIII.

»¡Te lastimas de mí! prosigue luego:  
 »Pues la causa eres tú de mi locura.  
 »¿Porqué á turbar viniste mi sosiego?  
 »¿Porqué has manifestado tal dulzura  
 »Con mi padre y conmigo? No lo niego:  
 »De la isla de Sáina Virgen pura,  
 »El destino cruel echó mi suerte....  
 »Pero sabe que tú me das la muerte.»

## LIX.

«Dichas estas palabras, se levanta,  
 Toma su luz y marcha con presteza.  
 Jamás sentí, Señores, pena tanta  
 Como al turbar la paz en la belleza.  
 Mas así la Justicia sacrosanta  
 Dió justa punición á mi tibieza,  
 Disponiendo un castigo pronto y lleno  
 En la pasión que adormecí en mi seno.

## LX.

«Claro, el Pastor cristiano, estaba ausente:  
 Del castillo sacar fuera inhumano  
 A Senégax no bien convaleciente;  
 Cruel separar la hija del anciano.  
 Así me fué preciso, aunque imprudente,  
 Guardar el enemigo á mí cercano,  
 Y esponerme á su ataque repetido  
 A mis débiles fuerzas reducido.

## LXI.

«En vano mis visitas retardaba,  
 Y del encuentro de Velleda huía:  
 En todas partes, sin querer, la hallaba.  
 Mi corazón, es cierto, no sentía  
 Verdadera pasión; pero bastaba  
 Que á sus gracias la jóven añadía  
 Los inflamados ayes y suspiros  
 Que forman del amor los fuertes tiros.

## LXII.

»No lejos del castillo se elevára,  
 En un bosque del Druida venerado,  
 Una encina que el hierro despojára  
 De su corteza: símbolo sagrado  
 En que á Erminsul el bárbaro adorára.  
 Colgadas de otros árboles al lado  
 Se veían las armas del guerrero  
 Cuyo ruido instruíra al agorero.

## LXIII.

»Yo iba á visitar frecuentemente  
 Este sacro lugar que recordaba  
 La raza de los Celtas eminente.  
 Allí solo una tarde contemplaba:  
 El Aquilon mugía fuertemente;  
 De las gruesas encinas arrancaba  
 La hiedra y musgo seco: de imprevisto  
 A Velleda, volviéndome, diviso.

## LXIV.

«Tu huyes de mí, me dice, y cuidadoso  
 »Buscas siempre el lugar mas retirado.  
 »Mas en valde: ¿no ves cuán poderoso  
 »El viento echa á tus piés el musgo ajado?  
 »A Velleda te trae así amoroso.  
 »Cruel! yo ardo en amor, y no me es dado  
 »Hacer que sientas tú mi ardiente llama!  
 »Mas mi alma se enagena en decir que ama.»

## LXV.

»El viento movió entonces la floresta,  
 Y las armas formaron un ruido.  
 Velleda se detiene, el oído apresta,  
 Y mirando al trofeo suspendido:  
 «Alguna cosa lúgubre y funesta  
 Los escudos me dicen: ¿no has oído?»  
 Un instante se queda pensativa,  
 Y despues continuó mas expresiva:

## LXVI.

«Tú callas, y tu boca silenciosa  
 »Indica que tu seno no arde en fuego.  
 »Tu corazon.... ¡ah! .... sí.... alguna cosa....»  
 Otra vez se interrumpe, piensa y luego,  
 Cual si fuese inspirada, misteriosa:  
 «He aquí, prorrumpió, de tu sosiego  
 »La causa: de tu amor me hallas indigna,  
 »Porque no te he ofrecido cosa digna».

## LXVII.

»Acercándose entonces como amante,  
 Posa en mi corazon su blanca mano:  
 «Si eres, dice, al amor indiferente,  
 »No lo serás á un cetro soberano.  
 »¿Lo quieres? Habla, dilo prontamente.  
 »Una Hada lo propuso á Diocleciano; (14)  
 »Yo soy Hada y amante al tiempo mismo,  
 »Y mi poder se extiende hasta el abismo.

## LXVIII.

»Yo armaré mis soldados aguerridos,  
 »Y marcharé al combate la primera.  
 »Al cielo obligaré con mis gemidos.  
 »Mas si una infausta suerte se opusiera,  
 »¿No hay antros en las Galias escondidos  
 »Donde como otra Epónina (15) escondiera  
 »Mi caro esposo? ¡Ay infortunada!  
 »Yo hablo de esposo, y nunca seré amada....»

## LXIX.

»Apenas la doncella tuvo aliento  
 Tan tiernas expresiones pronunciando  
 Con lastimera voz y triste acento.  
 Su mano de mi seno retirando,  
 Que sintió largo espacio su ardimiento,  
 Inclinó la cabeza, y sollozando  
 Quiso apagar su fuego entre torrentes  
 De suspiros y lágrimas ardientes.

## LXX.

»Esta escena patética é imprevista  
 Mi constancia alteró de tal manera  
 Que á otro ataque recelo no resista.  
 El peligro eminente resolviera  
 Prevenir, alejando de mi vista  
 A la jóven: su padre ya estuviera  
 Algun tanto del mal restablecido,  
 Y á enviarle á su casa me decido.



## LXXI.

»El amor paternal forzó á Velleda  
 A seguir al anciano: así creía  
 Apagar un amor que su ley veda.  
 En vano: yo la ví al siguiente dia  
 Delante del castillo, en la arboleda,  
 Acechando si acaso yo salia ;  
 De suerte que me hallé necesitado ,  
 Por huirla, á vivir siempre encerrado.

## LXXII.

»Así pasó algun tiempo: al fin hallando  
 Ser todo su trabajo infructuoso ,  
 Sus pesquisas inútiles dejando ,  
 Yo salí de mi encierro fastidioso.  
 Mas la primera tarde, espaciando  
 Mi espíritu en el campo, presuroso  
 Viene un cabo á decirme que á la playa  
 Una flota remando se atalaya.

## LXXIII.

»Corro al fuerte, que el tiempo estaba oscuro,  
 Y el Franco las borrascas escogia  
 Para saltar en tierra mas seguro.  
 La guardia hago doblar, poner vigía  
 Y custodia exterior en torno al muro.  
 En estas maniobras pasó el dia ;  
 Viene la noche, y la zozobra aumenta  
 La tempestad que rompe violenta.

## LXXIV.

«En un pequeño cabo que formaba  
 La costa que batía el mar airado,  
 Un grupo de peñascos se elevaba  
 De destino y origen ignorado.  
 Mas nunca á estos parages se acercaba  
 El Galo sin sentirse penetrado:  
 De profundo terror, y se decía  
 Que la voz del fantasma allí se oía.

## LXXV.

«La soledad del sitio y el supuesto  
 Rumor que entre los bárbaros corriera,  
 Me lo hicieron juzgar el mas expuesto  
 Al ataque del Franco, y resolviera  
 Velar toda la noche en este puesto.  
 Al cuidado en que estoy, aumento diera  
 La ausencia de Velleda, pues sabia  
 El poder que en los Galos ejercia.

## LXXVI.

«De diversas ideas ajitado,  
 Contemplaba la mar tempestuosa,  
 Un poco de la guardia retirado.  
 La noche estaba oscura y borrascosa.  
 De repente oigo un ruido hácia mi lado  
 Y en las sombras vislumbro alguna cosa:  
 Echo mano á la espada y voy corriendo  
 Tras el fantasma que de mi va huyendo.

## LXXVII.

»Pero ¡cuál es mi pasmo y mi sorpresa,  
 Cuando de allí á unos pasos alcanzada,  
 Reconozco á la jóven Druidesa!  
 «Tú sabias, me dice confiada,  
 »Que estaba aquí Velleda, sí, confiesa:  
 »Yo te he atraído aquí, porque no hay nada  
 »Que pueda resistirse á quien adora;  
 »Sígueme, y veras lo que hago ahora.»

## LXXVIII.

»Entonces de la mano me llevará  
 Al peñasco mas alto é inaccesible,  
 A cuyo pié las olas estrellará  
 El espumoso mar con ruido horrible.  
 El viento en remolino las lanzará.  
 Su aspecto parecia mas terrible  
 Con la luna que rompe de soslayo  
 La parda nube con incierto rayo.

## LXXIX.

«Escucha bien, Velleda me dijera:  
 »Un pueblo en esta costa hay ignorado  
 »Que vas á conocer por vez primera.  
 »Apenas media noche haya llegado,  
 »Oirán una voz, y á la ribera  
 »Vendrán aprisa de diverso lado;  
 »Varios bateles hallarán cubiertos,  
 »Cargados con las almas de los muertos.»

## LXXX.

«Ellos los llevarán á la lejana  
 »Isla de los Bretones, dirigidos  
 »De aquella misma voz sobrehumana  
 »Que herirá dulcemente sus oídos,  
 »Sin que puedan saber de quien dimana.  
 »Ella nombra las almas y maridos  
 »Al entrar en la isla por un río :  
 »¡Dí, cruel, si podrá nombrarse el mío !»

## LXXXI.

«Yo quise refutar estos dislates,  
 Mas ella prosiguió : «Escucha atento :  
 »Cuando esté en la morada de Teutates,  
 »Tu podrás escribirme ; este contento  
 »No me debes negar : en los combates  
 »Encontrando algun héroe fin sangriento,  
 »Tu carta arrojarás sobre su hoguera , (16)  
 »Y á mis manos vendrá de esta manera.»

## LXXXII.

«Una fuerte oleada á este momento  
 En la roca se estrella con gran ruido,  
 Conmoviendo hasta el mismo fundamento ;  
 El huracan rebienta enfurecido ;  
 Las nubes son deshechas por el viento ;  
 La ave de los escollos da un silvido :  
 Velleda se estremece, alza los brazos :  
 «¡Adios, grita, me esperan, no hay mas plazos !»

## LXXXIII.

»Y luego iba á lanzarse de la roca ;  
 Pero yo la detuve.... ¡ó gran Prelado!  
 ¡Cómo tal confesion hará mi boca!  
 Del combate anterior debilitado ,  
 Tanto exceso de amor mi razon toca.  
 Dudo, tiemblo, suspiro, arrebatado  
 Al fin de tal pasion en beldad tanta ,  
 Me prosterno rendido ante su planta.

## LXXXIV.

»El infierno celebra este himeneo,  
 Y el espíritu impuro se envanece  
 Por haber conseguido tal trofeo.  
 El ángel protector desaparece.  
 Yo me encuentro confuso, solo y reo.  
 ¡O cuánto su memoria me estremece!  
 ¡Qué de males siguieron á porfia  
 A un instante de efímera alegría!

## LXXXV.

»La hija de Senégax consintiera  
 En vivir , ó mas bien ya no encontraba  
 La fuerza de morir. Ella creyera,  
 Cuando tierna en sus brazos me estrechaba,  
 Que una ilusion ó sombra Eudoro fuera.  
 En sus dudas la frente me palpaba,  
 Mi nombre de su boca no caía ,  
 Y mas loca que amante parecia.

## LXXXVI.

«Sollozando á la vez y sonriendo  
 La mas triste y contenta criatura,  
 El alba vino luego amaneciendo,  
 A darme con su luz nueva amargura.  
 Mi vista á todas partes dirigiendo,  
 Acusarme creia la natura.  
 No habiendo parecido el enemigo,  
 Al castillo volví y ella conmigo.

## LXXXVII.

«Por dos veces la noche con su manto  
 Cubrió nuestro rubor, tantas el dia  
 Trajo nuevo pesar con nuevo espanto.  
 Al tercero Velleda ya queria  
 Ir á enjugar las lágrimas y llanto  
 Que en el padre su ausencia causaria.  
 Ella montó en un carro, y presurosa  
 En busca de Senégax va amorosa.

## LXXXVIII.

«Mas no bien á mis ojos se ha ocultado,  
 En un monte de encinas, cuando luego  
 Distingo por el bosque á todo lado  
 Levantarse columnas de humo y fuego.  
 Entonces un Centurio apresurado  
 Viene á avisar que en gran desasosiego  
 Estan todos los Galos, y se oía  
 El grito que la alarma difundia.

## LXXXIX.

»Juzgando al pronto que los Francos fieros  
 Invadian los sitios comarcanos,  
 Al instante salí con mis guerreros.  
 Mas luego ví una tropa de paisanos  
 Con armas, y correr otros ligeros.  
 Marchando al frente yo de los Romanos,  
 A un tiro de ballesta los detengo,  
 Y avanzando á los Galos les arengo:

## XC.

«¿Qué razon, les pregunto, os ha movido  
 »A juntaros, las armas en las manos?  
 »¿Los Francos por ventura han descendido  
 »A desolar la Armórica inhumanos?  
 »¿Qué rumor en vosotros se ha esparcido?  
 »¿En auxilio venís de los Romanos?  
 »U olvidando del César los favores,  
 »¿Quereis probar de nuevo sus furores?

## XCI.

»De sus filas se avanza á aquel instante  
 Con marcha y paso tremulo un anciano,  
 Al peso de sus armas vacilante,  
 Blandiendo un hierro inútil en su mano.  
 ¡O pasmo! ó confusion! en el semblante  
 A Senégax conozco, y mas cercano,  
 Distingo aquellas armas suspendidas  
 Que viera en la floresta de los Druidas.

## XCII.

«¡O guerreros! esclama: por testigo  
 »Os pongo a estas armas que he llevado  
 »En mi jóven edad siempre conmigo,  
 »Y del tronco Erminsul he descolgado.  
 »Ahí teneis al pérfido enemigo  
 »Que la Vírgen de Sáina ha profanado,  
 »Mancillando su honor con torpe labio:  
 »Vengad de nuestros dioses el agravio.»

## XCIII.

«Dice, y su débil mano el dardo lanza  
 Que sin fuerza á mis pies cae abatido.  
 Luego el Galo da el grito de venganza,  
 Y viene á acometerme enfurecido;  
 El Romano en mi auxilio se abalanza,  
 Y sin oír mi voz, enardecido  
 Se arroja sobre el Galo infortunado,  
 Y un combate se traba ensangrentado.»

## XCIV.

«En vano mitigar su ardor pretendo:  
 La sangre que ya corre, la ira agrava.  
 Al anciano Senégax solo atiendo  
 Que un grupo de guerreros rodeaba.  
 De sus manos salvarle consiguiendo,  
 Por darle pronto asilo, le llevaba  
 A ocultarle en el cóncavo de un roble,  
 Cuando pasa su pecho dardo ignoble.»



## XCV.

«Un carro rutilante á este momento  
 Al extremo se ve de la llanura  
 Que hiende por el campo turbulento.  
 Una muger furiosa bate, apura  
 Los corceles ligeros como el viento.  
 Velleda supo luego con premura  
 Que su padre los Galos reunia  
 Por vengar el ultraje que creia.

## XCVI.

«Entonces la Vestal considerando  
 La extension de su culpa y desacierto,  
 Tras las huellas de aquel viene volando  
 Para evitar el mal que mira cierto.  
 El campo de batalla atravesando,  
 Llega donde lloraba el padre muerto.  
 Herida de dolor, pára su curso,  
 Y del carro dirige este discurso.

## XCVII.

«Envainad, Galos fuertes, vuestra espada;  
 »No derrameis la sangre inútilmente  
 »Por la Virgen de Sáina desgraciada.  
 »El Capitan romano es inocente;  
 »Vuestra Virgen no ha sido violada;  
 »Ella rompió sus votos libremente.  
 »¡Ojalá que mi muerte sola pueda  
 »Dar la paz á la patria de Velleda!»

## XCVIII.

«Entonces arrancando de su frente  
 La sagrada corona de verbena,  
 Símbolo de vestal, ligeramente,  
 Mientras raro estupor á todos llena,  
 Toma la hoz de oro refulgente,  
 Y con ledo ademan y faz serena,  
 Cual si fuese á inmolar víctima santa,  
 Aplica el instrumento á su garganta.

## XCIX.

«Como una segadora que, acabado  
 Su trabajo, se acuesta fatigada  
 Sobre el monton de mieses que ha segado,  
 Así cayó Velleda infortunada.  
 Su cuello se reclina ensangrentado,  
 De su mano se escapa la hoz sagrada,  
 Su lengua balbuciente á Eudoro nombra,  
 Mas ya sus ojos cubre eterna sombra.»

## XCVIII.



## NOTAS.

### Octava II.

#### Por el país entré de los Secuanos,

(1) Los Secuanos eran los pueblos que habitaban las orillas del río Secuana, hoy Sena: componían parte de la Galia Bélgica, que se extendían desde el Sena y Marne hasta el Océano y el Rin.

### Octava III.

#### Los muros del templo Heso descubriera;

(2) Heso, divinidad de los antiguos Galos, se cree que era el Dios de la guerra; se le representaba armado de una podadera ó segur, y era honrado con efusión de sangre humana.

Teutates ó Teut era el nombre con que se adoraba á Mercurio en las Gaulas, en donde se le inmolvaban víctimas humanas. Su culto había comenzado en Egipto, en donde había reinado con el nombre de Atotes ó de Thot. Después de su muerte los Egipcios le reverenciaron como á un Dios, y le dieron por simbolo el perro, que en egipcio se llama anubis: de aquí tomó este idolo el nombre de Anubis. Véase la nota quinta del canto VI.

### Octava V.

#### Por si el pueblo de Lutes descubria,

(5) Lutes ó Lutecia, hoy Paris, era la capital de los Parisios, uno de los sesenta y cuatro pueblos que habitaban las Galias. Su nombre viene según unos del latín lutum, lodo: según otros de dos palabras célticas que significan *bella piedra, ó piedra blanca*. Su sitio era en la isla que llaman de la cité, ciudad, donde están la catedral y el palacio de justicia: la población se fué extendiendo después á uno y otro lado del Sena, comprendiendo en su recinto todo lo que antes eran arrabales. Hoy día no ocupa la cité la centésima parte de Paris, sin contar el nuevo aumento de extensión que le darán las murallas.

### Octava VI.

#### Austral el Lucoticio se ostentára

(4) Lucoticio es la montaña de Santa Genoveva, donde está el magnífico templo de esta Santa, convertido por la impiedad moderna en panteón de Voltaire, Rouseau, y otros hombres funestamente célebres.

*Idem.***Con su circo, anfiteatro y acueducto**

(5) He visto las ruinas de este acueducto en el pueblo de Arcueil, á una legua de Paris, no lejos del moderno, bello y sólido acueducto que se construyó en el siglo diez y siete.

**Octava IX.****Que Isis corona y el Secuana riega.**

(6) El Templo de Isis, que pasó á ser Abadía de San German de los Prados.

**Octava XIV.****Se habia coligado con los Pictos.**

(7) Pictos: llamábanse así porque se pintaban el cuerpo, como hacen todavía algunos salvajes de la América; habitaban la Escocia y el norte de la Inglaterra.

**Octava XX.****Y á la tierra llegué de los Redones.**

(8) Redones eran los pueblos de Rennes. La Armorica comprendia la Bretaña, la Normandia, la Sanitonge, y el Poitou.

**Octava XXX.****Allí una de estas rocas se elevaba.**

(9) Estas piedras ó rocas amontonadas que cubrian el sepulcro de un guerrero Galo, se llamaban Dolmia; se cree que servian de altar en que los Druidas sacrificaban víctimas humanas. Muchos de estos monumentos druidicos subsisten todavía en la Bretaña.

**Octava XXXI.*****Au-gui-l'an-neuf.* Al punto ví inflamada**

(10) Al muérdago del año nuevo: el muérdago ó visco es la exerescencia que nace en algunos árboles, á la cual atribuian los Druidas virtudes maravillosas.

**Octava XXXII.****Los Eubagos marchaban á su frente,**

(11) Los Druidas, ó ministros de la religion de los antiguos Celtas, se di-

vidian en tres clases: primera, la de los *Druidas* propiamente dichos, ó sacerdotes, los cuales poseyeron en su origen el poder supremo, pero luego le cedieron á los *Brenos* ó jefes de los guerreros: segunda, la de los *Enbargos*, que eran los adivinos y sacrificadores: tercera, la de los *Bardos*, que cantaban las alabanzas de los Dioses y las hazañas de los héroes. El culto de los *Druidas* era una mezcla de prácticas supersticiosas; adoraban principalmente á la Naturaleza, pero tambien reconocian muchos Dioses, tales como *Heso*, *Toutates* &c. No tenian templos; se reunian en oscuras florestas, y á ciertos dias del año cogian con gran ceremonia el visco, que miraban como sagrado; en las grandes calamidades inmolaban victimas humanas. Los *Druidas* eran á un tiempo médicos, astrónomos y físicos; no tenian nada escrito; toda su ciencia estaba contenida en varias piezas de verso que aprendian de memoria; creian en la inmortalidad del alma y en la metemiscosis. Habia tambien *Druidesas*, las cuales predecian lo futuro, y consultaban las entrañas de las victimas. Las invasiones sucesivas de los bárbaros, y el establecimiento del Cristianismo en las Gaulas acabaron con la religion de los *Druidas*, la cual desapareció enteramente hacia el siglo sexto.

### Octava XXXV.

De la asamblea allí les marca el Malo.

(12) Sitio en donde se reunia el congreso de los tres Estados.

### Octava XXXVI.

»La verdad y justicia señaláran?

(13) La administracion de lo negocios políticos y civiles estuvo largo tiempo confiada entre los Galos á un senado de mugeres: ellas deliberaban acerca de la paz y de la guerra, y juzgaban los pleitos entre ciudad y ciudad. Plutarco cita un artículo del tratado que hizo Anibal con los Galos, el cual decia así: "Habiendo queja un Galo de un Cartaginés, recurra al tribunal de Cartago establecido en España; y hallándose un Cartaginés agraviado por un Galo, tomará por juez el consejo supremo de las mugeres Galas,

### Octava LXVII.

»Una Hada la propuso á Diocleciano;

(14) Siendo Diocleciano un simple oficial, encontró en las Galias una Hada que le pronosticó el imperio si mataba á Apro: *aper* en latin significa jabali. Entendiendo mal el pronóstico, Diocleciano se dió á caza de jabalies, y quedó lo que era: pero habiendo envenenado al Emperador Nameriano un

prefecto del pretorio llamado Apro, Diocleciano mató á este y sucedió en el imperio.

### Octava LXVIII.

»Donde como otra Epónina escondiera

(15) Eponina era la esposa de Julio Sabino, señor Galo, el cual tomó el nombre de César á principios del imperio de Vespasiano. Habiendo sido derrotado y puesto en fuga, se retiró á un subterráneo de una casa de campo, de donde, para evitar las pesquisas del vencedor, hizo extender la noticia de que habia muerto. Sabedora Eponina del retiro de su esposo, fué á buscarle allí, y dió á luz dos gemelos. Sabino pudo libertarse á todas las investigaciones durante nueve años; pero las frecuentes visitas de su muger le descubrieron por último, y fué conducido á Roma cargado de cadenas con su muger é hijos. En vano intentó esta excitar á Vespasiano á la misericordia, echándose á sus pies, y presentándole sus dos hijos nacidos en el subterráneo: El Emperador tuvo la crueldad de hacerlos morir juntamente con el padre.

### Octava LXXXI.

»Tu carta arrojarás sobre su hoguera,

(16) Cuando los Galos quemaban sus muertos, echaban en la hoguera cartas para sus parientes y amigos difuntos.

# LOS MARTIRES.

## CANTO OCTAVO.

### SUMARIO.

*Continuacion de la historia de Eudoro. Su arrepentimiento y penitencia pública. Deja el ejército. Pasa á Egipto para pedir su retiro á Diocleciano. Navegacion. Alejandria, el Nilo, el Egipto. Alcanza Eudoro su retiro de Diocleciano. La Tebaida. Vuelve Eudoro á casa de sus padres. Fin de su historia.*

## CANTO VIII.

### I.



ESTA trágica escena recordando,  
Eudoro rompe en llanto que le obliga

La historia á interrumpir que va narrando.

Mas luego que su pena se mitiga,

Libre curso á sus lágrimas prestando:

«Perdonad, sigue, que mi llanto os diga

El pesar que consagra mi memoria

A la parte mas triste de mi historia.

## II.

»La accion con que Velleda dirigiera  
 A su cuello el mortífero instrumento,  
 Fué tan pronta y veloz que previniera  
 De nuestra parte todo movimiento.  
 ¡Castigo del Señor, leccion severa!  
 En mis brazos recibo sin aliento  
 Esa víctima que hice, y ver debía  
 Solo para poner en tumba fria.

## III.

»De aquí vuelve, ó Cirilo, de mi vida  
 La época mas grande y mas notable,  
 Hallando mi salud en mi caida.  
 Mientras era yo solo el miserable,  
 Mi alma se encontraba endurecida ;  
 Mas cuando fuí la causa deplorable  
 Que abrió de tantos males el abismo,  
 Mi corazon clamó contra mi mismo.

## IV.

»Ya no dudo mas tiempo. Claro llega,  
 Y echándome á sus pies arrepentido,  
 De todos mis secretos le hago entrega,  
 Confesando mis culpas. Poseido  
 De dulce caridad, calma y sosiega  
 El Pastor santo mi dolor subido,  
 Y de esta penitencia parte manda  
 Que me veis practicar, fructuosa y blanda.



## V.

«Como el cuerpo el espíritu en sus males  
 Pide mudar de sitios: de mi mando  
 A Constancio remito las señales,  
 Para dejar el siglo, y le demando  
 La gracia de volver á los umbrales  
 Paternos. Vanamente, deseando  
 El César retenerme con su afecto,  
 De las Galias me quiso hacer Prefecto.

## VI.

«Reiterando mi instancia con empeño,  
 Esta carta me escribe de su mano:  
 «De la gracia que pides no soy dueño;  
 «Pertenece á Roma; Diocleciano  
 «Solo puede romper tu antiguo empeño.  
 «Solicítalo de él: si el soberano  
 «No accediese á tu súplica, el abrigo  
 «Vuelve á buscar del César y tu amigo.»

## VII.

«Así dejé el gobierno: atravesando  
 La Galia casi entera, me embarcára  
 En Nîmes, y bien pronto vista dando  
 A la Italia, por Ostia en Roma entrára.  
 Marcelino me acoje dulce y blando,  
 Y las puertas del templo me declara  
 Abiertas me serán si persevero  
 En penitencia humilde un lustro entero.

## VIII.

«Tranquilo de este lado, solo anhelo  
 Ver al Emperador; este se hallaba  
 A la sazón en el egipcio suelo.  
 En el muelle de Aurelio en ferro estaba  
 Un navío de aquellos que en su zelo,  
 Para aliviar los pobres, equipaba  
 Cada año el Obispo alejandrino,  
 Dispuesto á dar la vuelta á su destino.

## IX.

«La estación era propia: la ligera  
 Nave recoge el ancla, y prontamente  
 Se nos huye la Itálica ribera.  
 Ah! yo surqué este mar antiguamente  
 Cuando á Grecia dejé por vez primera.  
 Pero jóven entonces é inocente,  
 Solo soñaba honor, fortuna y gloria,  
 Que una triste experiencia hizo ilusoria.

## X.

«El culto que se daba religioso  
 En el batel cristiano, parecía  
 Dar mayor magestad al mar undoso.  
 Si el marino cristiano no creía  
 Ver salir de aquel piélago espumoso  
 La deidad del amor, (1) en cambio via  
 La mano del Eterno que cavára  
 El abismo y sus fines señalara.

## XI.

»Sin que oigamos á Alcion (2) cantar su pena,  
 Como el marino idólatra imagina,  
 Dulce ternura nuestras almas llena.  
 Al ver la fatigada golondrina  
 Posarse sobre el mástil ó la antena,  
 La idea de la patria nos domina,  
 Pensando si quizás su pobre nido  
 Habría á nuestro techo suspendido.

## XII.

»Ved, Demódoco, aquí la interesante  
 Pintura del cristiano, comparable  
 En gusto y sencillez al tierno infante.  
 La noche, en vez de hacer una culpable  
 Y vana invocacion, hácia el brillante  
 Firmamento de estrellas admirable  
 Nuestra vista en silencio dirigíamos,  
 Y al Criador de todo bendecíamos.

## XIII.

»Al avistar las ruinas de Cartago,  
 Otro tiempo ciudad tan floreciente,  
 Admiré de los tiempos el estrago  
 Y el furor de los hombres inclemente.  
 La memoria de Dido y fin aciago  
 Me retrató á la idea vivamente  
 La muerte de Velleda infortunada,  
 A aquella infeliz reina asemejada.

## XIV.

«Habiendo el promontorio flanqueado  
 Donde abordar Scipion se propusiera  
 Saludando de Roma el feliz hado,  
 A la Sirte menor nos condujera  
 Contrario viento: desde allí es mirado  
 El castillo á que Anibal se acogiera  
 Cuando vino á embarcarse ocultamente,  
 Huyendo de una patria inconsecuente.

## XV.

«Tan cierto es encontrar, dó quier se vaya,  
 Vestigios de injusticia y desventura.  
 Así imagino ver en la otra playa (3)  
 La víctima infeliz que en la tortura,  
 Invocando de Roma el nombre, ensaya  
 Dar término á su afrenta y pena dura,  
 Pero sin ningun fruto. ¡Ah! el cristiano  
 No invocará su patria tan en vano.

## XVI.

«La duodécima aurora embellecía  
 Un horizonte claro y despejado,  
 Cuando en las mismas ondas parecía  
 Alzarse un obelisco agigantado.  
 Su vista desde lejos dirigia  
 A la ciudad que habia levantado  
 El vencedor de Arbela esclarecido  
 Para tumba de un célebre vencido. (4)

## XVII.

«El navío fué á anclar al occidente  
 De aquel Faro que sirve de linterna,  
 Allí el Obispo Pedro complaciente  
 Fué á recibirme con bondad paterna,  
 Ofreciéndome asilo conveniente;  
 Pero yo preferí la oferta tierna  
 De la bella y piadosa Caterina,  
 Que entonces supe ser vuestra sobrina.

## XVIII.

«Antes de encaminarme al alto Egipto,  
 Unos dias pasé en Alejandria,  
 Admirando su inmenso circuito  
 Que en espacioso llano se extendia.  
 Allí conocí á Dídimo erudito  
 Que la gran Biblioteca dirigia,  
 Que contiene en sus anchas cavidades  
 Monumentos de todas las edades.

## XIX.

«Yo iba á visitarle con frecuencia  
 A este vasto recinto que encerraba  
 El remedio del alma y la dolencia,  
 Solo allí cierta tarde contemplaba  
 De una alta galería la opulencia  
 De esta ciudad ilustre que encerraba  
 Un millon de habitantes cuya vida  
 Será en menos de un siglo concluida.

## XX.

»De una parte á mis ojos se ofrecía  
 La ciudad de los muertos asolada; (5)  
 De la otra el gran desierto se extendía  
 De la Libia arenosa y devastada;  
 El mar al lado opuesto la batía  
 Con furor, de manera que situada  
 Entre tres enemigos, cual mas fuerte,  
 La vida combatía con la muerte.

## XXI.

»Embebido en tan grave pensamiento,  
 Me interno por las salas, y deparo  
 En un salon sin muebles ni ornamento.  
 Solamente al extremo de él reparo  
 En caja de cristal un monumento  
 De mezquina apariencia: el vidrio claro  
 Los fuegos desmayados reflejaba  
 Del sol que entre las ondas se acostaba.

## XXII.

«Acércome á mirar; un féretro era.  
 Por el cristal descubro transparente  
 Un Rey á quien robó la muerte fiera  
 En la flor de la edad; mas en su frente  
 Un rastro de grandeza persevera.  
 Dormir parece el sueño del valiente  
 Que herido de mortífera estocada,  
 Hace su cabecera de su espada.

## XXIII.

«Un varon cerca de él veo ocupado  
 En leer con atencion y reverencia  
 Un volúmen á medias desrrollado. (6)  
 Estaba meditando esta sentencia :  
 «Alejandro, Darío subyugado,  
 »Al fin del mundo fué, y á su presencia  
 »La tierra se calló; mas despues de esto,  
 »Conoció que debía morir presto.»

## XXIV.

«Mi vista volví luego apresurado  
 Al fantasma tendido, y me parece  
 Al busto de Alejandro asemejado.  
 ¡Qué pasmo! á quien la tierra se enmudece,  
 En eterno silencio sepultado!  
 ¡Qué pronto la ilusion se desvanece  
 De la grandeza humana.... sólo queda  
 Un polvo que atestar su nada pueda!

## XXV.

«El dia que siguió á tan grave escena,  
 Me embarqué para Menfis. Observando  
 La agua roja del Nilo de mar plena,  
 Luego sobre las olas ví flotando  
 La verde palma entre la blanca arena.  
 Con vela desplegada el rio entrando,  
 La chusma le saluda entusiasmada,  
 Y á la boca llevó su onda sagrada.

## XXVI.

»Un paisaje á flor de agua se extendia  
 De su fértil ribera á uno otro lado,  
 Donde el bello sicómoro crecia,  
 Con la pomposa palma entrélazado.  
 A veces el desierto parecia  
 Usurpar su terreno al verde prado,  
 Dibujando en sus senos abundosos  
 De arena estéril meándros tortuosos.

## XXVII.

»Bien pronto á nuestra diestra apercibimos  
 La primera raíz de la montaña  
 De Libia, y á la izquierda descubrimos  
 La cadena que el mar Erítrèo baña.  
 Por la abertura que hacen, luego vimos,  
 Sirviendo de barrera á la campaña,  
 Asomar la pirámide arrogante  
 Su cumbre, á la de un monte semejante.

## XXVIII.

»A la boca de un valle colocada,  
 Dirás guarda la puerta luctuosa  
 Que anuncia de la muerte la morada.  
 Faraon con su pueblo allí reposa.  
 No lejos se ve á Menfis despojada  
 De su antiguo esplendor, que silenciosa  
 Parece someter su frente erguida  
 Al desierto en mortal lucha vencida.



## XXIX.

»Remontando del Nilo la corriente,  
 A Tebas visité de las cien puertas,  
 A Tentira otro tiempo floreciente,  
 Y otras muchas ciudades ya desiertas  
 De aquellas cuatro mil que en su vertiente  
 Regaba antes el Nilo. A las compuertas  
 De la gran catarata al fin llegando,  
 A Diocles con el Nubio hallé tratando.

## XXX.

»Con su innata bondad se dignó Augusto  
 Hablarme de mis honras militares,  
 Mostrando por mi intento algún disgusto.  
 «Mas pues deseas ver los patrios lares,  
 »Mi permiso, añadió, otorgarte es justo.  
 »El primero serás que á sus hogares  
 »Haya vuelto sin dar antes rehenes:  
 »Mas de ello es digno el hijo de Lastenes.»

## XXXI.

»Alegre así por verme en libertad,  
 Dejando los egipcios mausoleos,  
 Quiero otra clase ver de antigüedad  
 Que se acuerda mejor con mis deseos.  
 Frente tengo la vasta soledad  
 Que ilustró el Jehová de los Hebreos:  
 Gustoso recorrerla determino,  
 Y de Siria tomar luego el camino.

## XXXII.

«El rio del Egipto descendiendo,  
 Dos jornadas de Menfis, busco un guia  
 Que me conduzca al mar Rojo, debiendo  
 Tomar luego de Arsinoë la vía,  
 La direccion de Gaza prosiguiendo  
 Del Sirio mercader en compañía.  
 Unos dátiles y utres de agua y vino  
 Son nuestra provision para el camino.

## XXXIII.

«El guia caminaba delantero  
 Encima un dromedario; yo montaba  
 Un árabe corcel fuerte y ligero.  
 Traspuesto el monte que al oriente orlaba  
 Con verde alfombra al Nilo placentero,  
 El yermo empieza y la campiña acaba.  
 Nada os puede pintar de mejor suerte  
 El paso de la vida hácia la muerte.

## XXXIV.

«Figurad esas playas arenosas  
 De las lluvias de invierno trabajadas,  
 Que abrasa con sus llamas ardorosas  
 Un sol de estio, ardientes, desoladas.  
 Algunas tunas secas y espinosas  
 Se descubren acá y allá plantadas,  
 O el resto de un bajel petrificado  
 Que el Nilo en sus crecientes ha arrojado.

## XXXV.

Todo un día marchamos de continuo  
 Por el llano, sirviéndonos de guía  
 Varias piedras que marcan el camino.  
 Costeando otro monte, se extendía  
 Otro arenal mayor. La noche vino.  
 El desierto la luna esclarecía,  
 Sin otra sombra ver que la ondulante  
 Del dromedario ó la gazela errante.

## XXXVI.

«Alto silencio sepulcral reinaba  
 En toda la estension de la llanura.  
 Ningun otro ruido lo alteraba  
 Sino el que hace royendo en raíz dura  
 El javalí, ó el grillo que cantaba  
 Buscando en aquel yermo sin cultura  
 En vano del colono los hogares  
 O del Arabe errante los aduares.

## XXXVII.

«Descansando en el páramo un momento  
 Seguimos nuestra marcha con la aurora.  
 Un sol se eleva luego macilento  
 Que apenas con su luz tenue colora.  
 La arena: sin embargo vá en aumento  
 El calor, y sería tercia hora,  
 Cuando empezó á mostrar el dromedario  
 Señal de desosiego extraordinario.

## XXXVIII.

«Al suelo la nariz clavando, suena,  
 Y un polvo se levanta enardecido;  
 El enorme avestruz el aire llena  
 De su lúgubre y áspero graznido:  
 La sierpe, el camaleón entre la arena  
 Un agujero buscan escondido.  
 El guía mira al cielo, y temeroso:  
 «¡Huyamos, grita, el viento vorticoso!»

## XXXIX.

«Luego se da á correr con paso incierto,  
 Y yo sigo tras él ligero, cuando  
 De hácia la plaga austral venir advierto  
 Un ardiente huracan que arrebatando  
 En columnas la arena del desierto,  
 Cae sobre nosotros, y arrancando  
 El suelo á nuestros piés en torbellino,  
 Lo levanta en confuso remolino.»

## XLXX.

«Borradas del camino las señales,  
 Corremos por el páramo sin tiento.  
 Los utres para colmo de los males  
 Se derraman. Sudando, sin aliento,  
 Sintiendo de la sed ansias mortales,  
 El huracan redobla su ardimiento  
 Que arrancar parecia de la tierra  
 Las ardientes entrañas que en sí encierra.»

## XLI.

»De las nubes de arena casi ciego,  
 Pierdo de vista al guía : un alarido  
 Escucho de repente.... corro luego....  
 El infeliz había sido herido  
 Del viento cual si fuera ardiente fuego;  
 Entre el polvo le hallé muerto tendido.  
 La bestia fué en el aire arrebatada  
 Y en los montes de arena sepultada

## XLII.

»Yo quise reanimar mi compañero,  
 Mas en vano ; ya estaba sin aliento.  
 Mi fin llegado entonces considero.  
 Un poco separado de él me siento,  
 Y solo en la bondad de aquel espero  
 Que á Azarías llevó suave viento  
 En el horno. Una acacia que allí crece,  
 Un abrigo aunque mísero me ofrece.

## XLIII.

»Allí estuve esperando que pasára  
 La tormenta ; por fin tuve el consuelo  
 Que al caer de la tarde refrescára  
 Viento norte la atmósfera. Del cielo  
 Cayó entonces la arena , y su luz clara  
 Enviandome los astros, ví en el suelo  
 Las señas del camino disipadas,  
 Y todas las veredas trastornadas.

## XLIV.

«La noche pasé errando en el desierto.  
De fatiga, de sed y hambre rendido,  
El caballo á mis piés se caé muerto.  
Un sol parece luego enardecido  
Que me acaba las fuerzas; ya no acierto  
A dar un paso mas; desfallecido  
Me arrojo en un zarzal donde la muerte  
De angustia tanta espero me liberte.

## XLV.

«Mediado habria el astro su camino  
Cuando cerca de mí el rugido oyendo  
De un leon, á mirarle me reclino:  
A través de la arena iba corriendo;  
Luego la idea rápida me vino  
Que acaso alguna fuente iba siguiendo  
Sabida de las bestias, é invocando  
Al Dios de Daniel, voy tras él llegando.

## XLVI.

«A poco entré en un valle, donde viera  
Un pozo de agua fresca, rodeado  
De musgo verde, y cerca una palmera  
De dátiles cargada. Este impensado  
Socorro me animó. Cuando la fiera  
Su abrasadora sed hubo apagado,  
Me mira mansamente, y se separa  
Como por dar lugar que yo llegára.

## XLVII.

«Así ví renacer para mi el día  
De la cuna del mundo, cuando exento  
De culpa el primer hombre, aparecía  
En medio del leon, tigre sangriento  
Y demás animales que á porfía  
Le daban su obediencia y rendimiento,  
Pidiéndole que un nombre les pusiera  
Que con sus propias dotes conviniera.

## XLVIII.

«Un monte de este valle se avistaba  
Hácia el oriente, á un faro asemejado  
Que en este nuevo océano guiaba.  
Hácia él me dirijo, confiado  
De hallar seguro puerto; yá trepaba  
Por un peñasco negro y calcinado,  
Cuando la noche oscura sobrevino,  
Y me encuentro sin senda ni camino.

## XLIX.

«Todo estaba en silencio: solo advierto  
Marchar delante mí alguna fiera,  
Y el leon reconozco del desierto.  
De repente un rugido fuerte diera,  
Que el eco de estos montes casi muerto  
Pareció repetir por vez primera.  
La bestia se paró junto á la puerta  
De una cueva en la viva roca abierta.

## L.

«Acercándome á ella sin recelo,  
 De una peña la gruta ví tapada.  
 Miro por la hendidura.... ¡que consuelo!  
 La cueva está por dentro iluminada;  
 Y aplicando mi oído con anhelo,  
 Creo oír una voz acompasada  
 Que cánticos y salmos repetía  
 Con grave pausa y dulce melodía.

## LI.

«Abrid la puerta, grito, á vuestro hermano,  
 «Solitario dichoso.» Luego viera  
 Asomar á la puerta un grave anciano  
 Que en edad á Jacob se pareciera.  
 «¡Bien venido seais, dice, ó cristiano!  
 «Aquí veis un mortal que pronto espera  
 «De la vida tomar diversa ruta:  
 «De Pablo en tanto aquí teneis la gruta.»

## LII.

«De pasmo á nombre tal sobrecogido,  
 Sigo temblando al Santo que llevara  
 La cruz á este rincon tan escondido.  
 En el fondo del antro se elevára  
 Una palma, y su ramo entretejido  
 En forma de vestibulo colgára.  
 Allí junto manaba un arroyuelo  
 Que cerca de su origen vuelve al suelo.



## LIII.

»Al lado del raudal Pablo me lleva,  
 Donde veo el leon que mansamente  
 Viene á echarse á sus piés. «Vamos ¿qué nueva  
 (Pablo me preguntó sencillamente)  
 »Corre por ese mundo? En esta cueva  
 »Cien años ha que habito, y solamente  
 »Antonio vino ayer á visitarme  
 »Para volver mañana á sepultarme.»

## LIV.

Levantándose entonces, me presenta  
 Un pan de blanca arina floreado.  
 «De vos, me dice, el cielo tuvo cuenta,  
 »Supuesto que la dosis ha doblado  
 »Con que á su siervo pródigo alimenta.»  
 Luego á romper me invita el don sagrado  
 Que comimos en paz tranquilamente,  
 Bebiendo el agua de la clara fuente. (7)

## LV.

»Dado fin al convite, el eremita  
 Me pregunta que caso me trajera  
 A hacerle en su retiro tal visita.  
 De mi vida le doy razon entera.  
 »Grave, dice, es el yerro que os acuita;  
 »Mas todo borra lágrima sincera:  
 »Confiad, que no en vano os ha traido  
 »El cielo á este rincon tan escondido.»

## LVI.

«¡O Dios! prosigue, qué alto es el camino!»  
 «De vuestra ciencia! Vos le habeis guiado»  
 «Porque el velo le corra del destino.»  
 «Reposad esta noche descuidado!»  
 «Al romper el destello matutino»  
 «Mañana os llevaré sobre un collado!»  
 «Donde orando al Señor benigno y fuerte»  
 «Podré hablaros aun antes de mi muerte.»

## LVII.

«El Santo me entretuvo todavía»  
 Con diversos coloquios. ¡Caso raro!  
 A veces un infante parecia  
 Que ignora lo mas simple y lo mas claro:  
 Mas cuando Dios en su alma descendia,  
 Repentina mudanza en él reparo,  
 Hablando como lleno de esperiencia,  
 O que del porvenir tenia ciencia.

## LVIII.

«Despues que así algun tiempo conversára»  
 Con celestial saber y amor paterno  
 A hacer el sacrificio me invitára  
 De nuestras alabanzas al Eterno.  
 De pie bajo la palma derramára  
 Su espíritu en loor y afecto tierno,  
 Y ajitado de un estro repentino  
 Improvisó este cántico divino.

## LIX.

«¡Bendito seais mi Dios, Dios amoroso,  
 »Que no habeis mi bajeza despreciado!  
 »Soledad, ¡ó mi esposa! en tí el reposó  
 »Y el mas puro placer siempre he gozado,  
 »Ya te voy á dejar, antro dichoso,  
 »Porque á otro feliz antro soy llamado.  
 »Poséete, alma mia, de contento,  
 »Que á oír vas de Sion el dulce acénto.»

## LX.

«Así rogaba el Santo enternecido,  
 Y el sueño mas suave me cogia  
 Sobre la cama de heno removido  
 Que Pablo á un lecho real anteponia.  
 Mas no bien rayó el alba que á mi oído  
 Llegó la voz del Santo que decia:  
 «Levantaos, orad, tomad sustento,  
 »A la montaña vamos al momento.»

## LXI.

«Yo le sigo. Seis horas caminamos  
 Por rocas eminentes y escarpadas;  
 Al fin á la alta cima remontamos  
 Del Colzim, y las fuerzas fatigadas  
 Sentados un instante recobramos.  
 La vista dirigia sus miradas  
 Por todos los contornos de aquel monte  
 En un inmenso y lúcido horizonte.»

## LXII.

«Al oriente la cumbre aparecía  
 Del Oreb y Siná y la roja arena  
 Del Sur que hasta el Erítrèo se extendía;  
 Al austro se alargaba la cadena  
 De la Tebaida; al norte se veía  
 La soledad testigo de la pena  
 De Faraon, y el yermo finalmente  
 Donde anduve perdido al occidente.

## LXIII.

«El sol en la mitad de su carrera  
 Con luz ardiente é igual iluminaba  
 De los dos continentes la frontera.  
 La cumbre solo del Siná ocultaba  
 Arrebolada nube, á la manera  
 Como cuando á Moís Jehova hablaba  
 Envuelto entre relámpagos y fuego.  
 El solitario así me dijo luego:

## LXIV.

«Confesor de la fé, tended la vista  
 «En torno de vos. Ved aquí el Oriente  
 «Que de la tierra toda hizo conquista,  
 «En ritos vano, en leyes eminente.  
 «Ved el Egipto allá en aquella lista  
 «Que á lo lejos se extiende hácia el poniente:  
 «Su cuna tuvo en él la idolatría  
 «Que los pueblos tomaron á porfía.

## LXV.

«Mas mirad el desierto á este otro lado  
 «Dó recibió Moís las leyes santas.  
 «Mas lejos se dilata el suelo amado  
 «Que consagró el Mesías con sus plantas.  
 «Un dia el hijo de Ismael osado, (8)  
 «Hollando las doctrinas sacrosantas,  
 «De nuevo extenderá bajo la tienda  
 «Del Arabe el error con secta horrenda.

## LXVI.

«De este suelo fecundo es igualmente  
 «Un fruto la moral que el cielo envía. (9)  
 «Mas notad que á los pueblos del Oriente,  
 «Como en pena de alguna rebeldía  
 «Que intentáran sus padres, duramente  
 «Casi siempre oprimió la tiranía.  
 «El culto y la moral ¡raro suceso!  
 «Del dolor han formado el contrapeso.

## LXVII.

«Esta arena han trillado las armadas  
 «De Alejandro, Sesostris y Cambises;  
 «Huestes no menos grandes y afamadas  
 «Adelante vendrán con blancas lises. (10)  
 «Así en estas regiones tus miradas  
 «No podrás dirigir sin que divises  
 «Un rastro de esplendor que te designe  
 «Que ellas fueron del hombre cuna insigne.

## LXVIII.

- »Pródigio mas extraño y estupendo  
 »En poco ofrecerá este mismo Oriente:  
 »Una milicia nueva está naciendo  
 »De Tebaida y Seeté en la arena ardiente  
 »De ancianos venerables que vistiendo  
 »Las armas del candor, osadamente  
 »A combatir se aprestan en su cuna  
 »Al monstruo del error con fiera pugna.

## LXIX.

- »El dragon del Egipto recostado  
 »En la corriente plácida del Nilo:  
 »*¡ Mias sus aguas son!* (11) clama indignado.  
 »El piensa que el horrible cocodrilo  
 »De los hombres será siempre acatado.  
 »Mas ya abanza el ejército tranquilo  
 »De castos é inocentes solitarios,  
 »De Pacomios, Antonios y Macarios.

## LXXI.

- »La victoria es por ellos... ¡loor! santo!  
 »Del Egipto el Señor se ha revestido  
 »Como un pastor se cubre con su manto.  
 »El ídolo enmudece confundido.  
 »Donde hablaba el error, resuena el canto  
 »De alabanza al Señor... ¡ah! y el vencido  
 »Se estrecha al vencedor con brazo tierno,  
 »Y mezcla sus loores al Eterno!

## LXXI.

»Su discurso cortó Pablo un instante,  
 Y luego prorrumpió: «¡Oh! que gloriosa  
 »Corona se os prepara y que brillante!  
 »¿Quién es aquella jóven amorosa,  
 »A una tierna paloma semejante,  
 »Que al monte de la mirra presurosa  
 »Va siguiendo al esposo? ¡Cómo sube  
 »Cubierta de esplendor en sacra núbela!»

## LXXII.

»El Santo se interrumpè nuevamente.  
 Mas tendiendo los brazos á la cima,  
 De Oreb, sus ojos brillan de repente;  
 Celeste juventud su rostro anima,  
 Y allana las arrugas de su frente:  
 En forma de columna baja encima  
 De su blanca cabeza viva llama.  
 Este segundo Elías luego exclama:

## LXXIII.

«¿De dónde estas familias que á porfía  
 »Buscan del solitario las banderas? (12)  
 »¿No veis aquella tropa fiera, impía,  
 »Parto inmundo de hediondas hechiceras? (13)  
 »El azote de Dios (14) traen por guía;  
 »Cual léopardos sus huestes son ligeras;  
 »Como el viento la arena alza en acervos,  
 »Las tropas amontona así de siervos. (15)»

## LXXIV.

- »¿Qué pretende aquel Rey (16) de piel vestido,  
 »Y en la cabeza un bárbaro sombrero?  
 »¿O el rostro de color verde teñido? (17)  
 »¿Porqué degüella aquel (18) al prisionero?  
 »Detén.... ¡qué horror! la sangre del vencido  
 »Bebe aquel inhumano monstruo fiero! (19)  
 »Mas todos.... ¡ah! una voz á todos lleva  
 »A la impía ciudad, la Babel nueva....

## LXXV.

- »¡Cayó, cayó Babel! ¡yace cubierta  
 »De polvo, el capitolio yace en ruina!  
 »¡Qué soledad....! ¡qué espanto....! mas su puerta  
 »Se levanta de nuevo: ella se inclina  
 »Como quien del letargo se despierta.  
 »La Cruz tremola en ella... ¡oh! qué divina  
 »Renace de entre el polvo y el escombros  
 »Esa nueva Salen.... mirad qué asombros!

## LXXVI.

- »Sus manos dejó caer Pablo á su lado,  
 Y el fuego se extinguió que le animára.  
 Vuelto mortal, tomó el lenguaje usado.  
 »De vos, dijo, la muerte me sepára;  
 »El que me ha de enterrar, es ya llegado;  
 »En tanto que el sepulcro me prepára,  
 »Abajo esperareis, porque el camino  
 »Os señale: seguid vuestro destino.»



## LXXVII.

«Así me separe de este pasmoso  
 Y venerable anciano. Ya bajaba  
 El monte pensativo y silencioso,  
 Cuando oí la voz de Pablo que entónaba  
 Su cántico postrero melodioso.  
 Este divino fénix saludaba,  
 Pronto á arder en pacífico holocausto,  
 De su renacimiento el día fausto.

## LXXVIII.

«En la falda del monte hallé otro anciano,  
 Que caminaba aprisa: Antonio era,  
 En pugnas infernales veterano.  
 Yo quise detenerle en su carrera,  
 Mas él me hizo una seña con la mano,  
 Y al paso, sin parar, decirle oyera:  
 «A Elías ví, á Juan ví en el desierto,  
 «A Pablo ví subir al cielo abierto.» (20)

## LXXIX.

«Allí esperé su vuelta todo el día;  
 Pero él no descendió hasta el siguiente.  
 Sus mejillas el llanto humedecía.  
 «¡Hijo mio, me dice, el eminente  
 «Serafin ya no es! Ayer subia,  
 «Cuando te hallé, su alma entre esplendente  
 «Coro de Santos y Angeles al cielo,  
 «Mientras su cuerpo oraba sobre el suelo.»

## LXXX.

«El me mostró la túnica sagrada  
 De que el gran Pablo le dejó heredero,  
 De hojas de palma. Luego á la morada  
 Me lleva donde veo el semillero  
 De la milicia santa y esforzada  
 Que me predijo Pablo. Placentero  
 Hasta Arsínôe me dió un monje por guia,  
 Dó hallé hasta Tolemaida compañía.»

## LXXXI.

«De paso por Salen, á Elena viera,  
 Esposa del gran Cesar: en seguida  
 Visité las Iglesias que instruyera  
 El profeta de Patmos: (21) la sufrida  
 Efeso, en la fé Pérgamo sincera,  
 Tiatira en bondad, Smirna afligida,  
 Làodicia impura, Sardes reprobada,  
 Y Filadelfia en fin del cielo amada.»

## LXXXII.

«Tambien á Constantino hallé en Bizancio,  
 Quien me estrechó en sus brazos siempre tierno,  
 Y me dijo los planes de Constancio.  
 Finalmente gané el hogar paterno,  
 Donde el reposo hallé de mi cansancio.  
 Oh! si oyese mis votos el eterno,  
 En este asilo correrán mis años  
 Ocupado en llorar mis desengaños.»

## LXXXIII.

De Eudoro estas palabras terminaron  
 La relacion. Los viejos que le oian,  
 Algun tiempo en silencio continuaron.  
 Altas ideas todos revolvan.  
 Los tres viejos despues se levantaron  
 Con magestad, cual tres Reyes, y guian  
 Al hogar de Lastenes donde estaban  
 Las mugeres que ya les aguardaban.

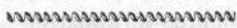
## LXXXIV.

Cirilo, el sacrificio celebrado,  
 Sin oír de sus huéspedes el ruego,  
 Se vuelve á Esparta, del deber llamado.  
 Retírase á su gruta Eudoro luego.  
 Demódoco á Cimódoce abrazado,  
 Sentia cierta pena y desosiego,  
 Que un mal su corazon le presajiaba.  
 En tanto cariñoso así la hablaba:

## LXXXV.

«Tal vez en la desgracia, hija querida,  
 »Vas á imitar á ese héroè divino.  
 »Mas la virtud se aumenta perseguida.  
 »Júpiter regló así nuestro destino.  
 »La carpa que al sol queda, retorcida  
 »Por diestro viñador, da el mejor vino  
 »Que producen los valles del Alfeo  
 »Y las cuestas del fértil Meleneo.»

# NOTAS.



## Octava X.

### La deidad del amor, en cambio via

(1) Venus, que segun la mitologia fué formada de la espuma del mar, y arrebatada al cielo por las Horas.

## Octava XI.

### Sin que oigamos á Alcion cantar su pena,

(2) Alcion, muger de Ceix, habiendo hallado en la ribera del mar el cuerpo de su marido que habia perecido en un naufragio, se arrojó sobre él, y le lloró tan amargamente, que los dos fueron convertidos en alciones. Eolo, padre de Alcion, quiso que el mar estuviese tranquilo mientras estos pájares hiciesen sus nidos sobre el agua, en donde se dice que los hacen ordinariamente.

## Octava XV.

### Así imagino ver en la otra playa

(3) En Sicilia, en donde Verres hizo azotar con varas á ciudadanos Romanos, los cuales, al recibir los golpes, exclamaban: *Civis Romanus sum.*

## Octava XVI.

### Para tumba de un célebre vencido.

(4) Este vencedor fué Alejandro, que edificó y dió su nombre á la ciudad de Alejandria; el vencido á quien sirvió de sepultura, es Pompeyo, degollado por órden del Rey Tolomeo XII cuando, despues de la derrota de Farsalia, huyó al Egipto.

## Octava XX.

### La ciudad de los muertos assolada;

(3) Necrópolis, ó ciudad de los muertos, se llamaba la parte de la ciudad que servia de cementerio, y ocupaba tanta extension como la ciudad de los vivos.

## Octava XXIII.

### Un volúmen á medias desrrollado.

(6) Los libros se escribian, antes de la invencion del papel, en membranas

de pieles, que se enrollaban en cilindros de madera: por esto se llamaron volúmenes, del verbo latino *volvere* envolver. En Hebreo se les llamaba *mequilah*, que significa lo mismo.

#### Octava LIV.

#### Bebiendo el agua de la clara fuente.

(7) Pablo preguntó en seguida á Antonio si los hombres se entregaban todavía á los embarazos del siglo y á las supersticiones del paganismo. Acabada la conversacion, un cuervo viene volando á ellos, y deja caer un pan entero. « He aqui, dijo Pablo, lo que Dios envia para nuestro alimento. Hace muchos años que recibo cada dia la mitad de un pan; pero con la llegada de uno de sus soldados Jesucristo ha doblado la provision.,, Inmediatamente dan gracias al Señor, y se sientan á orillas de la fuente para tomar su alimento. (Vida de San Pablo.)

#### Octava LXV.

#### »Un dia el hijo de Ismael osado,

(8) Mahoma, descendiente de Ismael, hijo de Agar, de la que toman el nombre los Agarenos.

#### Octava LXVI.

#### »Un fruto la moral que el cielo envía.

(9) La moral que fué revelada á Moises sobre el monte Sinai.

#### Octava LXVII.

#### »Adelante vendrán con blancas lises.

(10) Las cruzadas, mucha parte de las cuales componian los caballeros franceses.

#### Octava LXIX.

#### »¡ Mias sus aguas son! clama indignado.

(11) *Ecco ego ad te, Pharao rex Egypti, draco magne, qui cubas in medio fluminum tuorum, et dicit: Meus est fluvius!* (Ezequiel 29.)

#### Octava LXXIII.

#### »Buscan del solitario las banderas?

(12) Despues del saco de Roma por Alarico, muchas familias romanas vinieron á buscar un asilo en la Judea, estando San Gerónimo en su gruta de Belen.

*Ibidem.*

»Parto inmundo de hediondas hechiceras?

(15) Según una tradición del Norte referida por el godo Fernaudes, habiendo entrado el Rey de los godos Filimer por las tierras géticas, halló una turba de mugeres hechiceras que arrojó delante de su ejército: ellas anduvieron errantes por los desiertos, en donde tuvieron comercio con demonios incubos, y de aquí vino la nación de los Hunos; *genus ferocissimum, quod fuit primum inter paludes, minutum, tetrum atque exile, nec alia voce notum, nisi quæ humani sermonis vocem assignabat.*

*Ibidem.*

«El azote de Dios traen por guía;

(14) Atila.

*Ibidem.*

»Las tropas amontona así de siervos.

(15) *Leviores pardis equi ejus... Et congregabit quasi arenam captivitatem.* (Habacuc cap. 4.)

*Octava LXXIV.*

»¿Qué pretende aquel Rey de piel vestido,

(16) Los Godos. (17) Los Lombardos. (18) Los Francos y los Vandalos. (19) Los Sarracenos.

*Octava LXXVIII.*

»A Pablo ví subir al cielo abierto.»

(20) Despedido de San Pablo, tomó San Antonio el camino de su monasterio para buscar el manto de San Atanasio que le había pedido para mortaja. Entrando en el monasterio: «yo no soy más que un miserable pecador, dijo Antonio á sus monjes: yo soy indigno de ser llamado siervo de Dios. Vi á Elias, vi á San Juan en el desierto; en una palabra, vi á Pablo en un Paraiso.» El temor en que estaba de que el santo ermitaño muriese durante su ausencia, le hizo volver prontamente, y no hizo otra cosa más que entrar en su celdilla para tomar el manto. El suceso mostró que su temor era fundado, porque en el mismo camino vió el alma del bienaventurado Pablo que subía al cielo en medio de los Angeles, de los Profetas y de los Apóstoles. (Vida de San Pablo.)

*Octava LXXXI.***El Profeta de Patmos: la sufrida**

(24) San Juan Evangelista habla de estas siete Iglesias en el libro del Apocalipsis, que compuso en la isla de Patmos.

**FIN DEL TOMO PRIMERO.**





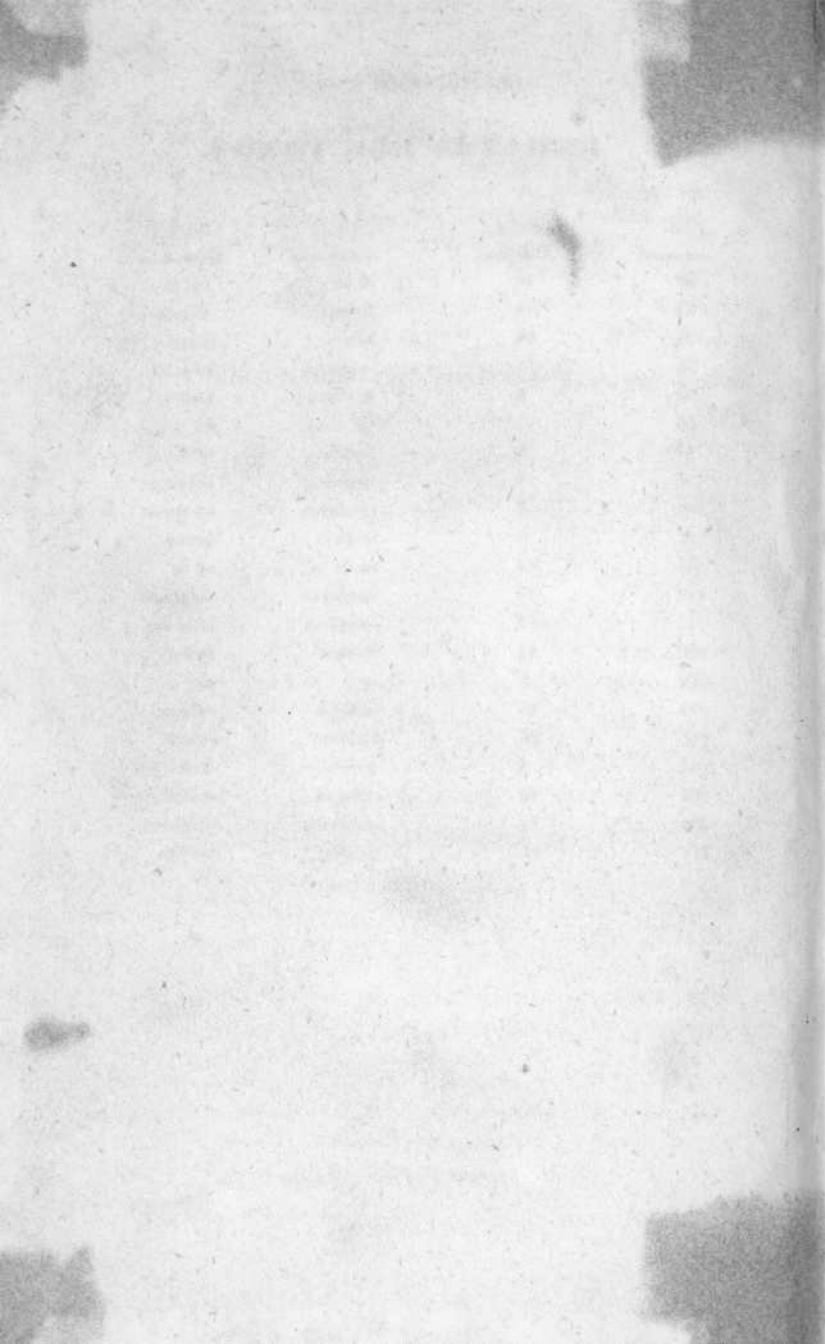
## ERRATAS DEL TOMO I.

PAG.	LINEA.	DICE.	LEASE.
40	40	ofrecen	Ofrecen
24	44	Demódoco	Demódoco
25	44	Alceste	Alceste. (14)
54	45	se partia.	se partia ,
58	5	Atalante ,	Atalante.
66	7	Su Viuda	La Viuda
84	25	revelion	rebelion
97	49	imponente	indolente
419	6	revelaron	reblaron
454	5	braba .	brava
id	42	en le	en la
440	21	sangiento	sangriento
442	42	estendian	extendian
450	49	Brabos	Bravos
469	7	su	un
474	45	inflama	inflama.
483	25	Oriente	Oronte
487	4	Armonica	Armorica
498	42	caduceo	caduceo.
200	44	ondulante.	ondulante,
218	24	ignoble	innoble

ERRATAS DEL TOMO I.

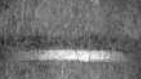
PAG.	LÍNEA.	DICE.	DEBE.
212	21	cinchle	cinchle
200	41	condulante	condulante
198	13	coluro	coluro
197	4	Armonica	Armonica
185	25	Oriente	Oriente
174	37	inflama	inflama
169	7	en	en
159	19	llenas	llenas
145	12	estudia	estudia
140	21	angusto	angusto
134	13	en la	en la
124	2	braxa	braxa
119	6	reclaxon	reclaxon
97	19	impagato	impagato
84	28	vestia	vestia
68	7	Sa Vinda	Sa Vinda
58	2	Alante	Alante
54	12	se paria	se paria
52	14	Alante	Alante (11)
24	41	Dombayo	Dombayo
10	10	ofrona	ofrona











STATEMENT

AND

ARTICLE

